

VOL. 4 N° 47 MAYO 1957

# Miradas al futuro



18.-

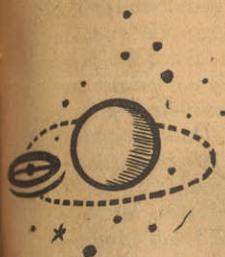
REVISTA MENSUAL DE FANTASIA CIENTIFICA

## HORNO SOLAR

Este horno solar del Instituto Tecnológico de California se usa para el estudio del comportamiento de metales a muy altas temperaturas, para resolver problemas concernientes a refrigeración y propagación del calor y para fundir algunos metales altamente resistentes al calor.



REVISTA MENSUAL  
DE AVENTURAS  
APASIONANTES EN  
EL MUNDO DE LA  
MAGIA CIENTIFICA



### NUESTRA PORTADA

¿Puede existir, oculta entre nosotros, una raza de hombres superiores, creada por la ciencia mediante una sutil transformación?

## sumario

Redacción y Administ.:  
Editorial Abril S. A.  
Avenida Alem 884,  
Bt. As. Rep. Argentina

# más allá

DE LA CIENCIA Y DE LA FANTASIA

### novela (1a. parte):

EL DESPERTAR DE LAS MENTES, por P. ANDERSON  
*¿Adónde había ido su mundo? ¿Adónde sus esperanzas de mutua intimidad? .....* 54

### cuentos:

LOS ADAPTABLES, por MORTON KLASS  
*Aunque los dioses existan para nuestro bien, igual son perversos .....* 4

EL DIA DEL DESTINO, por F. J. GOSCHE  
*La derrota es cosa de la mente o del corazón, no de armas o de circunstancias.....* 24

PEQUEÑA GUERRA, por JEROME BIXBY  
*Puede que tardemos mil años en volver a encontrarnos con esa raza .....* 46

### aventuras de la mente:

GRACIAS A LA HIBERNACION, LA CIRUGIA DEL CORAZON NO SEGUIRA SIENDO CIEGA .. 40  
Y LOS CIELOS SE ABRIRAN .....

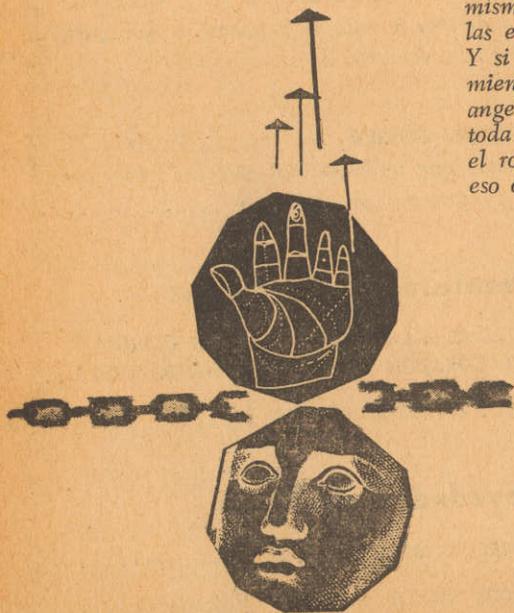
### novedades cósmicas:

CORRESPONDENCIA .....

TODOS RECIEN NACIDOS (Editorial) .....

# TODOS RECIEN NACIDOS

En el tratado de Sorano de Efesos, el más antiguo libro de puericultura del mundo occidental, se aconseja que los recién nacidos sean envueltos en fajas inmediatamente después del primer baño. Sorano vivió en Roma en el primer siglo después de Cristo. Desde entonces hasta hace pocos años, las indicaciones de Sorano han sido seguidas sin modificaciones. En las esculturas, los frescos y las pinturas de la Edad Media y del primer Renacimiento los niños están representados con sus piernas, tronco y brazos encerrados rígidamente; las mismas características se encuentran en las estatuas egipcias, griegas y asirias. Y si los grandes maestros del Renacimiento representaron a los deliciosos angelitos radiantes de belleza, libres de toda indumentaria, los brazos abiertos, el rostro sonriente, dulce y tranquilo, eso ocurría sólo en el arte y no en la



vida, porque las madres continuaron martirizando a sus retoños con las fajas ajustadas. Hasta la ira que el método ocasionó en Juan Jacobo Rousseau, que en su Emilio predica el amor a la libertad, la vuelta a la pura simplicidad de la naturaleza, a pesar de la gran influencia del libro, no tuvo repercusión alguna. La liberación del infante es cosa reciente, y sólo desde hace algunos años las mamás de los países civilizados se han convencido de que las fajas son un instrumento de tortura, siempre inútil y muchas veces terriblemente dañino para la salud y el desarrollo de los hijos. Junto con el descubrimiento de las vitaminas, la eliminación casi total de las fajas ha determinado la desaparición casi completa del raquitismo, y la liberación del corazón de las madres del terror a la deformidad.

No solamente los infantes están en pañales. La humanidad entera está encerrada aún en una serie de rígidas preocupaciones, de absurdos prejuicios, de peligrosas ignorancias, que no permiten el libre movimiento de sus brazos y de sus piernas, comprometen su desarrollo vigoroso y racional, y le hacen correr el riesgo de un crecimiento desequilibrado y de raquitismo. Los pañales de la humanidad son todos mentales. Poco a poco, con grandes dificultades, gracias a las prédicas de los inspirados por la presión invisible pero invencible de las ideas, la humanidad va liberándose de sus cadenas, y, en una milagrosa aurora, descubre que posee mayores fuerzas, mayores posibilidades, mayores alcances. La humanidad es vieja de miles y miles de años: pero vuelve a nacer en cada momento. ✦

editorial

# los adaptables

Hay dos maneras de encarar una existencia horrible, donde aún es posible la vida: morir luchando contra el sistema o persuadirse de que no es tan horrible.



POR MORTON KLASS



Día 114, 382 A. D. C.

LOS Dioses vinieron hoy por mi padre. Estaba tan orgulloso de él, que tuve que lanzar una carcajada. Papá era, lejos, el hombre más obeso de la Cúpula. Por eso la negra nave-burbuja de los Dioses lo escogió precisamente a él. Rhonda lloró mucho cuando se lo llevaron; le dije que se callara y dejara de humillarme delante de todos, pero ella sólo chilló y corrió a esconderse detrás del depósito de alimentos más cercano. ¡Sí, corrió! Rhonda es una tonta, pero es mi esposa, y debo aguantarla, así que tendré que enseñarle mejores modales. Le prometí a Papá, cuando nos casó, que sería bueno con ella.

Me conmoví al ver a Papá tambalearse sobre el césped, con su grande y temblante barriga, y toda la gordura de su cara, brazos y piernas oscilando mientras se movía. Aunque ahora soy delgado por mis once años, decidí en ese momento, llegar a ser tan gordo como él cuando tenga veinticinco años, y los Dioses vengan a buscarme.

Por eso comencé este diario. No voy a gastarme caminando con los otros chicos, explorando los bordes de la Cúpula. Cuando no esté comiendo, durmiendo o enseñándole modales a Rhonda, me sentaré a escribir a la luz del Bulbo. ¡Mi padre siempre hacía eso, y qué gordo se puso! El me enseñó a leer y a escribir, y creo ser la última persona en la Cúpula que sabe hacerlo, ahora que se fué.

Muchos creen que no está bien escribir. El hermano de Papá, Peter, que tiene veintidós años, pero es mucho más delgado, dice que si los Dioses hubieran querido que los hombres escribieran, le hubieran proporcionado el material necesario, como le dieron alimentos y agua. Pero si estaba bien para mi padre, lo está para mí también. Además, escribir ocupa al hombre, y mantiene su mente libre de malos pensamientos, como ser preguntarse qué hay fuera de la Cúpula, o la verdadera apariencia de los Dioses.

Es difícil para un muchacho no tener pensamientos malos. Joey, que tiene un año más que yo, siempre me susurra cosas terribles, como ayer, por ejemplo. Fué después de la segunda comida. Yo estaba sentado cerca del depósito alimenticio de nuestra familia, picoteando un poco y mirando a Rhonda que dormía, cuando se acercó Joey. Miró alrededor, para asegurarse que no hubiera adultos cerca, y luego se sentó al lado mío. Me invadió una sensación tenebrosa, pues pude ver por su expresión que quería hablarme de... cosas. Sin embargo, no podía decirle que se callara, o levantarme y marcharme. En cierto modo, yo también quería hablar.

—Jock —dijo—. ¿Qué crees que sucede cuando los Dioses se llevan a una persona?

—Sabes, Joey, todo forma parte del rito tradicional. Cuando una persona llega a tener la debida silueta, vienen los Dioses y lo llevan de vuelta a la Tierra.

—Lo llevarán a sus depósitos de alimentos, más bien —murmuró él. Luego, al verme tan horrorizado, agregó—: Sólo estoy repitiendo lo que siempre me dijo mi padre.

—Tu padre... —me detuve. ¿Cómo decirle a alguien que su padre era un pecador, aunque ya lo sepa? Luego proseguí—: ¿Crees de veras que eso es lo

que sucede cuando la nave-burbuja se lleva a alguien a través de la Abertura, Joey?

Rhonda lloriqueó; debía haberse despertado mientras hablábamos. Perdí la paciencia, y poniéndome de pie, la levanté.

—¿Viste lo que has hecho? —grité.— ¡La madre de Rhonda fué llevada por los Dioses el mes pasado, y tú vienes a debilitar su fe cuando más la necesita!

Joey se quedó sentado allí, boquiabierto, mientras yo llevaba a mi esposa hacia algún lugar donde podría hablarle a solas.

Así es Joey.

¡Está tocando la campana de la quinta comida y no debo llegar tarde! ¡Papá nunca lo hizo!

#### Día 116, 382 A. D. C.

Había planeado escribir mi diario todos los días, pero ahora veo que no me será posible. Ayer, cuando comencé, utilicé todo el jugo de fresas que había en la piedra hueca de mi padre, y perdí el resto del día exprimiendo una nueva provisión. Además, comí más de las que exprimí, de modo que si no me hubiera ayudado Rhonda, no me habría alcanzado para escribir hoy.

En recompensa por haberme ayudado, le prometí que le enseñaría a leer y a escribir, si logro encontrar los libros de mi padre. Supongo que tenía miedo de que fueran descubiertos por Peter, y no tuvo tiempo de decirme donde están antes de ser llevado por los Dioses.

Creo que es una buena idea que Rhonda aprenda. A pesar de lo que dice Peter, la lectura y la escritura han estado con nosotros desde el Cautiverio, y no me gustaría que desaparecieran si me pasara algo. Además, Rhonda puede ayudarme a secar las hojas sobre

las cuales escribo. Me quedan algunas de la partida de Papá, pero las estoy consumiendo rápidamente. No puedo escribir con letra chica, como lo hacía él.

Tendré que dejar por el momento. Rhonda acaba de traer la noticia de que hay una gran reunión cerca del depósito central, y todos deben estar presentes.

#### Día 117, 382 A. D. C.

¡Peter acusó a Joey de tener pensamientos anti-rituales! No puedo escribir más. Habrá una nueva reunión después de la tercera comida, y todos hablan de cómo votarán.

#### Día 118, 382 A. D. C.

¡Qué reunión tuvimos ayer! Todos los habitantes de la Cúpula desde la edad de seis años estaban allí, y el voto resultó en contra de Joey por 219 a 166. Conozco las cifras exactas, porque yo mismo las conté. ¡Fué condenado a correr, sí a correr dos veces alrededor de la Cúpula!

Es difícil imaginarlo. Tendrá que correr durante tres horas, con gente estacionada cada pocos metros, armada de ramas para pegarle. También fué votado de que Peter esté a cargo de todo.

Es una cosa terrible, pero Joey la buscó. Nunca hubo un castigo similar en toda la historia. ¡Cuánto peso perderá! ¡No creo que la gente hubiera votado de esa manera si Joey no hubiera hablado como lo hizo!

Peter comenzó repitiendo lo que había dicho el día anterior. Sostuvo de que había oído a Joey hablando con su hermano menor, Mussa, el día que mi padre fué llevado por los Dioses. Según él, Joey aconsejó a Mussa que se escondiera cuando la nave-burbuja venga a buscarlo a él.

Todos estaban horrorizados, naturalmente, y Luigi, como hombre de mayor edad y Director de la Cúpula, le preguntó a Joey si la acusación era cierta.

Este enrojeció, inclinó la cabeza, y dijo que sí, que lo era. Luigi frunció el ceño y, meneando la cabeza como si no entendiera lo que estaba sucediendo, preguntó:

—¿Pero, por qué debería esconderse? ¿Y, de todos modos, dónde podría esconderse uno de los Dioses?

Mi amigo se encogió de hombros, y contestó sin levantar la mirada.

—En una de las chozas-privadas supongo. No lo sé; a lo mejor se podría dar vuelta una cubeta alimenticia y esconderse debajo de ella.

Alguien exclamó, impresionado por la idea de volcar un recipiente. Joey levantó entonces la mirada, y me sorprendí al ver la expresión de enojo, no de vergüenza, sobre su rostro.

—¡Es que deberíamos por lo menos intentar de no dejarnos llevar por los Dioses sin ninguna resistencia! —gritó.

Luigi se rascó la barriga pensativamente, y dijo:

—No entiendo, Joey; lo que dices no tiene ningún sentido. ¿Qué es lo que debemos resistir? ¿Todos vivimos únicamente para esperar el día en que los Dioses vienen a buscarnos, no? Naturalmente, cuando llega el gran momento para una persona, ésta baila la danza ritual de Anulación antes de ser llevado, pero eso no significa que no sea feliz. ¡Al contrario! La danza es solamente una costumbre, una parte de la tradición.

—Me parece que Joey no tiene mucha fe en nuestra tradición —agregó Peter suavemente.

Entonces fué cuando el muchacho perdió la cabeza. Se levantó de un salto y amenazó con el puño a Peter.

—¡Efectivamente, no la tengo! ¡Mi padre me decía que los hombres están

hechos para algo más que estar sentados sobre el césped, hablando, comiendo, y esperando ser llevados por la nave-burbuja! ¿Tradiciones, eh? ¿Y la tradición que dice que los hombres luchaban contra los Dioses, hasta el Cautiverio, y aún después? Yo creo en eso. ¡Y es más, pienso que deberíamos combatirles de nuevo!

En ese momento Peter sugirió castigar a Joey, y se efectuó la votación.

Por un lado no se puede culpar a Peter, aunque siempre lo he considerado un mezquino adulator. Siempre está metiendo su gorda nariz en los asuntos ajenos. Por eso es que yo voté en contra de él. No obstante, lo que Joey dijo fué una terrible irrespetuosidad, y de esto no puede ni debe escaparse. Todos saben que los Dioses nos trajeron desde la Tierra porque habíamos pecado y adelgazado, y nos pusieron aquí, en la Cúpula, para que aprendamos las vías de la bondad. Cuando un hombre es verdaderamente bueno, como lo era mi padre, lo llevan hacia ellos.

Supongo que después de trescientos ochenta y dos años de Cautiverio, nos hemos vuelto bastante buenos, pero probablemente nos quede mucho por delante. Gente como Joey y su padre no hacen otra cosa que acercarnos nuevamente al pecado, y hasta podríamos causar el enojo de los Dioses.

Puede verse cuán cerca estamos del pecado, por el número de personas que votaron en contra de Peter. Puede ser que algunos lo hayan hecho porque no gustan de él, como yo, pero creo que la mayoría recuerda al padre de Joey, y como creían algunas de sus afirmaciones, ahora escuchan a su hijo.

Ahora debo dejar, ya que el Bulbo comienza a oscurecerse, y Rhonda ya está durmiendo a mi lado. ¿Me pregunto cuándo tendrá la edad adecuada para poder llevarla a una choza-privada?

## Día 119, 382 A. D. C.

¡Los Dioses llevaron a Peter hoy!

¡La Cúpula está dividida en dos bandos por ello, y creo que estarían luchando entre sí si no tuvieran miedo de causar la ira de los Dioses!

Todos están de acuerdo en que los Dioses *estaban* enojados, pero con quién: ¿Peter o Joey?

Rhonda dice ahora que tenía un presentimiento esta mañana de que algo iba a suceder, pero creo que se lo está inventando. Sólo recuerdo que ella me dijo:

—¡Despierta, Jock! ¡La campana de la primera comida está tocando! ¡Comamos rápido, y busquemos un lugar para ver cómo corre Joey!

¿Esto no suena como si presintiera algo, no? Aparte del castigo de Joey, claro está. Todos esperamos eso, y fué lo único que no sucedió.

Comimos rápidamente, aunque sin engullir la comida, porque esos son malos modales. No obstante, fuimos los primeros en llegar a la colina central, y al mirar alrededor pudimos ver a toda la Cúpula delante nuestro. Es un espectáculo maravilloso; tendré que acordarme de ir más a menudo. Alrededor nuestro, el verde pasto se extendía hasta el borde mismo de la Cúpula, y todo se distinguía claramente bajo la brillante luz del Bulbo, que estaba directamente sobre nosotros. Pequeños grupos de fresos y algunos árboles rompían el verdor. Chozas-privadas, hechas con hojas trenzadas estaban dispersas dondequiera sus ocupantes las habían dejado.

La mayoría de las personas estaba todavía sentada alrededor de las cubetas alimenticias. Algunas mujeres, habiendo terminado de comer, alimentaban a sus niños. Rhonda sostenía que podía distinguir pedazos de comida cerca de los depósitos, que los hombres habían dejado caer al sacar los

alimentos para las cubetas, pero no lo creo. Ella sabía que los restos estaban allí.

De repente, me tomó el brazo y señaló. Me di vuelta. Peter y otros dos hombres estaban forcejeando con Joey. Mientras mirábamos, los flageladores comenzaron a tomar sus posiciones alrededor del borde. La otra gente, que en su gran mayoría eran los que habían votado en favor del castigado, se reunía en el centro de la Cúpula, para presenciar el castigo.

Cuando todo estaba listo, Peter comenzó a pegarle a Joey con su rama. Este corría, y Peter detrás de él, con la idea de castigarlo hasta que la próxima persona lo relevara, ya que era demasiado gordo para poder seguir al muchacho. Pero no resultó así.

¡Peter alcanzó a pegar unos cinco latigazos, cuando por la Abertura, apareció la nave-burbuja! Todos la miraron con expresión estúpida. Hace sólo cinco días que se llevó a Papá, y en general no viene más que una vez cada treinta días, de modo que todos quedaron muy sorprendidos. ¡La nave descendió de golpe y arrebató a Peter, sin que éste tuviera tiempo siquiera de comenzar la Danza de Anulación, que había practicado durante tantos años! Después, se elevó y desapareció por donde había venido.

—Eso fué lo que provocó la gran discusión. Luigi y algunos de los otros sostuvieron que los Dioses habían llevado a Peter porque era demasiado bueno para quedarse con los demás pecadores. Ellos creen que los Dioses estaban tan enfadados por nuestros pecados, que ni siquiera le permitieron la Danza de Anulación.

Por otro lado, mucha gente, inclusive Joey, no cree que sea así. Joey dijo que los Dioses estaban enojados, sí, pero con Peter, por hacer que él corriera y perdiera peso.

—A Ellos no les importa si pecamos

o no —dijo—. Sólo quieren que seamos bien gordos. ¡Creo que se llevaron a Peter para castigarlo a él, no a mí!

Tengo que admitir que a mí también me parece así, pero si pueden llevar a las personas para castigarlas, también lo pueden hacer para recompensarlas por haber llegado al estado adecuado de silueta.

Ni siquiera quiero pensar en ello; cada vez que lo hago, mi mente comienza a girar, y quedo completamente confundido. Creo que iré a comer unas fresas y a echarme una siestita, si es que logro dormir, con toda la gente que grita.

## Día 131, 382 A. D. C.

Rhonda usa tanto jugo de fresas para practicar el alfabeto, que no pude escribir nada durante estos días. No progresa muy rápido. Ya sabe todas las letras pero todavía no puede escribir las bien.

Me preocupa cómo voy a enseñarle a deletrear palabras, pues todavía no he encontrado los libros de mi padre. El que usé yo sería bueno para Rhonda, pero me gustaría leer algunos de los otros, que Papá decía que era demasiado joven para ver. También me gustaría leer su diario antes que se arruine por completo.

Dos cosas curiosas sucedieron ayer. Le dije a Mamá que estaba buscando los libros, y por su manera de actuar, tuve la sospecha de que sabe donde están. ¿Pero porqué no quiere decirme lo?

Además, mientras le hablaba, me percaté de la presencia de Joey. Cuan-Mamá se hubo ido, se acercó y me dijo:

—Si en realidad buscas algo para leer, Jock, puedo dejarte ver parte del diario de mi padre.

—No creí que tu padre sabía leer

y escribir —contesté sorprendido.

El sonrió.

—Hay muchas cosas que no sabes. Pero te traeré el diario uno de estos días; es bueno para leer. —Se alejó, dejándome atónito.

¿Sabrá leer Joey?

**Día 147, 382 A. D. C.**

¡En seguida después de la cuarta comida, Rhonda se puso a trenzar una choza-privada! ¿Querrá decir que?...

**Día 148, 382 A. D. C.**

¡Sí, tenía razón!

**Día 12, 383 A. D. C.**

Entre una cosa y otra no he tenido tiempo últimamente, ni para escribir en el diario. En realidad, no he tenido tiempo para nada que no fuera Rhonda. Pero ahora, siento haber tenido que hacer esperar a Joey cada vez que me quiso mostrar el diario de su padre. Hoy me encontré sólo por un momento, y me lo ofreció nuevamente, y esta vez lo leí.

Me trastornó, pero creo que mi madre lo hizo más todavía. Lo escribiré todo, para aclararlo mejor en mi mente.

Al principio, sólo me interesaba la forma en que el padre de Joey formaba las letras, eran más cortas e inclinadas que las que hago yo, pero la mayoría de los párrafos eran como los míos y los de mi padre: sólo informes de los sucesos diarios de la Cúpula.

También había secciones donde se preocupaba por las mismas cosas que Joey; se preguntaba si los Dioses eran realmente las almas de las personas que habían sido llevadas por la nave-burbuja, y luego decidía que no lo eran. Repetía las viejas y profanas leyendas que describían a los Dioses

como monstruos que querían comer seres humanos. Hasta escribía algo sobre un plan para romper la nave-burbuja y averiguar su verdadera apariencia.

Salteé la mayor parte porque me turbaba. Entonces llegué a un párrafo que me sorprendió mucho. Era algo así:

*Cuatro de nosotros nos reunimos en secreto para discutir la posibilidad de comenzar otro túnel. Pero no se llegó a ningún acuerdo. Manuel señaló que desde el cautiverio hubo tres intentos. Y todos fracasaron rotundamente. Nathan estaba preocupado por Peter y los demás tradicionalistas. Piensa que su influencia en la Cúpula es demasiado fuerte y que podrían instigar a todos en contra nuestro. Naomi estaba conmigo al principio, pero, como de costumbre, terminó por apoyar a Nathan; así que la idea del túnel fue postergada y dudo que sea reconsiderada durante mi vida. Nahtan es inteligente, más que yo, pero quisiera que demostrara más coraje.*

Había más, pero nunca lo leí; me enojé y empecé a gritarle a Joey. ¡Después de todo, Nathan era mi padre! Casi nos vamos a los golpes discutiendo el asunto. Le dije que mi padre era el hombre más bondadoso y recto que jamás haya vivido en la Cúpula, a lo cual se opuso afirmando que fué el más tonto, y si mi madre no hubiera intervenido atraída por los gritos, no sé qué hubiera pasado.

De cualquier manera, cuando la vi, le conté lo que había escrito el padre de Joey, y le pregunté si era cierto. Me miró largamente, y luego dijo que sí. Comencé a llorar, y ella se enfadó.

—Jock —dijo—, eres un buen muchacho, pero has hecho muy desdichado a tu padre durante su vida, y los Dioses son testigos de que hace mucho tiempo que te di por perdido.

—¿Qué he hecho?... —empecé, pero me interrumpió.

—¡Nunca has usado tu propia cabeza! —estalló—. Nathan y yo no queríamos que aceptaras todas nuestras ideas sólo porque eran nuestras. Queríamos que te dieras cuenta de la realidad. Por supuesto que estábamos dispuestos a ayudarte un poco, pero solamente hiciste caso a las tonterías de los Tradicionalistas; cualquier cosa que oías sobre las ideas anti-rituales te horrorizaba tanto que decidimos dejarte por tu cuenta. Tu padre murió avergonzado de su propio hijo, Jock. —Se dio vuelta y se alejó.

Joey también había desaparecido; podía buscar a Rhonda, pero no quería ver a nadie en ese momento.

Escribirlo todo no me ha ayudado mucho. Todavía no entiendo. ¡Mis propios padres anti-Dioses!

**Día 41, 383 A. D. C.**

Últimamente Mamá y yo nos hemos evitado. Generalmente me siento con Rhonda a hablar con Joey. No es que no pueda creer lo que me dice, pero estoy tratando de comprender el motivo que impulsó a mis padres a rebelarse contra la tradición. Si es cierto que los Dioses no son tales, sino seres inhumanos que crían gente para devorarla, entonces estar vivo es una gran desgracia. ¡No lo puedo aceptar!

Una cosa que Joey me hizo ver, es el porqué mis padres no trataron de hacerme entender lo que ellos creían. Sostiene que hace unos años era realmente peligroso hablar en contra del Rito.

—¿No te acuerdas de Manuel, verdad, Jock? —me preguntó, y yo meneé la cabeza—. Yo sí, apenas; murió cuando tenía cinco años. Peter y los Tradicionalistas dicen que murió porque era demasiado impuro para ser llevado por los Dioses, pero mi padre siempre afirmó que fué estrangulado por ellos,

al igual que muchos otros.

—¿Entonces, cómo es que a tu padre nunca le pasó nada? —le pregunté, intrigado.

Joey sonrió.

—Mi padre era demasiado fuerte; tenían miedo de acercársele, de modo que podía decir lo que se le antojaba. Tu padre no lo era, y si hubiera dicho algo peligroso, hubiera sido irremediablemente su fin.

—Pero últimamente no he oído de estrangulamiento alguno, Joey.

El meneó la cabeza.

—No. Los Tradicionalistas más viejos fueron llevados por los Dioses, y nadie tomó sus lugares. Peter era uno de estos últimos. Mi padre me dijo una vez que la situación cuando él era chico era mucho peor, y su padre le decía lo mismo. Por algún motivo, la gente no es tan cruel como antaño. Quien sabe sea mejor así, ya que de no serlo, probablemente estaría muerto.

Ahora entiendo un poco mejor porqué Papá no confiaba en mí, aunque todavía no acepto sus ideas.

Parece que Rhonda está con ellos. Siempre le pide cosas a Joey, y creo que prefiere sus respuestas a las mías, aunque éstas se atienen exclusivamente a la tradición. Ni siquiera puedo discutir con ella, porque ahora que está embarazada podría descomponerse.

**Día 88, 383 A. D. C.**

Me sorprendí hoy, cuando vino a verme mi madre. Desde nuestra disensión no nos habíamos visto mucho. Me dijo que cree que los Dioses la llevarán pronto, y nadie sabrá dónde están escondidos los libros y el diario de Papá.

Me hizo prometer que, aunque me horrorizaran, no los destruiría o entregaría a los Tradicionalistas. Lo prometí,



hubiera terminado el castigo? ¿Y si realmente querían a Peter, por qué no le dieron tiempo para su danza de Anulamiento? La danza no es un honor para la Cúpula, sino una cosa personal; según el rito, cuanto más bueno y más gordo es el hombre, más tiempo debería tener para danzar. ¿Si no es cierto esto, cómo se puede creer en todo lo demás?

También está la cuestión de la Tierra. ¿Si no es un lugar tan real, como sostienen los Tradicionalistas, dónde va uno cuando es llevado por los Dioses? ¿Dónde habitó la humanidad antes de ser traída a la Cúpula? ¿De dónde sacó Papá sus libros?

Todo esto se lo dije a Mamá, y pareció aliviada y sorprendida; mañana me llevará al lugar donde están escondidos los libros.

Día 91, 383 A. D. C.

Hoy los Dioses se llevaron a Luigi; bailó bien. Ahora Mamá no se irá por lo menos por treinta días. Me mostró donde Papá enterró sus libros y su diario, pero aún no los hemos excavado. Alguien construyó una Choza-Privada sobre el lugar y la tierra está muy firme. Rhonda y yo cavamos todo el día con los dedos; es un trabajo arduo, pero no creo que nos falte mucho.

Día 118, 383 A. D. C.

He estado leyendo. Cuando alcanzamos a los libros, lo primero que hallamos fué una hoja donde Papá me había escrito una nota. Decía que seguramente no la estaría leyendo si Mamá no se hubiera fiado de mí; repetía todo lo que había dicho ella acerca de los Tradicionalistas, aunque me costaba mucho creer lo que leía:

*Quién sea ésta la última acumulación de sabiduría humana, Jock, y te*

ante todo porque tengo ganas de leerlos, y luego porque últimamente no me impresionan mucho ni los Tradicionalistas ni sus ideas.

Luigi es su jefe y hace muchos discursos. Naturalmente los escucho, pero hay muchas cosas que me perturban y que él nunca explica bien. Por ejemplo, el asunto de Peter; todavía se habla de ello. Era un fuerte Tradicionalista, pero no era un hombre muy bueno, y ni siquiera era muy gordo. ¿Si los Dioses querían demostrar su enojo contra Joey, por qué no esperaron hasta que

toca a ti preservarla. Nunca fuimos muy amigos, pero tengo fe en la capacidad de tu mente, una vez que aprendas a usarla. No creas lo que te diga la gente, hijo; no creas siquiera lo que lees en estos libros, si no quieres, pero aprende a pensar y aceptar la verdad cuando la encuentres, aunque sea desagradable. Sé bueno con Rhonda.

El primer libro era el que Papá usó para enseñarme a leer y a escribir. Se lo di a Rhonda, y ella se alejó para estudiar.

Había seis libros más y una pila de hojas que formaban su diario. Hojeé un libro que se llamaba "Antología de Versos"; en él hay muchas cosas llamadas poesías, pero no pude comprender su significado. Dejé ese libro a un lado y tomé el diario, esperando que estuvieran explicadas allí. Además, quería saber si decía algo con respecto al túnel o a los Dioses.

Todavía no lo leí todo. Papá escribía mucho, y es así que se puso tan gordo. Omítí muchas hojas hasta que llegué a un párrafo del día 1, 376 A. D. C. Voy a copiar una parte, pues seguramente voy a querer leerlo nuevamente y las hojas se están marchitando.

El Año Nuevo fué celebrado con mucho júbilo por casi todos los habitantes de la Cúpula. Todos los años en esta época soy incapaz de decidir si debo odiar a la humanidad, o admirarla por su capacidad para adaptarse a las circunstancias. Henos aquí, el último deplorable residuo de un ser que otrora dominó al mundo, condenados a vivir cortas y vacías vidas dentro de un recipiente artificial, sobre un planeta extraño. Cuando llegamos a tener un tercio de la edad a la cual llegaban los humanos de antaño, somos llevados a algún remoto lugar, por los seres que llamamos Dioses, a cumplir alguna desconocida tarea. ¿Sin embargo, acaso nos desesperamos? yo sí, como algunos otros, pero la mayoría está con-

tenta. Disfrutaban inmensamente de la vida, y esperan ansiosamente su prematuro fin. Han construido una tradición que les proporciona un sentido tal a las cosas, que los convence de que es la única verdadera forma de vivir.

Hace más de tres siglos que un pequeño grupo de seres humanos sobrevivientes, fué arrebatado de una tierra moribunda. Sabían lo que les había sucedido, lo que les sucedía, y lo que probablemente les sucedería. Eran verdaderos héroes; hasta fueron capaces de llevar consigo, escondidos quién sabe dónde, algunos libros.

Hablaron a sus hijos de la tierra, y de los monstruos que ahora llamamos Dioses. Enseñaron a sus descendientes a seguir luchando, a tratar de huir de la Cúpula para reconquistar la tierra. Sabemos esto, y todas las leyendas "Profanas" lo confirman. Pero la humanidad, incapaz de conseguir en su confinamiento, lo que no pudo conseguir en su propio planeta, cuando era libre y numerosa, se alejó de esas leyendas. Incapaz de escapar a tan horrible existencia, no se destruyó por su misma falta de esperanza, sino que se negó a aceptar la terrible verdad sobre lo que sucedía fuera de su cárcel. El hombre se adaptó a un mundo vacío y a la seguridad de una muerte temprana, transformando a esa muerte en algo sagrado. Me pregunto si el género humano ha tenido siempre esa capacidad...

Así que éste era mi padre. Un hombre que no sólo despreciaba a los Dioses y a los ritos, sino que también estaba en contra de nuestros principios humanos.

Ahora, mientras escribo, recuerdo a mi padre bailando su danza de Anulación. ¡No lo hacía por seguir la costumbre, sino que la sentía de verdad! ¡No quería ser llevado! ¡Era... malo!

¿Sin embargo, si era malo, por qué lo llevaron? Si pueden llevarse a cual-

quiera como él, entonces lo único que puedo creer es que a los Dioses no les importan las características, sino la persona en sí. ¡Pero si eso es cierto, entonces mi padre no era malo, sino que decía la verdad, al igual que el padre de Joey y Joey mismo! ¡Entonces el rito y las tradiciones no son más que mentiras!

¿Cómo puedo averiguar la verdad?

Día 120, 383 A. D. C.

Hoy los Dioses se llevaron a Mamá. Ella bailó bien, pero no pude alegrarme como es debido. Rhonda lloró, como lo hace siempre que vienen a llevarse a alguien, pero ahora no tengo más el coraje de reprocharla.

Creo que estoy perdiendo mi fe, y lo peor es que ya no me importa tanto. Ya no me importa nada.

Día 201, 383 A. D. C.

Ahora soy padre. Rhonda dió a luz un varón hoy y lo llamaremos Nathan, como mi padre. Esta noche seguiré la vieja costumbre y dormiré solo al aire libre.

Una cosa me ha preocupado: Rhonda ha estado embarazada sólo un período de doscientos días. Sé que esto es muy normal en la Cúpula, pero si me atengo a lo que dice el libro de biología que estoy leyendo, un embarazo humano tardaba mucho más en la Tierra.

¿Puede ser que estemos cambiando físicamente? Antes vivíamos setenta o más años; ahora es raro encontrar alguien que pase de los veinticinco. ¿Estamos, entonces, creciendo más rápido y teniendo nuestros hijos en menos tiempo? Le mencioné el asunto a Joey, pero él dijo que lo dudaba.

—Puede ser que nuestros días sean más largos que los de la Tierra—dijo—. Claro que no sé casi nada de biología.

—Yo tampoco—le respondí—, pero sé que seguramente hemos cambiado en más de un aspecto.

Parecía sorprendido.

—Somos mucho más gordos que la mayoría de los humanos de antes—agregué—. No tenemos entre nosotros a ninguna persona realmente delgada, de ninguna edad, lo cual, me parece bastante raro. Nuestra gordura hubiera sido considerada anormal antaño.

Joey se rascó la barriga pensativamente.

—A lo mejor los Dioses han estado jugueteando con nosotros de alguna forma, y nos hicieron gordos—propuso con tono ligeramente sarcástico.

Me encogí de hombros.

—Quién sabe. Como te dije, no sé lo suficiente para poder discutir, pero nuestro año tiene trescientos sesenta y cinco días como siempre tuvo. Lo cierto es que Dioses o no, hemos cambiado.

Lo que yo me pregunto es: si estamos cambiando realmente, ¿que otros cambios surgirán?

Día 286, 383 A. D. C.

Después de mucha consideración, hoy finalmente me decidí, y se lo dije a Joey. He pensado en excavar otro túnel para salir de la Cúpula. Aunque provoque la ira de los Dioses, tengo que saber lo que está fuera de nuestro recinto. Tengo que saber la verdad.

Joey se sorprendió. Creo que a él le bastaba hablar contra los Dioses, pero no estaba preparado para actuar. Yo no quiero hablar; quiero saber, y si resulta que los Dioses son una gran mentira, quiero luchar contra ellos. No obstante, me pareció sensata la idea que me dió Joey: la de buscar más gente que nos ayude. ¡Es difícil creer que yo mismo me he vuelto, no solamente antirreligioso, sino jefe de los antirreligiosos!

Día 333, 383 A. D. C.

Hemos encontrado a otros dos hombres que nos ayudarán, y hay tres más en vista. Rhonda también quiere contribuir, pero yo me opongo. Quiero que siga aprendiendo a escribir, por las dudas que me pase algo.

Día 4, 384 A. D. C.

Esta noche, no bien se apague el Bulbo, comenzaremos la excavación. Somos seis: Joey, Armando, su hermano, Keith, una muchacha llamada Laura, y yo. Laura tiene solamente diez años, y, con toda seguridad, no nos será de gran utilidad. El hermano de Joey, Mussa, también iba a colaborar, pero su esposa recién acaba de construir una choza-privada, de modo que no podremos contar con él, por lo menos por el momento.

Estamos todos muy excitados y bastante asustados. Supongo que es porque las leyendas cuentan que las otras tres tentativas fracasaron. Hay que hacerse de coraje puesto que hay una sola manera de averiguar.....

Día 94, 384 A. D. C.

La excavación es difícil. Trabajamos sólo con las manos, aunque los libros hablan de ciertos implementos llamados palas, que servían para remover y sacar tierra. En nuestro caso, ésta es muy firme, de modo que debemos turnarnos, pues no cabemos todos juntos. Además no podemos trabajar demasiado porque perderíamos mucho peso, y eso sería notado por los Dioses, o peor todavía, por los Tradicionalistas.

Para que nuestro trabajo quede en secreto, Laura trenzó una choza-privada que tapa el agujero, pero se ruborizaba continuamente mientras la hacía, pues ni siquiera está casada, aunque no creo que deba esperar mucho,

si Joey sigue mirándola con esa cara. Todo mi jugo de fresas se ha secado desde la última vez que escribí en el diario, pero Rhonda me dió un poco del suyo. Ella dice tener un método especial para juntarlas, pero no me lo quiere decir hasta que no lo haya perfeccionado.

Día 166, 384 A. D. C.

¡Hoy se casaron Joey y Laura, y a buena hora, ya que ella se está construyendo una choza-privada para esta misma noche! Ninguno de los dos tiene padres, de modo que los casé yo, como mejor amigo de Joey.

Día 181, 384 A. D. C.

Joey y Laura no han ayudado mucho últimamente, pero por suerte Mussa comenzó a venir. El trabajo avanza lentamente, pero avanza al fin.

Día 309, 384 A. D. C.

Rhonda está nuevamente embarazada.

Día 350, 384 A. D. C.

¡Laura también! Por lo menos ahora Joey vendrá a ayudarnos.

Día 22, 385 A. D. C.

Hoy Rhonda me mostró el secreto de las fresas. No consiste en gran cosa, pero es curioso. Ella se sienta debajo de un arbusto y fija su mirada en él. Quedándose muy quieta, "piensa" a la fresa; por lo menos así lo llama ella. Su cara se arruga como si tuviera dolor de cabeza, y muy pronto cae una fresa. Entonces "piensa" a otra.

Rhonda no puede explicar al fenómeno. Yo también probé, pero no pasó nada. Es muy extraño.

Día 98, 385 A. D. C.

Joey y yo estamos seguros de que hemos pasado el borde de la Cúpula con el túnel. Da miedo pensar, cuando uno está allí abajo, solo, que realmente está fuera de los límites de nuestro pequeño mundo. El hecho de que hay tierra más allá de él demuestra algo, aunque no puedo decir exactamente qué.

Día 103, 385 A. D. C.

Armando empieza a molestarme. Desde que Joey y yo decidimos que ya habíamos sobrepasado los límites de la Cúpula, se ha estado portando de una manera extraña. Ayer, durante la tercera comida, se me acercó y dijo que quería hablarme.

—Jock —comenzó—, deberíamos dejar de trabajar en el túnel. Estoy preocupado.

—¿Preocupado de qué? —le pregunté.

—Los Dioses, Jock. Ya sé que todo esto lo estamos haciendo para demostrar la veracidad de las tradiciones, pero si ellos hubieran querido.....

—Escucha, Armando —le dije, enojado—, no sé si el rito es justificado, o si las leyendas profanas son ciertas, pero una cosa sí sé: no voy a creer en la palabra de nadie. ¡Tengo que averiguar yo mismo!

Me tranquilizé un poco, y proseguí:

### Otra vez los dirigibles

Los alemanes han vuelto a orientar sus miradas hacia los dirigibles. Consideran que su capacidad para transportar grandes pesos hace ideales para colocarles propulsión atómica, y están pensando seriamente en la construcción de "zepelines atómicos" para los viajes transatlánticos.

—Y tú, Armando, puedes hacer lo que quieras. Si deseas abandonar, hazlo, porque nosotros podemos seguir sin tu ayuda...

Mis últimas palabras parecieron turbarle más todavía. Me dijo:

—No, por supuesto que no quiero abandonar, Jock. Solamente estaba hablando.

Se alejó, dejándome pensativo. Quizás hubiera sido mejor tratar de averiguar lo que pensaba, en lugar de hablarle como lo había hecho.

Día 141, 385 A. D. C.

Rhonda dió a luz a una niña hoy, y la llamaremos Angie, como la madre de mi esposa. A veces me pregunto por qué traemos hijos a la Cúpula. Si en realidad somos criados como vacunos por los Dioses, cosa que aún no puedo creer, el mejor desafío sería dejarnos morir. Por otro lado, si hiciéramos eso, terminaría la lucha, si es que ésta existe. La única forma de ganarla es la de reproducirnos lo más rápidamente posible.

La vida, según el libro de biología, ha existido por un enorme número de años antes del Cautiverio. Una línea intacta, sostiene el libro, existe desde el primer trozo insignificante de protoplasma, hasta cualquier ser viviente de hoy. Pueden desaparecer algunos tipos de vida, pero esta línea sigue

propagándose de generación en generación.

Supongo que me toca a mí hacerle dar un pasito más. El problema de contestar a las preguntas que yo dejo sin respuesta, y de ganar las batallas que yo pierda, le tocará a Nathan y Angie.

### Día 194, 385 A. D. C.

Ahora también Joey es padre de una niña. Si uno tuviera que oírlo a él, pensaría que es la única niñita de la Cúpula.

Lo que más me preocupa es el túnel. Puede ser que dentro de menos de un año....

### Día 3, 386 A. D. C.

Hoy es mi cumpleaños, y el día más desdichado de mi vida. Tengo suerte de estar vivo, pero no me importa mucho. ¡Por culpa de ese sucio traidor de Armando, el trabajo de dos años ha desaparecido, como si nunca hubiese existido! Deberíamos haberlo vigilado, pero quien iba a imaginarse que....

El Rito de Año Nuevo debe haberlo decidido, porque, en verdad puede afectar a cualquiera. De todos modos, lo que sucedió es que Armando le contó lo del túnel a los Tradicionalistas, y antes de enterarnos nosotros, los hombres más fuertes de la Cúpula nos sujetaron, mientras la gente rellenó y cerró el túnel. ¡En ocho horas fueron llenados dos años de excavación!

No puedo escribir más...

### Día 211, 386 A. D. C.

Joey, Laura, Rhonda y Mussa han estado tratando de convencerme por turno. Hoy lograron su propósito: empezaremos otro túnel.

### Día 65, 387 A. D. C.

Desde que Rhonda comenzó a escribir su diario propio, no he escrito párrafos regulares en el mío. Además, no tengo tiempo ni ganas.

Es sobre Nathan que escribo hoy. Esta tarde nos sorprendió considerablemente. Por supuesto que ya sabe caminar, pero en general prefiere pasar el tiempo sentado al lado de uno de sus padres y engordar. Estaba yo exprimiendo fresas, y Rhonda las estaba "pensando", cuando él se acercó, sentándose cerca de su madre. Arrugó su carita, mirando hacia el arbusto, imitándola perfectamente.

¡Rhonda y yo nos reímos, y entonces fué cuando cayó la fresa! Nos quedamos completamente desconcertados, y mientras tanto, Nathan volvió a "pensar" y bajó otra fresa.

Según Rhonda, ella aprendió el sistema cuando tenía doce años; nunca había hecho algo parecido antes. ¡Pero no puede bajar fresas tan rápido como Nathan!

Hay algo en este talento de mi esposa y de mi hijo, que me sorprende y que me excita. No puedo precisar bien lo que siento.

### Día 118, 387 A. D. C.

El nuevo túnel marcha bien; creo que nuevamente estamos más allá de los límites de la Cúpula. Esta vez, vamos mucho más rápido.

¡Si pudiéramos mantenerlo escondido de los Tradicionalistas!

### Día 26, 388 A. D. C.

Catástrofe...

¡Cuán estúpidos somos los humanos! Si con toda nuestra sabiduría y armas, no hemos podido contrarrestar el ataque de los Dioses sobre nuestro propio planeta. ¿Cómo podemos esperar

hacerlo en la Cúpula? Y sin embargo, teníamos que probar, y Keith ha pagado por nuestra curiosidad.

Sucedió anoche. Yo había estado cavando, y mis dedos estaban duros; me detuve y Keith tomó mi lugar. Aparte del cansancio, no se puede estar mucho tiempo dentro del túnel, a causa del frío, que se hace cada vez más intenso, a medida que avanzamos.

Mientras nuestro compañero trabajaba, Joey, Mussa y yo nos frotábamos los dedos. ¡De repente, oímos su sofocado grito de terror! Los tres saltamos y corrimos hacia el túnel. Al llegar, retrocedimos espantados: ¡el túnel se estaba llenando ante nuestros ojos! La tierra apareció por la abertura y se niveló con el suelo.

¡Otro túnel desaparecido como si nunca hubiera existido, y ésta vez, porque tuvimos éxito!

Naturalmente, no pudimos ocultar lo que había sucedido; muchos se habían despertado y habían llegado a tiempo ver el túnel que se llenaba. Armando, el traidor, estaba entre ellos, y quiso saber dónde estaba su hermano. Le tuve que decir.

Inmediatamente comenzó un cántico de alabanza a los Dioses, por haber eliminado el símbolo de nuestro pecado, y por castigar a su perverso hermano. ¡Ni una palabra de dolor para el pobre Keith!

Todos comenzaron a rezongar por nuestra transgresión, pero nadie tomó iniciativa alguna. Recordaban lo que le sucedió a Peter, y decidieron no castigarnos.

El túnel ha desaparecido, y no habrá otra tentativa, por lo menos durante mi vida. ¿Qué objeto tendría? ¿A Keith se lo habrán llevado los Dioses, o estará sepultado en el túnel?

### Día 319, 388 A. D. C.

Rhonda y Laura dieron a luz a dos

niños. Joey y yo hemos decidido llamarlos a ambos Keith.

Joey ha estado tratando de convencerme para comenzar otro túnel, pero no quiero saber nada; sería ridículo. Ahora me conformo con poder sentarme bajo un árbol a leer los libros de mi padre. Hay uno, el Libro de Poesías, que me interesa más que el de la Biología.

Las poesías son difíciles de entender. La mayoría contiene palabras que no tienen ningún sentido aquí en la Cúpula. Seguramente lo tendrían en la Tierra.

Hay una que se llama "Oda a La Libertad", escrita por un hombre llamado Shelley, que me excita más y más cada vez que la leo, aunque en general, no sé de qué está hablando. ¿Qué era Atenas? ¿Y Alfredo el Sajón? Creo que la palabra "sol" equivale a nuestro Bulbo, pero no estoy seguro. ¡Aún sin comprender muchas palabras, creo comprender el significado de esa poesía, y en cierto modo, me parece que el autor me escribía a mí!

Ahora debo enseñarle a escribir a Nathan. Yo no puedo escribir mucho, pues mis dedos se cansan rápidamente. Supongo que ya no sirvo para nada; sólo puedo comer y engordar hasta el día que me lleven los supuestos Dioses.

### Día 2, 389 A. D. C.

Otro Año Nuevo. Ayer Rhonda, Nathan y yo nos unimos a los demás. Todos menos Joey, por supuesto.

Al principio fué grandioso. Todos estaban alineados alrededor del borde, mirando a la pared gris y curva. Ante la señal de Armando, todos nos pusimos de rodillas, apretando las manos contra la pared de la Cúpula. Inclínamos las cabezas, cerramos los ojos... y cantamos, lamentándonos.

Intenté dejarme llevar por la agonía

del momento. Grité mis pecados; canté que sería bondadoso, que comería y engordaría; supliqué ser llevado por los Dioses a su tierra.

No sirvió para nada. Mi creencia en la bondad de los Dioses ha terminado. Levanté la cabeza, y me sequé la transpiración sobre la frente. Rhonda me fijó con una mirada llena de angustia.

Nos levantamos silenciosamente, y cuando quise levantar a Nathan, Rhonda me detuvo.

—Déjalo —me susurró—. Es sólo un niño; ya crecerá.

Asentí, y los dos nos alejamos del borde, hacia la colina central donde estaba sentado Joey. Rhonda lloraba cuando nos sentamos a su lado. Nos quedamos allí el resto del día, mientras los demás cumplían todos los ritos de Año Nuevo. Los contemplamos en silencio.

—¿Por qué es tan estúpida la gente? —preguntó Joey con voz enojada—. ¿Por qué prefieren adorar a sus Dioses en lugar de luchar contra ellos? ¿Por qué prefieren llorar en lugar de lanzar gritos de ira?

—Supongo que es más humano llorar —dijo Rhonda suavemente—. Es más fácil creer que los Dioses tienen piedad de nosotros. Puede que esa sea la diferencia entre un ser humano y... otra cosa. Un ser humano sabe que no quiere hacer daño a nadie, y no puede imaginar que nadie quiera herirlo a él. Al principio del Cautiverio, los Dioses nos impusieron esta vida, y los seres humanos llegaron a creer que es justa. ¡Tenía que ser así!

Sonó la campana de la quinta comida. Todos se precipitaron a comer, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Después de un rato, Rhonda, Joey y yo tuvimos hambre; comimos, pero nos negamos a llorar.

### Día 18, 389 A. D. C.

La idea es de Joey, pero todos contribuimos a planear los detalles. ¡Esta vez no será un túnel, sino una tentativa de capturar la nave-burbuja!

Arrollaremos las hojas de los árboles, y haremos largas cuerdas, que tejemos para formar una gran red. Cuando se acerque la nave, le tiraremos la red, y entonces... veremos.

No tengo mucha fe en esto. Probablemente moriremos, pero lo haría contento si pudiera ver a los Dioses, y el interior de la nave-burbuja por un instante. Joey y Mussa creen que podríamos encontrar armas dentro de la nave...

### Día 78, 389 A. D. C.

Creo que hacer la red es más difícil que cavar un túnel. Las hojas se despegan siempre, hasta que descubrimos que manteniéndolas mojadas después de haberlas atado, se vuelven más flexibles y duraderas.

Los chicos nos ayudan, pues Joey, Mussa y yo somos demasiado gordos para treparnos a los árboles.

Todos se preguntan para qué serán las cuerdas, pero por supuesto no lo decimos. Armando está seguro que estamos tramando algo, pero no sabe qué. ¡Pronto lo sabrá!

### Día 227, 389 A. D. C.

Ese raro talento de Nathan...

Nos habíamos acostumbrado tanto a su "pensar" fresas que ya no le hacíamos caso. Aún cuando la pequeña Angie comenzó a imitarlo, Rhonda y yo apenas si lo mencionamos.

¡Pero hoy le dije que se prepara a un árbol para bajar una hoja muy grande, y se rehusó! Como es sólo un niño, no me gusta insistir, pero el trabajo

debe seguir adelante, de modo que me enojé y se lo ordené. Entonces arrugó la cara hacia la hoja, y la bajó estruendosamente. Me sonrió y dijo:

—¿Quieres que baje otra?  
¡Mi propio hijo! ¿Es humano? Tengo miedo...

### Día 1, 390 A. D. C.

Año Nuevo. También el comienzo de mi última década en la Cúpula. ¡Dentro de dos días tendré diecinueve años, y eso sí que es ser viejo aquí! Hay pocos mayores que yo, y una persona más se va cada treinta días...

### Día 132, 390 A. D. C.

La red está casi terminada. Ya la hubiéramos terminado hace mucho, si no hubiéramos tenido que esperar a que crecieran más hojas. Escribimos poco, y lo hacemos sobre hojas descartadas.

Angie también empieza a "pensar" hojas con Nathan. Que yo sepa, son los únicos habitantes de la Cúpula que pueden hacerlo.

### Día 21, 391 A. D. C.

Hoy terminamos la red. La próxima vez que venga la nave-burbuja, Joey, Laura, Rhonda, Mussa, su esposa Tina y yo la arrojarémos sobre ella. Trataremos de tirarla hacia abajo, y saltar sobre ella.

La próxima vez...

### Día 45, 391 A. D. C.

La red fracasó y Mussa no está más. Joey y Rhonda están tratando de consolar a Tina.

¡Por lo menos, hicimos la prueba! Cuando llegó la nave-burbuja, para llevarse a Armando, nos acercamos rápidamente y arrojamos la red sobre ella, tal cual lo habíamos planeado.

Continuó ascendiendo como si no pasara nada. Finalmente, tuvimos que soltar a la red y saltar al suelo. Todos menos Mussa. Él se colgó; un pequeño punto blanco en el aire, mientras la nave lo levantaba junto con la red a través de la Abertura. Entonces, la nave se apartó bruscamente y Mussa desapareció con ella.

¿Y ahora? ¿Intentaremos derribar las paredes de la Cúpula con las manos?

### Día 110, 391 A. D. C.

Hoy casé a Nathan y Ruth, la hija mayor de Joey. Ambos son un poco jóvenes para el casamiento, pero Joey y Rhonda piensan que está bien.

Me gustaría vivir hasta el nacimiento de su primer hijo. ¿Herederá su talento para "pensar"?

### Día 288, 392 A. D. C.

Rhonda está nuevamente embarazada. Aunque seamos incapaces de luchar contra los Dioses, por lo menos parece que una cosa sabemos hacer.

### Vinos añejos... en diez minutos

El sabor particular de los vinos añejos se debe a un proceso de oxidación realizado con el tiempo. Actualmente se está investigando la posibilidad de abreviar enormemente este lapso, por medio de la radiactividad artificial.

Día 30, 393 A. D. C.

¡Los Dioses se llevaron a Laura hoy!  
¡Es difícil de creer; ni siquiera tenía veinte años! Joey está desesperado.

Mi hijo, el pequeño Keith, se río cuando vió a Laura bailando, y antes de darme cuenta de lo que hacía, le pegué una bofetada.

Día 59, 393 A. D. C.

¡Se llevaron a Rhonda! ¡Apenas si puedo escribir; las lágrimas corren rápidamente por mis mejillas! Pero hay algo que tengo que documentar, hasta Rhonda lo hubiera hecho.

¡Rhonda tragada por esos malditos Dioses! Yo traté de saltar sobre la nave, pero Joey y Nathan me detuvieron... pero no es de esto que quiero hablar. Mientras la nave-burbuja ascendía, con Rhonda en su interior, Nathan se puso de pie y agitó su puño, con la cara contorsionada por la ira.

*¡Y la nave-burbuja tembló y se detuvo por un instante en el aire!*

¡Fué solamente un segundo, pero qué segundo! Nadie se lo olvidará, ni se olvidará de contarlo a sus hijos.

Le hicimos prometer a Nathan que no volvería a hacerlo nunca más. Una vez, los Dioses pensarán que fué algún desorden de la máquina, pero si sucediera de nuevo, podría despertar sus sospechas.

Angie, Nathan y Keith deberán practicar su poder a escondidas de todos; mientras tanto más y más niños nacerán con esa habilidad de "pensar". Entonces, algún día cuando los habitantes de la Cúpula estén listos, se van a vanitarán.

Pero no quiero ni pensar en ello. ¿Qué me importa lo que sucederá dentro de tantos años? ¡Rhonda no está más!

Día 109, 393 A. D. C.

Joey y yo estuvimos discutiendo la desaparición de Laura y Rhonda a tan temprana edad. Hizo notar que las dos estaban embarazadas.

—Supongo que los gustos culinarios de los Dioses están cambiando —dijo—. Si su idea de una buena comida es...

—No digas esas cosas, Joey —grité—. ¡Me rehúso a creerlo! ¡Es demasiado horrible!

—¿Entonces, cual es tu explicación? Meneé la cabeza.

—No lo sé —murmuré—. A lo mejor quieren que los niños nazcan fuera de la Cúpula, para experimentar. ¡Qué sé yo! ¿Pero por qué tenemos que pensar que nos *comen* cuando nos llevan?

—Puedes creer lo que quieras, Jock —me replicó mi amigo—, pero antes trata de averiguar por qué nos hacen engordar.

—No puedo contestar ni esa pregunta ni muchas otras, pero por más que odie a los Dioses, no puedo creer que somos solamente alimento para Ellos.

Hay una sola manera de averiguar la verdad, y creo que llegará pronto. No obstante todo, cada día estoy más gordo.

Día 5, 394 A. D. C.

Hoy observé a Nathan y Ruth saliendo de una choza-privada. ¡Es difícil creerlo! ¡Ruth todavía no tiene nueve años! ¡Con qué velocidad está cambiando la raza humana sus características! Puede ser que viva hasta el día en que el hijo de Nathan demuestre haber heredado el extraño talento de su padre.

Día 130, 394 A. D. C.

¡Ruth está embarazada!

Día 328, 394 A. D. C.

Según los libros, la palabra es *abue-*

lo. Una palabra extraña aquí en la Cúpula, pero ahora se refiere a mí. Nathan y Ruth han decidido llamar al niño Clarence. La esperanza de la humanidad yace en su pequeño cerebro.

Día 31, 395 A. D. C.

Y hoy los Dioses se llevaron a Joey. Debo estar encallecido, porque no siento dolor. Era mi amigo. Trabajamos juntos, perdimos juntos, y discutimos mucho.

Ahora ya no está, y ni tengo lágrimas para él; estoy más allá de las lágrimas. Lo tradicional sería decir que bailó bien, pero a Joey no le gustaría. Diré sólo que luchó bien.

Día 280, 395 A. D. C.

La última cosa que deseaba presentear durante mi vida ha sucedido. Clarence, que tiene menos de un año, ha demostrado su poder para "pensar"; hoy bajó su primera fresa. Eso significa que todavía hay esperanza para el género humano. Si Clarence lo puede hacer a tan temprana edad, significa que en él, el talento está más desarrollado que en su padre.

Contemplando mi vida, no la considero un fracaso total. Hay en ella dos túneles, la red y mis hijos. Es bastante en la vida de un hombre. El futuro pertenece a Clarence.

Dudo vivir para escribir mucho más en este diario. Todos me tratan como a uno que le queda poco tiempo de vida. Creo estar listo para cumplir con este último requisito.

Cada mañana, al despertar, contemplo a la Cúpula y a sus habitantes. Es

una prisión de la cual nunca he podido escapar. La gente se duerme cuando se apaga el Bulbo, se levanta cuando se enciende, come, ama, y engorda para ser llevada por los Dioses. Y casi todos se consideran felices...

Me atormentan dos pensamientos. Ultimamente, me estuve preguntando cómo es la Tierra, y si quedan seres humanos en ella. Pero nunca lo sabré; eso pertenece al futuro. El otro asunto es lo que le sucede a alguien cuando es llevado por los Dioses. ¿Tenía razón Joey? ¿Seremos realmente, alimento? No estoy seguro, pero tengo el presentimiento de que son perversos, y que lo único cierto es que el hombre fué destinado a ser libre. No sé si tengo razón, pero esto sí que pronto lo sabré.

Día 9, 396 A. D. C.

Hoy vendrán por mí. ¡Quiero documentar esto; quiero que mis descendientes sepan que *no* me fuí contento, y que no estaba *orgulloso* de ser llevado por los Dioses!

Ya no me importa si me llevan para comerme o recompensarme. *¡Su misma existencia es lo que está mal!* ¿Por qué tendría que haber Dioses? Aunque estén para nuestro bien, lo mismo son perversos. ¿Quiénes son Ellos para juzgar a los hombres?

Ya viene la nave-burbuja. Esta es mi hora, lo sé; demasiadas veces han venido para llevarse a otros. Rhonda, Joey, Laura todos se fueron. Esta vez...

¡Sí! Aquí vienen, y no puedo hacer nada; no tengo donde refugiarme, y estoy gordo. ¡Espero darle a estos malditos una indignación!

No es oro todo lo que reluce

**EL Búmmer**, el cohete de dos etapas que batió todos los récords de altura y velocidad, ha podido hacer sólo dos vuelos que se puedan calificar de buenos sobre un total de ocho. Esto por otra parte constituye un resultado bastante normal en la actual técnica de los cohetes.

# el día del destino

*El gran cacique Toro Sentado había dicho: "Llegará el día en que el hombre blanco se hará a sí mismo lo que ha hecho con los indios". Y ahora, los sioux comprobaron que ese destino había llegado.*

EL canoso cacique Trueno Fuerte llamó a sus mejores exploradores. —Tomen el jeep —les dijo en inglés—. Comuníquennos por radio cualquier novedad que estimen de importancia. Puede ser que encuentren a alguien con vida todavía.

Los dos exploradores, Johnny Ciervo Liviano y Bill Caballo Manchado, no

daban la impresión de ser indios, con sus camisas azules y zapatos de gruesa suela. Cada uno tenía un rifle automático y cien cargas de balas, que podían servir quizá para escaramuzas entre pequeñas patrullas, pero eran nulos contra las bombas atómicas, aviones y artillería de largo alcance. Sin embargo, el cacique Trueno Fuerte sabía que



ILUSTRADO POR DE LA TORRE

aquellos dos hombres eran duchos exploradores y guerrilleros; además, Johnny tenía una habilidad innata, que en caso necesario le permitía seguir el rastro de un conejo sobre muchos kilómetros de camino pavimentado.

El cacique miró largamente a Johnny. Este estaba serio, consciente de la importancia de su misión. Como de cos-

tumbre, de los dos exploradores, él era el que hablaba.

—¿Cuánto tiempo podemos tardar? —preguntó, y agregó un momento más tarde en lakotano—: Itan-chan, cacique.

El cacique también comenzó a hablar en lakotano, idioma de los sioux.

—Por ser el primer viaje de reconocimiento, quédense poco. Vuelvan al

anochecer. Exploraremos el terreno, trazando círculos de mayor tamaño cada vez, como cuando se arroja al agua una piedra —movía las manos suavemente, mientras ilustraba sus palabras.

Los exploradores partieron. Ellos y los más jóvenes habían impacientemente esperado noticias del mundo exterior; pero los más viejos habían discutido mucho, antes de permitir que saliera una patrulla de exploración. El silencio desde aquel ataque con bombas H a la costa este, había sido total; las radios y televisiones se habían callado por completo. Desde el comienzo de la Tercera Guerra Mundial, hacía dos meses, todos los blancos de la colina (comerciantes, mecánicos de estaciones de servicios, cowboys, rancheros) habían muerto silenciosamente y sin dolor.

Mientras pasaban los días, el suspense había aumentado. Mike Ala de Pájaro no había recibido respuesta a sus mensajes por onda corta, de modo que los sioux más jóvenes, que vivían más relacionados con las costumbres del hombre blanco, estaban ansiosos de recibir noticias. ¿Habían destruido a los Estados Unidos?, ¿o sólo las antenas de las radios y estaciones de TV? ¿Qué pasaba en las ciudades de los blancos?

Pero los indios más viejos, que recordaban la historia de los sioux oglagas, permanecieron tranquilos al conocer las primeras noticias del holocausto. Ni la Guerra Mundial Nº 3, ni las bombas atómicas, ni las de hidrógeno, sorprendían a los ancianos que aún recordaban aquellos días en que las tribus cazaban búfalos en las vastas praderas del oeste.

Estos ancianos ya no eran muy numerosos. Allí estaba Muchos Golpes, por ejemplo. Era el indio más viejo de los oglagas; había luchado contra el general Custer en 1876, y había sido amigo de Toro Sentado, Caballo Loco, y Nube Roja. A menudo, en las noches de invierno, Muchos Golpes contaba

historias a quien le escuchaba.

Contaba de las profecías de Toro Sentado, el cacique que veía visiones. Este era el que había dicho:

“Vendrá el día en que el hombre blanco se hará a sí mismo lo que ha hecho con los indios. Puede que pasen muchos inviernos antes de que el Gran Espíritu se enoje; pero el destino llegará.”

Por eso, Muchos Golpes no estaba sorprendido. Daba vueltas entre las cabañas de los habitantes, recordándoles aquellos amargos días de 1876 a 1890. Repitió por centésima vez cómo los indios se habían rendido luego de largas luchas y muchos sufrimientos, y cómo muchos habían muerto de hambre, viruela y tuberculosis. Y finalmente había llegado la última hora amarga en 1890: un nevado día de diciembre, doscientos hombres, mujeres y niños habían sido acibillados por soldados americanos que tenían ametralladoras. Eso había sucedido en Rodilla Herida, a sólo pocos kilómetros de allí; y el cacique Pie Grande, con todos los asesinados, dormía el sueño eterno en el cementerio de la colina.

**C**UANDO se sucedían los primeros ataques con bombas de hidrógeno en el este, Muchos Golpes había seguido atentamente las informaciones que llegaban, a pesar de sus 120 inviernos, que lo curvaban como una rama seca, y lo llevaron finalmente a una silla de ruedas. Y mientras la radio seguía trayendo noticias de la terrible ferocidad de aquella guerra global, Muchos Golpes había asentido vigorosamente, diciendo:

—El destino del hombre blanco ha tardado mucho; se han necesitado bombas atómicas y de hidrógeno; pero ya ha llegado. Pronto volverá el búfalo, y el indio será nuevamente, como antaño, el dueño del continente.

Johnny Ciervo Liviano se mantenía en silencio, esperando que su jefe hablase, porque bien sabía que el cacique se estaba acordando de aquellas palabras de Muchos Golpes, y que estaba deliberando de esa manera lenta y cautelosa que tienen los jefes cuando piensan en sus pueblos. Ahora Johnny se aclaró la garganta, sacando a Trueno Fuerte de sus pensamientos.

—Cuando usemos la radio —Johnny le preguntó al cacique—, hablaremos en lakotano, ¿no?

—Sí. Es lo mismo que una clave —Trueno Fuerte sonrió y, con un movimiento de su mano, les dió a entender que la entrevista había terminado.

Los dos hombres subieron al jeep. El pueblo sioux había salido de sus cabañas y chozas, para despedir a los exploradores. Johnny puso en movimiento el vehículo, pero al llegar al límite del pueblo, lo hizo virar y comenzó a girar alrededor de éste. Sin contestar a las preguntas de Bill, dió cuatro vueltas en torno a la aldea. Cada vez, los jefes y el cacique hacían gestos de aprobación, y Muchos Golpes los hacía más vigorosamente que nadie.

Cuando el jeep recorría velozmente el terreno, Bill preguntó:

—¿Por qué hiciste eso?

Johnny esperó hasta que disminuyó el ruido del motor, y contestó:

—Bill, deberías leer algo sobre nuestro pueblo. En los viejos tiempos, cuando los exploradores salían con sus caballos a buscar manadas de búfalos, daban cuatro vueltas alrededor de la aldea. Cuatro es el número sagrado de los sioux.

—¡Ah!, por eso el cacique asentía con la cabeza —Bill reflexionó un rato, y luego continuó—: Johnny, hemos convivido en la infancia; estuvimos juntos en Corea; creí entenderte, pero veo que estaba equivocado.

—Trueno Fuerte y Muchos Golpes

me entienden —dijo Johnny; y, sin más palabras se concentró en la conducción del jeep.

Habían partido con el tanque lleno de combustible. Cuando hubieran gastado la mitad, darían la vuelta para regresar. En el asiento de atrás tenían un tanque de veinte litros para casos de emergencia.

**S**E dirigieron hacia el oeste, por el camino de tierra. Johnny esquivaba hábilmente los baches. Pasaron señales de rutas azotadas por la intemperie, cruzaron el río Blanco, cerca del límite del territorio de los Sioux, y se dirigieron en dirección a Nebraska. Bill miraba con los gemelos continuamente. A menudo, cuando llegaban a la cima de alguna colina, Johnny se detenía para permitir que su compañero observara el terreno desde una posición conveniente. Al informar Bill que no había nada nuevo, proseguían la marcha.

Mientras manejaba, Johnny dejaba correr su imaginación. Se preguntaba qué pensaría cualquiera que los viera pasar. El cuadro de ellos dos en el jeep no se parecía en nada a las escenas de los viejos tiempos, cuando los guerreros montaban veloces caballos, llevaban plumas de chillones colores en la cabeza, pechos desnudos y largas lanzas. Sin embargo, para él, las cosas sólo habían cambiado en pocos detalles. Hacía mucho que los Sioux se habían acostumbrado a aprovechar la técnica de los blancos; en vez de señales de humo o espejos, utilizaban radios, teléfonos y TV. Sin embargo, los principios eran los mismos. Eran dos indios que buscaban señales de guerra, igual que los viejos guerreros que hacían reconocimientos en la línea de Custer.

De pronto, Johnny se puso tenso. Sin saber por qué, detuvo el jeep.

—¿Qué sucede?— preguntó Bill.

Johnny levantó una mano y dijo:

—No lo sé, pero siento...

Era extraño. Los años de civilización no habían disminuído ese sexto sentido que tenían los antiguos cazadores de búfalos. Aun cuando nada se movía, los viejos indios intuían la presencia de cualquier enemigo. Era un instinto nacido a través de muchos años de íntimo contacto con la naturaleza, en aquellos días en que el mismo aire parecía hablarle al indio. Por algún motivo desconocido, este instinto seguía vivo en algunos jóvenes, como Johnny Ciervo Liviano.

Johnny tomó los gemelos y miró a través de ellos. Durante largo rato estudió el horizonte, y luego asintió con desagrado mientras decía:

—Hay cadáveres algo más adelante —dijo escuetamente. Su amigo observaba con los gemelos; y entre tanto, él sacó un contador géiger del asiento trasero, feliz de que Trueno Fuerte hubiera previsto todo con tanta anticipación. Había sido muy claro que se acercaban días de tormenta; los periódicos venían llenos de rumores; pero nadie se había preparado. Suspiró, momentáneamente entristecido, y ajustó los diales. Al moverse la aguja, oyó el tictac que anunciaba la presencia de un campo radiactivo.

—Es mejor que nos volvamos —comentó Bill.

—No. —Johnny le paso el contador—. El campo de radiación no es muy intenso. Unos pocos roentgens no nos harán daño; pero mantén el aparato fuera del jeep. Necesitamos que nos dé la cifra exacta, no disminuída por la masa del automóvil.

Siguieron adelante, pasando varios pueblos, viendo muchos muertos, pero ningún vivo, ni siquiera un perro. Cuando llegaron a un punto en que el indicador del contador comenzó a moverse rápidamente hacia la derecha, Johnny viró.

—Vamos a volver —dijo—. El campo es bastante intenso aquí.

En un momento, el jeep volvía velozmente por donde había venido. Cuando llegaron al pueblo donde habían notado las primeras radiaciones, Johnny dobló hacia el norte. Después de media hora, el contador no registraba nada, y Bill respiró más tranquilo.

—Estaré contento cuando emprendamos el regreso— comentó.

—¡Diablos, Bill!, hemos pasado cosas peores en Corea, ¿no?

—Sí, pero entonces éramos solteros. Ahora somos hombres de familia, con hijos en edad de estudiar bachillerato... Me imagino que no habrá clases ahora. Los muchachos estarán contentos.

**S**I, Johnny recordó los años que siguieron a lo de Corea. Había ido a la universidad, a estudiar Derecho. Pensaba volver a su pueblo, para ayudar a su gente en la interminable lucha por la posesión legal de las tierras, del agua y de los campos petrolíferos.

Pero en la práctica de este derecho, Johnny se había cansado de ver tanta maldad. De golpe había comenzado a comprender el resentimiento de los más viejos; los de los cabellos blancos como Muchos Golpes; hombres que habían luchado, que habían pasado hambre y que habían sido dominados exteriormente, pero cuyos corazones habían quedado siempre rebeldes.

Fué entonces cuando comenzó a entender por qué estos ancianos habían tratado de mantener las tradiciones, las danzas, leyendas, costumbres y ese sentido de hermandad con la naturaleza, que la civilización estaba destruyendo. Fué entonces cuando Johnny, un universitario, se había reintegrado a su herencia de los indios, descubriendo que las viejas costumbres son las mejores. La nueva vida, la vida civilizada del hombre blanco, llevaba al caos y a la muerte. Y así fué como tuvo que admitir

que los ancianos tenían razón, porque ellos habían sabido, aun en la derrota, que la vida del blanco, la vida de la ciencia y la tecnología, la vida de la explotación de la naturaleza, había sido un camino que los llevó a su propia destrucción.

Johnny se acordó de las palabras repetidas por Muchos Golpes; palabras que habían sido usadas por Toro Sentado y Caballo Loco. Eran:

“El hombre blanco es destructor. Sí, le agradó al Gran Espíritu darle conocimiento de máquinas y armas, para que, como un incendio en la pradera, las legiones blancas devoraban la tierra: indios, animales, plantas y minerales. Pero llegará el día en que el destructor blanco tendrá que rendir cuentas ante el Gran Espíritu, por su despreocupación del espíritu de la naturaleza.”

Johnny detuvo el jeep, y con un gesto señaló a Bill que prendiera el transmisor de radio. Sonriendo irónicamente, Bill miró a su amigo. Hacía algún tiempo que Johnny hablaba menos y usaba más los gestos y la mirada. Era como si se hubiera transformada de un momento a otro en un indio típico, que usa sus sentidos, hablando poco, pero expresándose elocuentemente ante los que entienden esas silenciosas vías de comunicación.

Cuando funcionaba la radio, oyeron la voz del cacique Trueno Fuerte, que llegaba desde el transmisor de la aldea. Johnny también habló en idioma lakotano.

—El enemigo no ha sido visto —comunicó—. Pero conocemos el camino que ha seguido, pues es un camino sembrado de destrucción y de muerte.

—Ho hetchetu —dijo el cacique—. Está bien. Ahora vuelvan, que han hecho bastante por hoy.

—Hay más, Itan-chan —agregó Johnny—. Permítanos seguir recorriendo hacia el norte.

—Crean que encontrarán...

—¿Algo importante? Sí, tengo el presentimiento.

—Muy bien —consintió Trueno Fuerte—. Prosigan, pero recuerden que sus familias pueden preocuparse.

—Lo recordaré, jefe. Estaremos de vuelta antes del anochecer.

**A**PAGARON la radio y siguieron andando, sin encontrar nada excepto la silenciosa pradera. A veces pasaban plantaciones de algodón, cerca de arroyos casi secos. A Johnny le parecía estar en un barco: el jeep era su barco; el mar, aquella tierra de pasto quemado. Sin embargo era hermosa aquella tierra. Él soñaba...

Soñaba lo mismo que Trueno Fuerte y Muchos Golpes: el sueño de todos los indios de los viejos tiempos que, a través de estos años crepusculares de su vida, se acordaban de la historia. Cuando muchacho, Johnny había oído las leyendas de los viejos, y nunca habían dejado de interesarle. Durante las noches de invierno, en la choza de sus padres, se sentaba en el suelo, oyendo sin ser oído. Había escuchado cuentos fantásticos y apasionantes, de cacerías de búfalos, de los bailes anuales, cuando se reunían todas las tribus para estrechar vínculos y amistades.

Hubo entonces carreras de caballos, concursos de lucha, y juegos. Los jóvenes cortejaban a muchachas de otras tribus, y había banquetes con buena carne de búfalo. Luego comenzaban las ceremonias religiosas, la danza al Sol y los ritos.

Pero también había escuchado otras historias, menos alegres, aunque igualmente interesantes. Eran las de los grandes jefes de fama legendaria: Toro Sentado, Nube Roja y Caballo Loco. Entre éstas había muchas de victorias, pero las que más emocionaban a Johnny eran las de las derrotas.

De estas últimas leyendas era de las que se acordaba Johnny, mientras estaba sentado en su moderno jeep, usando el contador géiger. Y rememorando la histórica lucha y la final derrota, se encontró pensando igual que Muchos Golpes y Trueno Fuerte: estaba contento de que hubiera sucedido tal desastre. Ellos, los indios, no ultrajaban la tierra ni violaban la naturaleza. Vivían como los pájaros, respetando a todas las criaturas, contentos de estar vivos, sin buscar poderíos y sin ser obsesionados por el egoísmo.

**J**OHNNY y Bill atravesaron un pantano. Las colinas se oscurecían cuando las sombras de las nubes pasaban sobre ellas. Por sobre el ronroneo del motor, Johnny oyó un sonido y frenó de inmediato.

Ambos escucharon. El sonido era el trino de un pájaro que en seguida levantó vuelo.

—Por lo menos, los pájaros viven — dijo Bill.

—Sí. Toda la naturaleza vive aún: pasto, pájaros, árboles... —instantáneamente Johnny gritó, incapaz de contenerse—: ¡Ellos viven! ¡Nosotros vivimos! ¡Somos libres!

Respiró hondo, emocionado. Luego de un rato, prosiguieron la marcha, y llegaron a un pueblo grande. Utilizaron el contador; pero éste no denunció ninguna radiación. Johnny frenó, y bajaron. Habían visto cadáveres, que yacían en las veredas, donde habían caído. Los dos exploradores, llevando sus rifles, se acercaron cautelosamente, pisando sobre el césped de los jardines de las casas, para no hacer ruido. Escuchaban atentamente; miraban alrededor; estaban cansados, y desconfiaban de la quietud total.

—Cuidado, Bill. Acuérdate de aquellos reconocimientos en Corea.

—Sí, sí; ya sé —gruñó Bill—. No soy

ningún novicio en estas tareas.

Mirando dentro de las casas, vieron más cadáveres; algunos sentados a la mesa, otros en el suelo. Era macabro... muy macabro. El silencio era demasiado completo, roto solamente por las pisadas de los dos indios.

—No entiendo esto —dijo Bill.

—Yo tampoco. Mira.

Miraron, y Bill prosiguió:

—Todos muertos, sin que haya daño alguno. No ha caído ninguna bomba sobre este pueblo, y, sin embargo, están todos muertos. Las casas no han sido tocadas. Parecería como si todos estuviesen durmiendo una siesta.

—Sí, la siesta de la muerte. ¡Pero espera! —Johnny levantó una mano—. Esa es una idea. Mira de nuevo.

—Los veo: están muertos —replicó Bill, mirando a los cuerpos inertes.

—Pero las posiciones son raras. Mira a ese hombre sentado en el sillón. Parece como si se hubiera dormido en medio de un bostezo. —Johnny tuvo repentinamente una idea—. ¡Esto es guerra bacteriológica, Bill!

—¿Eh?

—¿Te acuerdas de aquellos blancos en nuestro pueblo? Murieron tranquilamente.

—Seguro. Pero, ¿y nosotros? —Bill frunció el ceño—. Probablemente la enfermedad es contagiosa. Debe de serlo, para poder matar a todos.

—Todos, menos nosotros —dijo Johnny, y de repente lanzó una carcajada.

—Pero, ¿de qué...? —preguntó Bill, mirando a su compañero seriamente.

—Es la ironía de todo esto, que me causa gracia. La poética justicia o como quieras llamarle. ¡Es la venganza de la historia!

—¡Pero yo no veo la parte cómica!

—Guerra bacteriológica, mi querido amigo. ¡Guerra bacteriológica, y los sioux somos inmunes!

**A**L llegar a la aldea, Johnny y Bill pasaron entre grupos de indios que se habían reunido para esperarlos. Ante las muchas preguntas, Johnny contestaba:

—Pronto lo sabrán todo.

Llegaron a la choza del jefe, donde se había instalado el radio de Mike, y donde se hallaban reunidos Muchos Golpes y todos los demás jefes. Había un fuerte olor a humo de pipa.

Hasta Bill, generalmente tan moderado, se quedó mudo al mirar al grupo. En los viejos tiempos, los consejos se llevaban a cabo en una carpa de piel de búfalo. Ahora se hacían en una pequeña cabaña. La calavera de búfalo todavía estaba. Era la única existente, y Muchos Golpes la había guardado cuidadosamente durante los últimos años, porque simbolizaba la antigua libertad.

Bill abrió la boca para hablar; pero Johnny lo golpeó con el codo, y Bill se calló. Y allí se quedaron ambos, de pie, esperando que el cacique Trueno Fuerte abriera la sesión.

De un estante de cedro, el jefe tomó la larga pipa medicinal, la llenó de tabaco, la prendió con un fósforo, y sopló humo a los cuatro vientos, pidiendo la bendición de Wakantanka, el Dios de Todos. Esta era una ceremonia tradicional e impresionante. Por último el cacique le dió la pipa a Johnny; el explorador repitió la ceremonia, soplando humo y apuntando la pipa en las seis direcciones de la tierra: arriba, abajo, este, oeste, norte y sur. Mientras tanto, los más viejos, y Muchos Golpes más que todos, asentían satisfechos.

Todos escucharon mientras Johnny comenzó la historia de la exploración. Habló en lakotano, aunque todos los presentes conocían el inglés. Desde el comienzo de la guerra, día a día parecía que la tribu volvía a las viejas cos-

tumbres, el viejo idioma y la vieja vestimenta.

Nadie había sugerido que la gente cambiase de ropa. Era como si un sexto sentido se hubiera apoderado de todos. Ahora que el hombre blanco se estaba aniquilando a sí mismo, volvían los indios a la antigua vida, tal como lo había pronosticado Toro Sentado.

Johnny relató todo con palabras y con gestos: el viaje sobre el terreno salpicado de colinas, la búsqueda con los gemelos, la evidencia de la muerte, el campo radiactivo y la guerra bacteriológica. Cuando hubo terminado, un gran silencio cundió entre la gente.

Finalmente un anciano dijo:

—Entonces es cierto: somos los únicos seres humanos vivos que quedan sobre la tierra.

Toda clase de emociones se apoderaron de los oyentes. Las mujeres lloraron, y los hombres se miraron. Muchos Golpes, increíblemente arrugado en su silla de ruedas, gritó con voz trémula:

—Está bien. Una vez más, el indio retoma su justo lugar. Traeremos de vuelta el búfalo, el oso, el siervo y el antílope. Nuevamente seremos libres y podremos andar por todo nuestro querido país. Volveremos a instalar nuestras carpas donde acamparon nuestros padres. Me siento muy contento de haber vivido lo suficiente para ver la realización de tan viejo sueño.

Y el patriarca se hundió en su silla de ruedas, con lágrimas en sus viejas mejillas. Luego de un respetuoso silencio, el cacique Trueno Fuerte reanudó la sesión. Le preguntó a Johnny: —¿De modo que todos los blancos fueron muertos o por la mortífera luz invisible o por enfermedad?

—Sí, Itam-chan. —Johnny agregó—. Pero recuerde que sólo hemos explotado una pequeña área. Lo que sucede al norte, sur, este y oeste, lejos de aquí,

no lo sabemos. Es muy probable que haya muchas zonas que no sufrieron los efectos de los ataques.

**H**UBO otro silencio. Luego, el jefe se dirigió a su pueblo.

—Oídme, oglagas, amigos y primos: Me habéis elegido como vuestro jefe. Durante un tiempo largo no tuvimos ninguno, y fuimos gobernados por los blancos. Nuevamente volvemos a nuestra tradicional forma de gobierno propio, donde el pueblo actúa por intermedio de su cacique y su consejo.

Se oyeron murmullos de aprobación. El cacique respetó estos comentarios, esperando. Cuando todos hubieron callado, prosiguió:

—Oídme, mis amigos: Aunque nosotros sentimos instintivamente que la destrucción del hombre blanco ha resultado de esta terrible guerra, debemos ser prudentes y mantener la calma.

Puede ser que, en zonas más remotas, haya blancos vivos. Si así fuera, volverán, con máquinas y armas como antaño. Mientras viva un solo blanco, la historia se repetirá. Ustedes saben que el hombre blanco desea conquistar, gobernar y dominar a los animales y a los llamados salvajes. Así fue cuando los españoles aniquilaron a los aztecas; cuando Colón despobló de nativos la zona de las Indias Occidentales; cuando las tribus de indios fueron perseguidas y cazadas por los colonos blancos, hasta que fueron obligados a rendirse. Ahora, el Gran Espíritu ha creído justo darle otra oportunidad al indio. No debemos desperdiciarla.

Gritos de júbilo llenaron el aire. Los más jóvenes asintieron entusiastamente mientras los viejos comenzaron a entonar cánticos de guerra. El jefe levantó una mano, y todos callaron de inmediato.

—Hay mucho que hacer —señaló—. Está llegando el invierno. Tenemos ali-

mentos, pero debemos conservarlos. Somos pobres, pero tenemos algunas armas y automóviles. Tenemos una caja que descubre la luz invisible. Tenemos hombres como Johnny Ciervo Liviano y Bill Caballo Manchado, que han estudiado en las escuelas de los blancos y son sabios en muchos aspectos.

El pueblo reflexionó sobre estas palabras y las encontró justas. La sesión del concejo terminó con la preparación de un plan.

Durante los días siguientes, Johnny y Bill reconocieron más y más terreno. No encontraron hombres blancos, pero informaron que los animales habían sobrevivido. Los exploradores, con ayuda del contador géiger, trazaron una ruta que conducía a las colinas Negras.

Por fin, en octubre, se le dijo a la gente que podían trasladarse sin peligro. Las provisiones se cargaron en camiones y autos. Con Johnny y Bill a la cabeza, la caravana se puso en marcha. De noche acampaban bajo las estrellas usando carpas de lona. Evitaban las casas abandonadas que encontraban a lo largo del camino, porque iban prevenidos contra las enfermedades y las radiaciones.

A fin de mes, la tribu encontró un buen lugar para establecerse: un valle en las colinas Negras, donde había agua buena, pasto para los caballos y el ganado, y lugar para todos. Mientras tanto, Johnny y Bill continuaron sus reconocimientos incansablemente. Un día, a principios de noviembre, cuando comenzaba a nevar, el cacique Trueno Fuerte estaba sentado cerca de Mike Ala de Pájaro, mientras el operador de la radio trataba vanamente de comunicarse con los exploradores.

—Algo debe de andar mal —murmuró el cacique.

—Puede ser que se haya descompuesto el radio del auto —sugirió Mike, para tranquilizarlo.



PASARON más días, sin noticia alguna. Creció el nerviosismo entre la gente. Caían las primeras nieves. Los ancianos pronosticaron un duro invierno. Se prohibió matar animales. Había que dejar que se multiplicasen. Se necesitarían muchos años, antes de que hubiera suficientes para poder usarlos como alimento, especialmente el búfalo. Los indios vivían igual que en los tiempos de escasez: de las raíces que encontraban en los bosques, de semillas, rabanitos salvajes y cebollas. El ganado se guardaba para casos de necesidad.

—Tardaremos mucho tiempo —dijo el cacique, mientras empujaba bajo el sol invernal la silla de ruedas de Muchos Golpes. El anciano quería calentarse, porque sus huesos sentían el frío de la muerte. Sus numerosos inviernos le pesaban; pero no se preocupaba. Había visto un milagro y se sentía feliz.

—Es un buen comienzo —dijo Muchos Golpes—. Unos pocos inviernos más, y los búfalos cubrirán las llanuras como antes. Recuerdos los millares que había en este valle. Ahora hay pocos, pero son fuertes; se multiplicarán pronto. Entre tanto es necesario pensar en el futuro bienestar de nuestro pueblo. ¿Has considerado eso, jefe?

—Sí, —replicó Trueno Fuerte—. Ya he elegido a mi sucesor, porque estoy envejeciendo, y no viviré tanto como usted.

—¿Y quién será tu sucesor?

—Johnny Ciervo Liviano.

—Está muy bien —aprobó el viejo guerrero—. Está *sha sha*... es magnífico. Ese joven ha aprendido las lecciones de los más viejos. Tiene toda la sabiduría de los sioux. Además, actúa como debe hacerlo un cacique: no apresuradamente, sino luego de mucho pensar.

—Pero ya hace muchos días que está ausente. ¿Quién sabe lo que le ha sucedido!

—Allí tienes tu respuesta —replicó Muchos Golpes, al oír un repentino griterío de algunos niños que jugaban en el borde del campamento. Los chicos vinieron corriendo, gritando que Johnny había vuelto. En un instante todos salieron de sus carpas. Acalláronse los murmullos, cuando vieron llegar el jeep, pero se reanudaron en el instante en que vieron lo que había sobre él.

Johnny maniobró lentamente y se detuvo frente al cacique. Mientras bajaba, los ojos de Muchos Golpes miraban fija y duramente al contenido del vehículo:

¡Dos hombres blancos, atados de manos y pies en el asiento trasero! Hombres blancos, con mucho miedo, pero vivos e ilesos.

LOS indios se reunieron alrededor, exclamando y preguntando. Johnny levantó un brazo, y la excitación disminuyó. Ante la impaciencia de todos, él se mantenía silencioso, y esperaba muy serio.

Muchos Golpes, dirigiéndose al pueblo, dijo:

—Este joven se acuerda de las viejas costumbres, mejor que nosotros: está esperando la ceremonia de la pipa, que es la forma tradicional de dar la bienvenida a los exploradores que vuelven.

—¡Ah! —exclamó Trueno Fuerte, admirando a Johnny por su calma y por su buena memoria. Con toda seguridad, era más indio que cualquiera de ellos.

Cuando hubo terminado la ceremonia previa, el cacique dijo en lakotano: —Habla, Johnny. Te escucharemos atentamente.

Y Johnny, usando gestos y hablando en el idioma de los sioux, relató lo sucedido. Dijo que aquellos blancos eran exploradores; la vanguardia de un grupo grande de sobrevivientes. Ante tal anuncio, pudo oírse un murmullo de

enojo y disgusto; pero Johnny continuó su relato.

Al encontrar a los hombres blancos Bill había querido matarlos inmediatamente, aprovechando el hecho de que él y su compañero no habían sido vistos. Fué muy fácil reventarles una goma del auto y apuntarles con los rifles. Los blancos se habían quedado mudos de asombro; Johnny aprovechó de su desconcierto para atarlos rápidamente.

Durante el viaje de retorno al campamento, habían interrogado a los prisioneros, que contaron febrilmente las aventuras que habían vivido. Eran dos de aproximadamente diez mil sobrevivientes. Los hombres dijeron que creían que había otros grupos en los estados del Este, y que tarde o temprano lograrían comunicarse con ellos. Su grupo, sin embargo, no tenía radios y había sido obligado a evacuar la zona radiactiva. Habían decidido dirigirse hacia el Oeste, temiendo una invasión enemiga. Creyeron que estarían más seguros en las praderas y en las montañas. Su mayor problema era el de dar de comer a tantos millares de hombres, mujeres y niños. Los alimentos de las ciudades eran demasiado radiactivos, y las no bombardeadas estaban llenas de enfermedades.

Los blancos habían sido tomados completamente de sorpresa. No estaban preparados para defenderse. Siendo habitantes de ciudades, ni siquiera estaban en condiciones de afrontar el invierno. En los primeros días cundió el pánico, además de la tristeza y del dolor espantoso ante tantas muertes. Había sido un ataque traicionero, y todo el sistema de defensa se había desmoronado. Finalmente, los sobrevivientes de la hecatombe huyeron a ciegas, sin saber adónde iban. Cada uno se preocupaba exclusivamente de sí mismo.

Por un instante, Johnny había sentido gran compasión. Aquellos blancos

evidentemente no estaban capacitados para enfrentar la situación. Los que habían conseguido algún alimento, lo habían devorado sin pensar en nada ni nadie. En el período de anarquía que siguió al desastre, abundaron los ladrones que todo lo saqueaban. Por fin, los diez mil se habían unido y habían elegido jefes y policías. Entonces fué cuando decidieron dirigirse hacia la seguridad de las montañas del Oeste. Pero ya el otoño había terminado; comenzaba un invierno tan duro como prematuro, y los dos blancos fueron mandados en avanzada a reconocer el terreno y a buscar alimentos. Nadie había probado bocado en varios días. Lo que no pudo hacer el ataque enemigo, lo lograría en poco tiempo el hambre. Por eso los dos hombres blancos habían suplido a Johnny algo de comida.

—Yo quería matarlos de inmediato —dijo Bill—, pero Johnny... —Y Bill señaló con el dedo a su amigo.

Gruñidos desaprobadores surgieron de entre la multitud. Sí, Johnny debió haber dejado que Bill los matara. La nueva libertad peligraría ahora. Johnny enfrentó a la tribu.

—Yo cumplí las órdenes de mi jefe. No me incumbía a mí decidir sobre la suerte de estos hombres; me mandaron a reconocer el terreno y no a la guerra.

Los jefes asintieron ante esas palabras, silenciando el enojo de los demás.

—¡Ea! —exclamó Muchos Golpes—. Johnny es sabio; es un buen guerrero, que obedece las órdenes de su jefe.

LOS dos blancos, que no entendían el lakotano, algo intuían por las señas y los murmullos amenazantes. Estaban sentados en el jeep, mirando temerosamente alrededor, y temblando. Miraban más que a nadie a Johnny, porque parecían presentir la lástima

que él les tenía. Pero Johnny evitaba aquellas miradas.

—Ahora —dijo Trueno Fuerte—, vamos a decidir lo que haremos con los hombres blancos.

Bill Caballo Manchado habló primero. Les recordó a los sioux que aquellos blancos eran diez mil; que este número incluía varios millares de hombres sanos, y que la tribu india sumaba tan sólo unos tres mil, de los cuales únicamente seiscientos eran guerreros. Además, como habían dicho los mismos blancos, habría otros grupos de sobrevivientes tan numerosos como el suyo. Tarde o temprano, estos grupos aislados se unirían. El gobierno se reorganizaría. Si lograban aguantar un par de meses, las radiaciones en las ciudades habrían disminuído lo suficiente como para permitirles entrar en ellas. Entonces encontrarían máquinas y armas, y serían, una vez más, los dueños del continente. Bill acabó diciendo:

—Se llevarán nuestro ganado, nuestros alimentos y nuestras mujeres.

—¿Es verdaderamente cierto todo eso? —preguntó uno del gentío: un joven que se había casado recientemente y estaba al lado de su esposa.

—Mira la historia —replicó Bill—. Cuando los pioneros llegaron a Nueva Inglaterra y Nueva York, eran pocos y débiles. Los indios de esa zona los ayudaron a pasar los primeros inviernos. Pero en cuanto aquellos blancos fueron lo suficientemente fuertes, se volvieron contra los indios amigos, y los masacraron. También conocen ustedes la historia de los lakotas: cómo los blancos sedujeron a nuestras mujeres; cómo violaron a nuestras hijas; cómo robaron nuestras tierras; cómo encarcelaron o asesinaron a nuestros jefes; y la historia de Rojilla Herida, donde los soldados blancos exterminaron a centenares de inocentes.

Comenzó en esto una gran discusión

Algunos decían que tales hechos se habían producido hacía largo tiempo, y que indios y blancos habían convivido en paz durante muchos años. ¿No hubo voluntarios sioux en el ejército de los Estados Unidos?

—Cierto —admitió Bill—; aunque eso fué cuando no teníamos esperanza de volver a la libertad. Nos habíamos resignado a transformarnos en hombres blancos y a vivir como ellos. Pero en el corazón de todos los indios siempre ha habido un sueño: un continente poblado exclusivamente de indios. Ese sueño puede realizarse ahora.

La mayor parte de la multitud estaba de acuerdo con Bill. El ambiente se tornó más desfavorable para los blancos. Algunos hasta querían matarlos cuanto antes. Entonces habló Trueno Fuerte.

—Bill Caballo Manchado dice la verdad. Esa es la razón por la cual nosotros los oglagas hemos venido a las colinas Negras, y evitamos matar animales. Es nuestra oportunidad de retornar a la verdadera vida india. No violamos a la naturaleza como los blancos; no destruimos los bosques ni aniquilamos a los animales. Es cierto que en los viejos tiempos hemos combatido con otros indios, pero siempre en pequeña escala. Fué el hombre blanco quien ideó los métodos de asesinato en masa. Antes de que vinieran a este continente, había lugar para todas las tribus, y había abundantes búfalos, ciervos y antílopes. Pero en cincuenta años, lo destruyeron todo. Recuerden siempre esto.

Hubo un profundo silencio, mientras la tribu meditaba. Nuevamente habló el canoso cacique. Lo hizo sin emoción ni pasión.

—No odio al hombre blanco. Sólo menciono los hechos. La historia nos dice de lo que son capaces, llevados por el egoísmo y la envidia. Si les permitimos vivir, en pocos años volverán a dominar el continente. ¿Qué nos gana?

encontraremos cercados y empobrecidos nuevamente.

—¿Entonces, qué esperamos? —gritó Muchos Golpes desde su silla de ruedas—. Hay una sola solución posible. Maten a estos dos hombres, para que sus semejantes nunca se enteren de lo que les ha pasado. Y en el futuro, maten a todos los que vean. Es la única forma de poder retener esta tierra que nos ha sido devuelta por un milagro.

Al parecer, la decisión estaba tomada, y los dos blancos lo intuían, ya que temblaban más que nunca. Pero entonces se adelantó Johnny Ciervo Liger y le habló a la tribu. Todos escucharon con respeto, porque sabían que él sería el próximo cacique, y que era un hombre sosegado, que había luchado y sufrido por su pueblo. Entre todos, era el más indio; debajo de la capa de civilización, latía en su pecho el antiguo corazón de Toro Sentado y Caballo Loco. Johnny propuso una sentencia muy extraña:

—Liberen a los hombres blancos. Aliméntenlos; llévenlos hasta donde esté el resto de su gente, y ofrézcanles todos los víveres de que podemos disponer.

Se produjo un silencio que presagiaba tormenta. Hasta Trueno Fuerte miró a Johnny, incrédulamente.

—¿Estás completamene loco? —gritó Muchos Golpes, casi levantándose de su silla—. ¿En dónde queda la decisión de los sioux de volver a la libertad? ¿No sabes que, mientras haya blancos, se multiplicarán y finalmente nos volverán a conquistar? ¿Es que tenemos que pasar de nuevo a través de los mismos sufrimientos y dificultades? ¿Seremos subyugados una vez más, y forzados a volver a obedecer sus leyes? ¿Debemos renunciar a nuestras costumbres, nuestras tierras, nuestro gobierno, y otra vez transformarnos en los restos de nuestra vieja gloria?

Pero Johnny se mantenía erguido.

—He pensado en el problema muchas veces desde que comenzó la guerra. Admito que las palabras de Bill, de Trueno Fuerte y Muchos Golpes son ciertas. Existe una buena probabilidad de poder vencer al hombre blanco, que ahora es débil y desorganizado. Si nos aislamos del resto del mundo, y matamos a cualquier extraño que se acerque, podemos mantener estas tierras por muchas generaciones. Esto es lo que debieron hacer nuestros antepasados.

—¿Entonces estás de acuerdo en que debemos matar a estos dos blancos? —preguntó el cacique.

—No, no estoy de acuerdo. Usted ha dicho que la historia se repite, y eso es cierto. No podemos ir contra la historia. Ella demuestra que nuestros jefes siempre han querido ser amigos de los blancos.

—Y fueron destruídos por su debilidad —gritó Muchos Golpes, con vehemencia—. No debemos ser débiles; debemos ser despiadados; si no, seremos vencidos de nuevo, con el tiempo.

—Es verdad —concedió Johnny, sonriendo tristemente—. Ese es nuestro destino: el destino del indio americano.

El silencio se ahondó entre la gente, cuando oyeron estas palabras. Luego, el cacique levantó su cabeza gris y miró a Johnny fijamente, diciéndole:

—Y si nos hacemos amigos del blanco, y luego nos hace la guerra, como ya lo ha hecho antes, ¿qué haremos?

—Ya habrá tiempo suficiente para luchar y resistir, como lo hicieron Toro Sentado, Caballo Loco y Nube Roja.

—Y fueron vencidos —argumentó Muchos Golpes—. Fueron tontos en creer en la bondad del hombre blanco.

—¿Fueron tontos? —preguntó Johnny—. Siempre he creído que fueron grandes hombres.

—Eso es cierto —dijo Trueno Fuerte, y se volvió hacia Muchos Golpes—.

¿Fueron tontos, o grandes hombres? Muchos Golpes musitó a regañadientes que habían sido grandes hombres.

—Pero —agregó desafiante— ellos comenzaron demasiado tarde a resistirse y a luchar. De nada les sirvió; murieron, y su gente cayó prisionera.

—Pero no fueron aprisionados en lo más íntimo del ser. Mírenme a mí. Aquí donde me ven, soy un producto del hombre blanco. He frecuentado sus escuelas; he luchado en sus ejércitos contra un enemigo que jamás había visto; he obedecido sus leyes y su policía. Antes que yo, mi padre aceptó el yugo blanco, adoptando su idioma, su casa, sus ropas y su forma de vida. Nos dedicamos a ocupaciones blancas. Pero el hecho es que el indio nunca ha sido derrotado. Yo, como indio, como verdadero indio, si los hay, nunca he admitido la derrota. Dentro de mi corazón, he permanecido libre; verdadero hijo de la naturaleza, con respeto hacia el Gran Espíritu y hacia todos los seres vivientes —usaba sus manos para rendir más elocuentes sus palabras—. ¿Creen ustedes que los cercos subyugan a los prisioneros? Decididamente no, mientras late el corazón. ¿Puede la subyugación exterior cambiar la naturaleza del hombre? Esa es la lección que ustedes deben aprender, como la hemos aprendido mi padre y yo. La victoria consiste en aceptar la voluntad del destino. La victoria no es una muestra exterior de fuerza; es un pensamiento interior. Ni el corazón ni la mente pueden conquistarse.

Concluyó con voz tranquila y baja:

—Dejemos ir a los blancos; ayudemos a ellos y a su gente. Cuando sean fuertes otra vez, puede que recuerden nuestra bondad y nos respeten en años futuros. Y si no demuestran gratitud, ¿qué importa? El indio sobrevivirá a todo lo que pueda hacer el hombre

blanco. ¿Acaso no hemos retenido las tradiciones de nuestra raza hasta hoy? ¿Qué dicen esas tradiciones? *Los sioux combaten sólo a los más fuertes. Ayudad al débil y combatid al fuerte.* He dicho.

**D**URANTE el silencio que siguió, el cacique Trueno Fuerte miró a Muchos Golpes y a los otros jefes. Se cambiaron ojeadas sin decirse una palabra. Luego, el cacique levantó una mano y habló con tono serio y profundo:

—Has hecho bien en recordarnos nuestro pasado, Johnny. Lo que dices es la verdad. La derrota es cosa de la mente y del corazón, no de armas o circunstancias —luego, su voz se llenó de tristeza al agregar:— Dejen que los blancos vivan.

Por un momento, Trueno Fuerte pensó en el futuro, que ya le aparecía oscuro y peligroso, en su visión interna. Ya veía la marcha inexorable de los blancos, retomando su continente y exterminando otra vez árboles, animales



e indios; otra vez luchando con otros hombres en grandes guerras, por la supremacía de tierra y agua. Pero ahora levantó la cabeza y dió órdenes con voz firme.

Los hombres fueron desatados y se les dieron alimentos. Una hora después, Johnny encabezaba una caravana de autos y camiones llenos de víveres, hacía el lugar donde se hallaban los hambrientos blancos.

—Nuestro sueño ha terminado —dijo Muchos Golpes, mientras observaba cómo partía la caravana—. Ha sido un sueño breve, pero hermoso—. suspiró.

El cacique Trueno Fuerte se volvió hacia el anciano, con una sonrisa:

—Usted no objetó cuando di las órdenes de liberar a esos hombres.

—No me opuse, porque fué la voluntad de todos.

—¿Está arrepentido?

—No —respondió Muchos Golpes, enderezándose con fiereza en su silla—. Sólo siento no poder vivir lo suficiente para asistir a lo que va a suceder.

—¿Aún desea mirar en el futuro?; ¿un futuro lleno de tratados rotos, batallas y sufrimientos?

—¿Por qué no? ¿No ha dicho el futuro cacique, que va a ser así?

—Pero el corazón seguirá siendo indómito.

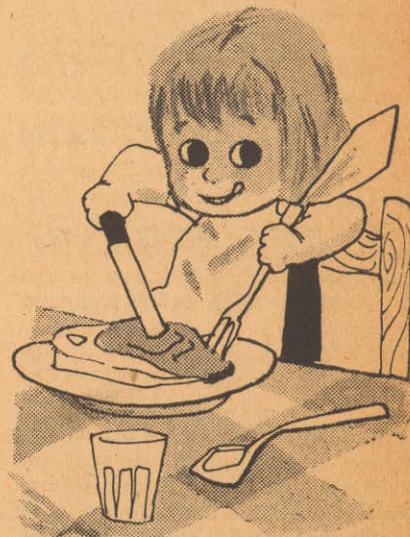
—¡Ah! —exclamó el viejo—. Me acuerdo de que Caballo Loco le dió mucho trabajo a los Estados Unidos, antes de ser derrotado. Creo que Johnny Ciervo Liviano está hecho con la vieja horma. ¡El también peleará bien y les dará mucho que hacer!

Muchos Golpes calló; luego, agregó con un extraño brillo en los ojos negros:

—Además, si es derrotado, lo cual dudo, aún será una victoria; ¡No para el indio, quizá; pero sí para la historia!

ACABA DE APARECER

## buen provecho CLAUDIA



para hacer más felices a los nenes de 2, 3 y 4 años

un nuevo libro de la

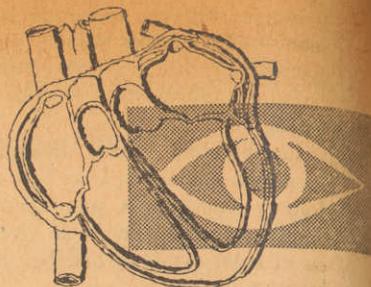
**COLECCION**

**2, 3 y 4**

con 16 preciosas láminas a todo color

Lo vende su canillita  
y su librero \$ 2.-

GRACIAS  
A LA HIBERNACIÓN  
LA CIRUGÍA  
DEL CORAZÓN  
NO SEGUIRÁ  
SIENDO CIEGA



EL profesor Camilo Lian, profesor de la Facultad de Medicina de París, médico del Hospital de la Pitié, miembro de la Academia de Medicina, dirige un equipo de investigadores con el que acaba de obtener, valiéndose de la hibernación artificial, el cese completo de la circulación sanguínea de los monos, comprimiendo pasajeramente las gruesas venas cavas que llevan la sangre al corazón.

Cómo evitar la fibrilación

—Señor profesor —le preguntamos—, ¿había usted observado anomalías cardíacas en los monos que operó o los eligió meramente para realizar sus experimentos?

—Los animales eran sanos y no presentaban lesión cardíaca alguna. Fueron elegidos para las investigaciones experimentales que deseábamos realizar.

—Sabemos que el doctor Laborit, el gran especialista en hibernación, había presentado, hace ya unos meses, una perra, cuyo corazón pudo abrir, privándolo de sangre por la compresión de las venas cavas.

—Exacto. El doctor Laborit ha hecho una serie de investigaciones muy interesantes sobre perros. Las experiencias dieron alto porcentaje de mortalidad, y creo que los resultados a que nosotros llegamos son superiores a todo cuanto se ha hecho hasta ahora.

—¿Cómo trabajó en los monos? ¿Anestesiándolos?

—Sufrieron una anestesia muy sencilla con wénbutal; en seguida se les administró un "cocktail" y luego les abrimos el tórax. Cuando llegamos a la incisión en el pericardio, aplicamos un procedimiento particular, propio de uno de los integrantes de nuestro equipo (el doctor Melón), que consiste en inyectar novo-

caina en la región de donde parten las incitaciones motrices. Así logramos una marcada lentitud en los movimientos del corazón, y casi siempre impedimos un accidente temible: la fibrilación ventricular, que entraña peligro de muerte.

Ventajas de la hibernación

—¿Qué medios emplean para "enfriar" a los monos? ¿La hibernación o la aplicación de bolsas de hielo sobre el cuerpo?

—Con la mayor parte de los animales hemos usado la hibernación artificial, seguida de la aplicación de bolsas de hielo. En algunos monos, sin embargo, hemos recurrido a la simple refrigeración externa, a fin de comparar el valor de ambos procedimientos.

—¿A qué temperatura han hecho bajar la normal de 37°5?

—La hicimos descender hasta los 27° aproximadamente, en los animales tratados con el procedimiento de la hibernación, y hasta alrededor de los 25° en los monos refrigerados.

—¿Qué procedimiento es más rápido: el de la hibernación o el de la refrigeración?

—La refrigeración externa hace que la temperatura central descienda en el término de 40 minutos. La hibernación artificial, en cambio, produce un enfriamiento progresivo que dura de dos a tres horas.

—¿Cuál de las dos técnicas es menos peligrosa?

—Hemos comprobado categóricamente que la hibernación artificial es menos peligrosa que la refrigeración externa. Así, por ejemplo, notamos en los animales refrigerados deformaciones electrocardiográficas mucho más precoces, más intensas que en los animales tratados por hibernación. También pudimos prolongar más tiempo el cese de la circulación de la sangre en estos últimos.

Se interrumpe la circulación

—¿Durante cuánto tiempo pudieron interrumpir la circulación de la sangre?

—En cuatro animales refrigerados, nuestra experiencia nos da este resultado: tres veces pudimos detener la circulación durante un lapso de quince minutos, y una vez durante dieciséis minutos. En cambio los animales que habían sufrido la hibernación artificial nos dieron estos resultados: la detención circulatoria se produjo una vez durante quince minutos; pero, en general, ha durado más: diecisiete, dieciocho, veinte, veintidós... y hasta veinticinco minutos, lo cual constituye un récord.

—Al detenerse la circulación, ¿no hay peligro para el cerebro?

—Ustedes saben que, sin precauciones especiales, el cerebro no puede resistir la detención del torrente circulatorio más de seis minutos. Gracias al descenso de la temperatura central, tal interrupción puede ser prolongada y lo ha sido durante mucho más tiempo en los animales tratados por la hibernación que en los que sufrieran la refrigeración, lo que demuestra la neta superioridad del primer método.

Una técnica original

—Hace un instante, doctor, usted se ha referido a la fibrilación. El corazón detenido, ¿vuelve a latir normalmente y por sí mismo al final de su intervención?

—Gracias al empleo de la novocaina en la región cardíaca de donde parten las incitaciones motrices y merced también a otra técnica que es propia de los investigadores de este hospital, favorecemos rápidamente la desaparición de las modificaciones eléctricas de la fibra muscular cardíaca e impedimos la fibrilación ventricular. Esta técnica nuestra consiste en inyectar en el interior del corazón dos productos que tienen intensa acción sobre la vitalidad de las fibras musculares cardíacas: el trifosfato de adenosina y el citocromo C. Entre los dieciséis monos que formaron parte de la serie operatoria de que hablamos, no hubo un solo caso de fibrilación ven-

tricular, a pesar de la interrupción del caudal circulatorio durante un tiempo bastante prolongado.

### Resultados de la operación en serie

—¿Qué se ha hecho de los monos?

—Actualmente tenemos siete en perfecto estado de salud. Los tres primeros animales fueron virtualmente sacrificados con vistas al perfeccionamiento de la técnica. Murieron durante la operación, lo que no nos ha sorprendido, por cierto. Los trece monos que fueron luego operados con técnica más segura, soportaron una intervención quirúrgica que implicaba la incisión del ventrículo derecho. Seis monos sucumbieron más tarde. En cuatro de estos casos podemos decir que fué por accidentes evitables: uno murió por estrangulación al cambiar de jaula; dos, por obstrucción de la tráquea con el contenido del tubo digestivo o con un conjunto de lombrices intestinales que refluyeron a la tráquea; el cuarto, por una falla del aparato que aseguraba la oxigenación de la sangre. Sólo dos de nuestros animales sucumbieron por lo que podría llamarse una falla de la técnica operatoria. Un defecto en la sutura provocó la formación de coágulos intracardíacos en uno de los monos. En el otro, el empleo de hilo de nilón demasiado fino produjo el desgarramiento de la pared del corazón y la consiguiente hemorragia. Aparte de estos accidentes, evitables en lo porvenir, soportaron bien la operación, y se puede considerar que, en conjunto, nos hallamos ante resultados satisfactorios.

### La salvación de una niña

—Me parece, señor profesor, que ya se cumplió una proeza parecida, hace algunos meses, con una chiquilla de diez años que tenía el corazón dilatado. Creo que en ella se comunicaban la aurícula derecha y la aurícula izquierda, por lo cual fué ne-

cesario abrir una aurícula y evacuar la sangre. En este caso preciso la intervención se realizó mientras el corazón seguía latiendo vacío?

—Esa intervención se hizo aplicando una técnica norteamericana en la que se emplea la refrigeración externa. El corazón, cuyas venas cavas son comprimidas, se vacía, y resulta posible al cirujano abrir una aurícula y suprimir la comunicación que existe entre ambas aurículas. Esta técnica sólo permite una interrupción circulatoria de seis minutos y obliga al cirujano a trabajar con mucha prisa. En cambio, el procedimiento de la hibernación, con todas las particularidades que le agregó nuestro equipo, permite detenciones de quince a veinte minutos y por consiguiente, una mejor utilización de la cirugía intracardíaca.

—¿Se podrá, en breve, operar el corazón del hombre, deteniendo la circulación de la sangre durante el tiempo que dure la intervención?

—Creo que, gracias a todos los detalles perfeccionados en esta serie operatoria sobre monos, estamos autorizados a aplicar en el hombre los elementos conseguidos. Me parece que se podrá intervenir con muchas probabilidades de buen éxito y operar en excelentes condiciones.

### Ya no se operará sin ver

—En conclusión, ¿de qué armas suplementarias podrá disponer en adelante la cirugía del corazón, después de estas experiencias afortunadas?

—Hasta ahora la cirugía intracardíaca era una cirugía a ciegas. Gracias a la hibernación artificial y a los diversos procedimientos técnicos de que hemos hablado, será posible intervenir en el interior de las cavidades del corazón privado de sangre y hacer tranquilamente, cuidadosamente, las reparaciones necesarias. Así podrá suprimirse, por ejemplo, una comunicación entre ventrículos o entre dos aurículas; se podrá también modificar las membranas valvulares que están en los orificios

del corazón o en los orificios de comunicación entre el corazón y las grandes arterias y proceder así al tratamiento quirúrgico de esas enfermedades que se llaman insuficiencia y estenosis valvulares. Se podrá operar en condiciones mucho mejores y no de manera casi ciega como se hacía hasta el presente.

### Hacia nuevos progresos

—¿Se podrá intentar la reviviscencia con mejor fortuna después de los trabajos de ustedes?

—También en la reviviscencia se registrarán progresos interesantes. Ya se sabe que se puede luchar contra la fibrilación ventricular si se

recurre al empleo de cloruros de potasio y de calcio, como lo ha preconizado Binet; también se sabe que es posible recurrir a ciertos aparatos llamados "desfibriladores eléctricos"; pero en nuestras investigaciones se ha demostrado también la conveniencia de intervenir con productos que obran sobre la vitalidad, digamos sobre el metabolismo de las fibras del músculo cardíaco, como el trifosfato de adenosina y el citocromo C, que hemos inyectado en el interior mismo de las cavidades cardíacas, durante la intervención, y gracias a los cuales puede lograrse que desaparezcan en pocos minutos perturbaciones muy importantes, que se traducían en deformaciones de los electrocardiogramas. ✦



# COMPLETE SU COLECCION

de  
**más allá**

adquiriendo los números que le faltan  
al precio de m\$n. 8 cada uno (m\$n. 12  
argentinos o US \$ 0.50 en el exterior).

Sólo por este mes, si Vd. compra más  
de 6 ejemplares, le concederemos un  
**descuento especial del 10%**

Marque con una cruz los ejemplares que le faltan y recorte el cupón por la línea de puntos.

	1953	1954	1955	1956	1957
Enero.....		AGOTADO	20	32	44
Febrero.....		AGOTADO	21	33	45
Marzo.....		AGOTADO	22	34	46
Abril.....		AGOTADO	23	35	47
Mayo.....		12	AGOTADO	36	
Junio.....	1	AGOTADO	25	37	
Julio.....	2	14	26	38	
Agosto.....	3	15	27	39	
Septiembre.....	4	16	28	40	
Octubre.....	5	17	29	41	
Noviembre.....	6	18	30	42	
Diciembre.....	7	19	31	43	

Total \$.....

EDITORIAL ABRIL S. A.  
Alem 884 - Buenos Aires



Envíe cheque o giro a la  
orden de Editorial Abril S. A.  
El franqueo de los ejemplares  
corre por nuestra cuenta.

Nombre.....

Dirección.....

## Grandes novelas publicadas en MAS ALLA

	Números
EL DIA DE LOS TRIFIDOS, por John Wyndham	1
HIJO DE MARTE, por Cyril Judd.....	2 y 3
EL HOMBRE QUE VENDIO LA LUNA, por Robert A. Heinlein .....	6
LAS CAVERNAS DE ACERO, por Isaac Asimov	12, 13 y 14
EL TRIANGULO DE CUATRO LADOS, por William F Temple., .....	17
LOS SEÑORES DEL TIEMPO, por Wilson Tucker	18 y 19
AMOS DE TITERES, por Robert A. Heinlein....	21
GUIJARRO EN EL CIELO, por Isaac Asimov....	26 y 27
MUNDO DE OCASION, por F. Pohl y C. M. Kornbluth .....	28 y 29
EL HOMBRE ANIQUILADO, por Alfred Bester	30
LA AGUJA, por Jerry Sohl.....	32 y 32
MAÑANA ES OTRO DIA, por K. H. Brunner..	35
EL CLAMOR DEL SILENCIO, por W. Tucker	37 y 38
SIMIENTE, por Raymond F. Jones.....	39
LA CONVENCION DEL CRIMEN, por Jerome Bixby .....	39
EL HOMBRE DOBLE, por J. Blish y M. Sherman	40 y 41
LA DIMENSION FATAL, por H. Bates .....	42
BAJO LA LUZ DE LA TIERRA, por A. C. Clarke	43, 44 y 45



# PEQUEÑA

*Los hombres soportaron a numerosas culturas irracionales y suicidas, porque alguien, en el momento propicio, fué capaz de decir: "¡Al diablo con eso!"*

**E**VIDENTEMENTE, él estaba de acuerdo conmigo en que aquello era lo único, absolutamente lo único que debíamos hacer. Volver atrás, a lo largo de los años, hasta aquel día frío y nevado en la bola de hielo; este hecho sencillo es mi mayor consuelo, siempre que pienso en todas las cosas maravillosas que la Tierra puede haber perdido como resultado de mi acción. Habríamos aprendido tantas cosas...

Pero él pensó lo mismo.

Supongo que, si vive aún, también debe reflexionar como yo. Sucedió tan rápido, tan espontáneamente, casi antes de que nos diéramos cuenta de lo que estábamos haciendo. Quizá se sienta ahora cerca del fuego de una chimenea, como hago yo, si es que en su planeta tienen fuegos y chimeneas; y quizá piense en todo lo que pudo aprender de nosotros: un remedio para alguna terrible enfermedad, un descubrimiento tecnológico, o un importante concepto sociológico... ¡Quién sabe!

Pero era lo que teníamos que hacer; yo lo hice y él lo hizo, todo sin intercambiar una sola palabra; no habríamos podido discutir el asunto aunque lo hubiéramos querido, a menos que él conociera nuestro idioma.

No crean que no fué doloroso. Fué lo más difícil que he hecho en mi vida; una terrible agonía. Pero me ale-

gro de haberlo hecho, y no me importa nada lo que puedan pensar ustedes. No veo inconveniente alguno en divulgar la historia ahora, ya que soy demasiado viejo para ser afectado por las censuras. Hace cuarenta años que me habían parecido como probables. Buscaba vida inteligente, planetas que pudieran ser colonizados con provecho, y cualquier información que sirviera para aumentar nuestro creciente conocimiento del universo físico. Yo era vivo pensionado. Los médicos dicen que no me queda mucho tiempo de vida. De modo que voy a relatar lo que sucedió hace ciento ochenta y cinco años, en la bola de hielo. Uno de mis bitataranietos, que es periodista, se encargará de hacerlo circular. Entonces, usted, que está leyendo esto, me maldecirá por idiota o por traidor. Por eso aprovecho el momento para maldecir a todos los que me maldecirán. ¡Al diablo con todos ustedes! ¡Hice lo que consideré más sabio, y lo volvería a hacer!

Y apuesto a que él también lo haría de nuevo.

Yo era joven entonces; tenía setenta y seis años y era sano y fuerte. Corría el año 2419. Era explorador espacial: uno de esos ejemplares inadaptados e inquietos, pero indispensables, que se apartan de la corriente principal de egresados universitarios; son moldeados, entrenados, despojados del 51% de sus características humanas, mandados a explorar la Galaxia en naves multiimpelidas de veinte metros.

El 12 de Mayo de 2419 (nunca podría olvidarme de esa fecha, aunque no conservara las micropelículas de mis viejos diarios de navegación; y estén ustedes seguros de que esta historia no figura en ellos) estaba yo en el Messier 13, rodando entre un grupo de estrellas anónimas, que en mi examen previo

# GUERRA

POR  
JEROME BIXBY

gro de haberlo hecho, y no me importa nada lo que puedan pensar ustedes.

No veo inconveniente alguno en divulgar la historia ahora, ya que soy demasiado viejo para ser afectado por las censuras. Hace cuarenta años que

me habían parecido como probables. Buscaba vida inteligente, planetas que pudieran ser colonizados con provecho, y cualquier información que sirviera para aumentar nuestro creciente conocimiento del universo físico. Yo era

biólogo, físico, químico, antropólogo y psicólogo al mismo tiempo. Todas estas cosas estaban envueltas en un paquete de un metro noventa y cinco, con muchos músculos y mucho cerebro. Había tardado cuarenta años en prepararme, y hacía quince que estaba trabajando. Quizá por eso hice lo que hice: era lo suficientemente joven como para ser idealista.

**L**A aguja se retiró de mi brazo; salí del hipnosueño en medio de mi sinfonía predilecta. Miré por la tronera, para ver qué clase de sol había provocado que la nave me despertara.

Un vistazo a un dial me dijo que había seis planetas; dos de ellos eran gigantescas bolas gaseosas; otro era una brasa quebradiza que giraba a seis millones de kilómetros del sol. Estos estaban lógicamente excluidos. Los otros tres...

Apreté el botón que decía ATE-RRIZAJE; comí un poco del rosbif que había sobrado la última vez que me desperté, y extendí el brazo para recibir nuevamente la aguja hipodérmica. Ahora nos hallábamos en impulso planetario. Tardaríamos varios días en llegar; de modo que lo mejor era descansar. Además, la sinfonía interrumpida me interesaba muchísimo.

La nave eligió aterrizar primero sobre la bola de hielo. Por supuesto, no era un bola de hielo. Era uno de esos planetas que completan en un año una revolución alrededor de su sol. La zona de penumbra era -90°. Allí se depositó la nave.

La aguja se retiró, y volví a salir de mi sueño. Por la tronera pude observar por primera vez aquel anónimo planeta de aquel anónimo sol, donde yo comería una de las acciones más insospechadas de la historia de la humanidad.

Frió y blanco; acantilados de hielo; dunas de nieve de veinte metros; rápidas nubes, con un sol mortecino.

Mi nave había ya sacado una película cinematográfica sobre el planeta. La atmósfera contenía mucho helio, pero era respirable. Volví a comer, me di una ducha, me puse mi pesado traje térmico, ajusté la máscara que mantendría mi cara a una temperatura agradable, y revisé mis pistolas.

Me detuve un instante en la cámara de salida, instalada en un flanco de la nave.

Era el planeta más raro que yo había visto: raro en el sentido de que había una atmósfera que podía permitir algún tipo de vida: el terreno era apto, la temperatura no extrema; y sin embargo, tenía apariencia de no haber sido habitado jamás. Yo había visto mil planetas, y nunca me había equivocado. Decidí dedicarle una hora. Si no encontraba forma viviente alguna en ese lapso, al diablo con él. De todos modos, el próximo me había parecido mucho mejor.

Salí al exterior. Mi aparato antigravitatorio (A. G.) me hizo bajar suavemente hasta la nieve. Me alejé con el típico paso A. G. Si no hubiera tenido aquel aparato me habría clavado en las rocas situadas bajo la capa de nieve. Era un planeta pequeño pero muy denso, y tenía mucha gravedad.

Me detuve sobre una colina, a más o menos un kilómetro de distancia, y me cercioré de que mi nave estaba transmitiendo. Pude oír la señal característica: dit-dit-dit. Proseguí la marcha, y en pocos minutos, perdí de vista la nave. La colina desembocaba en una larga pendiente de hielo, que más adelante se transformaba en un revoltijo de azules desfiladeros. Estaba nevando ligeramente. El viento me golpeaba en fuertes ráfagas que me hacían tambalear. Miré en la dirección desde donde soplabla y vi una pared blanca distante aproximadamente treinta kilómetros, que se erguía macizamente hacia el cielo gris. Era una tor-

menta de nieve, bastante grande por cierto. Indudablemente, los fenómenos atmosféricos en los planetas de una revolución por año, son fascinantes.

La pared blanca se acercó. Seguí caminando, ignorándola por completo. Mi traje era una perfecta mansión; tenía abundantes cápsulas alimenticias, un fabricante de agua, un aparato para eliminar desperdicios, calefacción central, un escudo facial que podía levantar si me golpeaban partículas sólidas. Si la visibilidad se tornaba demasiado escasa, podía incrementar mi A. G. a 0,1% y usar mis pistolas protónicas para volver a la nave impulsado por los haces emitidos.

Por eso ignoré la tormenta de nieve. Al poco tiempo me rodeó por completo, silbando y rugiendo. Seguí andando. Mantenía la vista sobre los diales de mi cajita, que con su oscilación anunciaría a considerable distancia cualquier tipo de vida, desde enormes monstruos hasta protozoarios microscópicos.

No oscilaron ni una vez.

Continué mi trabajosa marcha en la nieve. Siempre odié la nieve; prefiero los climas cálidos y los mundos templados. El pequeño sol rojo aparecía y desaparecía a través de la tormenta, como el parpadeo de un ojo de rata, y permanecía fijo sobre el horizonte.

Transcurrió media hora; ni la menor señal de vida. Apunté la caja en todas direcciones, y no denuncié absolutamente nada.

Inicié el regreso. Pensaba recorrer el otro lado del planeta rápidamente y luego dirigirme al próximo, que parecía más caluroso.

**A**NTES de proseguir, es mejor que explique algunas cosas. No sé cuánto conocen ustedes de historia; pero he notado que aun los libros que usan mis nietos, tienden a pasar por alto la idiotez organizada que prevalecía sobre la Tierra antes del año 2031.

Recuerden ese año; fué cuando construimos orgullosamente el edificio, sobre las cenizas de una docena de guerras mundiales. Lo dedicamos, y lo mirábamos como si fuera algo apenado, en lugar de admitir que debíamos haberlo construido muchos siglos antes.

Pero, en esa época, fuimos obligados a terminarlo. Era una cuestión de vida o muerte, ya que cada nación poseía armas terriblemente destructoras: Italia tenía el cañón protónico, abuelo de las pequeñas armas que usaba yo; Estados Unidos, la bomba de cobalto; Rusia, un misterioso rayo destructor.

Por suerte, nadie podía usar aquellas armas. En las guerras peleábamos como gente civilizada, es decir, con viejos tanques y rifles, o aun con los puños, antes que utilizar bombas nucleares, rayos mortíferos, bacterias o gases. ¡Eso, jamás!

Sin embargo, amigo, salga usted a pelear con otro. Enfurezcanse terriblemente, y aunque ambos tengan pistolas, no usen sino los puños, ¡si son ustedes capaces!

Por eso, cambiamos al mundo, obteniendo una nueva edición, ante las airadas protestas de los maniáticos, los tontos y los idiotas. Todo hombre con una pizca de sentido común pedía la paz a gritos; porque la paz significa, no ya la supervivencia de todos, sino la propia supervivencia.

Los que habían gastado millones en construir, dentro de montañas, refugios con paredes de diez metros de espesor, se desesperaron cuando trece naciones anunciaron que poseían un arma del tamaño de una botella, que podía vaporizar montañas enteras.

Fué concertada la paz, respetando los asuntos internos de cada nación, siempre dentro de lo razonable. No se cambió casi nada; pero el primer país que intentara utilizar sus armas,

dejaría de existir. Fué muy sencillo; pues casi nadie quiere morir.

Aquel mundo pacífico y hermoso duró algunos siglos. Luego, esos instintos agresivos que siempre tuvo el hombre, lo instaron nuevamente a buscar algo más que la vida simple y próspera que estaba llevando; como siempre, los exaltados se apresuraron a dirigir a los demás en la realización de tan nefastas ideas.

El hombre común, a fuerza de doctrina y propaganda, se hizo lastimosamente entusiasta. De todos modos, ya estaba listo para la acción, porque había estado demasiado tiempo sin hablarle a nadie.

Aparecieron avisos que decían: "Enrolaos en la marina y viajad por el sistema solar".

Y así, la Tierra unificada comenzó sus peleas con los mundos vecinos; peleas que duraron siglos. Conquistó una y otra vez; lo hizo fácilmente. Subyugó rápidamente a todas las razas del sistema solar, mientras los más viejos y sabios observaban cómo se multiplicaban los locos y los inconscientes.

Me pregunto si algún día menguará esa ansia; si desaparecerá esa necesidad que siente el hombre de grabar sus iniciales en la Vía Láctea para convencerse de su propia grandeza.

El hecho es que conquistamos a Marte, con sus seres marrones y silenciosos; a Venus, con sus anfibios muy desarrollados artísticamente; a Ganímedes, a Calisto y Titán. Luego, intentamos en otros sistemas estelares.

Todavía estamos intentando, ya que aún no hemos tenido suerte, por lo menos aparentemente.

**E**N todo esto estaba yo pensando, mientras avanzaba pesadamente por la nieve de la bola de hielo, hacia mi nave.

A mí también me habían inculcado aquellos principios que veían a la

Tierra como a una poderosa misionera del Universo. Yo era un buen soldado; pero, como ya he dicho, era joven e idealista.

Hasta entonces, no había tenido conciencia de mi rebeldía. Pero en aquellos cinco años de soledad, atravesando nubes de estrellas, acompañado únicamente por mis pensamientos, terminé preguntándome: ¿Por qué? Y a cualquiera en mis condiciones le habría pasado lo mismo.

Proseguí la marcha, observando de vez en cuando los diales de mi caja, y siempre preguntándome: ¿Por qué?

En Des Moines fabricábamos polvos desodorantes, prescritos por la ley, para que los venusinos no nos ofendieran con su olor.

Seguí caminando.

Los pequeños pueblos marcianos desaparecieron porque eran feos y antihigiénicos. Ahora había relucientes ciudades de acero.

Siempre lo mismo: nieve bajo los pies; diales con agujas quietas; el sol rojo que aparecía esporádicamente a través de la tormenta, provocando rojizos reflejos sobre los lejanos ventisqueros.

Naturalmente, hay algunas consideraciones prácticas que hacer: la riqueza mineral de Marte; el depósito de sustancias radiactivas de Venus; la importancia de Titán como laboratorio y observatorio. Debo admitir que la Tierra administraba con suma habilidad su imperio. ¿Pero acaso no hacen lo mismo al principio todas las tiranías? ¿Acaso no construyen hermosas carreteras?

Pero ya vendrá la gran caída, aunque yo no estaré para verla. ¿Es que no saben que hay quintacolumnistas? ¿Es que no se dan cuenta de que los oprimidos están aprendiendo? ¿Es que no ven que éstos también saben odiar?

¡Qué tontos fuimos!: deberíamos haber ido como amigos.....

En cierto modo, lo que hice fué criminal. Desperdiicé deliberadamente una gran oportunidad. Arruiné el esfuerzo secular que, motivado por la curiosidad científica y el imperialismo, había llevado hacia aquel momento. Pero la historia se repite, y yo al menos tengo las manos limpias.

Avanzaba aburridamente cuando, de pronto, las agujas de mi caja se enloquecieron.

**M**E detuve instantáneamente y miré hacia adelante, tenso, listo para cualquier eventualidad, con mi pistola protónica zumbando. Sólo pude ver densos y agitados remolinos de nieve.

Estaba a mitad de camino entre el lugar donde me volví y el cohete. Recuerdo que, delante de mí, había una garganta ancha y poco profunda; luego, venía la larga pendiente helada; después, el alto y azul ventisquero detrás del cual descansaba mi nave.

Lentamente, apunté mi caja en todas direcciones. Al hacerlo hacia la derecha, las agujas giraron y apuntaron en posición fija. Se me pusieron los pelos de punta. ¡Se acercaba algo viviente!

¿Monstruo?

¿Ratón?

¿Enorme?

¿Minúsculo?

Leí los diales, y casi dejé caer la caja; tal fué mi sorpresa. Me quedé pestañeando, completamente pralizado.

Los volví a leer con gran cuidado, comparando las cifras con las tablas que tenía en mi mente. ¡Era imposible!

¡Los diales decían que el ser que se acercaba era humano!

Me cercioré de que la caja no me estuviera registrando a mí. No era así.

Me adelanté en medio de la cegadora nieve, apuntando mi pistola en la dirección que me había indicado el

aparato. En aquel momento, las nieves se apartaron, y pude distinguir una distante figura, al otro lado de la garganta. Llevaba un pesado traje térmico; tenía una pistola y una caja, a la que estaba mirando igual que yo.

La tormenta volvió a cerrarse, dejándome solo, asombrado y sobrecogido. Traté de imaginarme, a pesar del momentáneo mareo, la probabilidad matemática de que un explorador espacial terrestre se encontrara con otro, en el mismo rincón de la Galaxia. Era infinitesimal, pero el destino había enfocado el microscopio sobre ella, y la había aumentado hasta rendirla no sólo posible sino real. Había miles y miles de estrellas en Messier 13; Dios sólo sabe cuántos planetas, y cuántos kilómetros cuadrados de terreno sobre ellos.

De esta infinidad de lugares posibles, él y yo habíamos caído sobre la misma hectárea, en el mismo instante. ¡Aunque sólo hubiera sucedido en el mismo siglo, ya habría sido bastante increíble!

"Nunca me creerán, —pensé—. Ni siquiera cuando lo informemos los dos. Pensarán que es una broma...."

Se produjo otra abertura en la nieve. Saludé a la figura que se aproximaba. La tormenta se estaba densificando; pero logré ver que él también me saludaba agitando el brazo.

Grité contra el viento:

—¡Hola!

El también gritó, pero no pude entender lo que decía.

Bajamos de nuestros respectivos lados de la garganta al mismo tiempo, ayudados por nuestros equipos A. G., mientras buscábamos acercarnos para estrecharnos un abrazo y decirnos: "¡Dios, no puede ser! Yo soy AG-1279-13-A..., y usted?"

Otra vez la nieve. Cuando aumentó nuevamente la visibilidad, vi que nos

hallábamos a diez metros de distancia.

Me detuve. Se detuvo. Sentí un frío en la espalda que seguramente no dependía de la temperatura exterior. Fué entonces cuando mi idea del explorador espacial terrestre se derrumbó. Y fué la sorpresa más grande de mi vida. No puedo esperar atravesar un momento más emocionante y misterioso que aquél.

El era extraterrestre. Un extraño habitante de algún lejano y desconocido planeta. Naturalmente, yo debía de ser lo mismo para él.

Su traje térmico no era exactamente igual al mío. La forma era distinta, más voluminosa. La tela no era marrón, como la mía, sino grisácea. Su caja no era de acero, sino de algún metal amarillento y opaco, y tenía una especie de antena. Evidentemente, había diferencia de principios. Nuestras pistolas tampoco eran idénticas.

**A**LLI nos quedamos por cinco segundos, muy alertas. Sus ojos, inclinados hacia arriba, estaban tan abiertos y parecían tan perplejos como los míos.

Entonces hicimos algo completamente absurdo. Allí estábamos dos seres muy inteligentes, exploradores espaciales, representando a dos civilizaciones que estaban obviamente reconociendo la Galaxia (no pensé siquiera un instante en que él fuera nativo de la bola de hielo); además, las dos civilizaciones eran parecidas si no idénticas en muchos aspectos.

¿Saben lo que hicimos?

Como si nos hubieran cortado los hilos simultáneamente, nos tiramos al suelo, desapareciendo de nuestros respectivos campos visuales. Mis ojos se estaban saliendo de las órbitas, de tanto que me esforzaba por ver mejor. Chillé. Creo que él también. Yo estaba temblando violentamente. Recuerdo que tenía la lengua completamente

fuera, a tal punto que tocaba la tela de mi traje.

Yo estaba de un lado de una pequeña duna de nieve. El estaba del otro lado. Allí yacíamos, muy quietos.

La nieve pasaba sobre el desfiladero, formando una especie de techo blanco que se movía por encima de nosotros. El viento rugía igual que mi mente. Y apuesto a que la suya también.

Como representantes de dos razas que conquistaban el espacio, eramos bastante cómicos. Allí nos quedamos, zambullidos en la nieve.

Pasó un minuto. Yo pensaba:

“¡Un humanoide, traje térmico, y con una caja, como yo! No puede ser: ¡debo de estar viendo visiones! ¡Dede de ser algún espejismo!” Pasó otro minuto. “¡Sí, sí, debe de ser una aparición!”

Levanté la cabeza. El había tenido la misma idea al mismo tiempo. Nos quedamos boquiabiertos, y nos volvimos a zambullir.

El estaba allí. Yo estaba allí. Era imposible, y sin embargo, cierto. Me imaginé toda clase de cosas raras: duplicación de la forma humana, probabilidad matemática de nuestro encuentro, y muchas otras. No pude explicármelo.

Había sucedido. Era asombroso. Había sido totalmente imprevisto e imprevisto. . . . Yo había topado con toda clase de vida inferior, durante mis exploraciones, sin que me pareciera raro; pero encontrar un ser prácticamente igual que yo. . . . ¡era demasiado!

¡Bueno, basta de comentarios! Ustedes estarán probablemente tan sorprendidos como yo. ¡Prepárense, que voy a sorprenderlos más todavía!

Estábamos tendidos desde hacía rato, aquello comenzó a parecerme bastante tonto. Tuve una idea. Trataría de demostrarle que tenía tendencias amistosas.

**L**EVANTE mi pistola protónica, apuntándola hacia las veloces neblinas de nieve que atravesaban la parte superior de la garganta. Siempre apuntando en esa dirección la elevé por encima del nivel de la duna. Allí la mantuve, esperanzado en que él no me volara la mano.

Después de un momento, levanté la cabeza también. Nos miramos. El había estado observando mi pistola.

Pestañeó y volvió a echarse. Acostándome de espaldas, disparé hacia una loma distante unos veinte metros. La loma se evaporó en medio de un relámpago rojo.

Tres segundos más tarde, una loma de su lado se evaporó en medio de un relámpago verde.

Hasta aquí, todo bien. No pude evitar una sonrisa. Por lo menos, entendía rápidamente. Ahora vendría lo importante.

Levanté de nuevo la pistola, mirando por encima de la duna. Esperé hasta que él levantó su cabeza; luego, arrojé la pistola hacia la blanca duna que nos separaba, y esperé. En seguida, él tiró la suya, que cayó cerca de la mía. Nos miramos a través de la blancura.

Respiré hondo, y me levanté. El hizo lo mismo. Lentamente, nos acercamos. Le ofrecí mi mano, preguntándole si aquel gesto significaría algo pa-

ra él. Me dió un firme apretón.

Quizás lo más importante que sucedió aquel día fué que lancé una cargada cuando vi la otra pistola que él llevaba en el cinturón. El rió cuando vió la pistola gemela que llevaba yo.

Pero ahora no tiene importancia. Nadie sabrá qué importancia tiene realmente, hasta tanto no volvamos a encontrarnos con su raza, y puede que tardemos mil años en hacerlo.

Allí estábamos parados. Dos razas distintas, unidas en un apretón de manos.

Así están las cosas ahora, que han pasado ya cien años. ¿No me creen? Pues es la pura verdad.

Nuestras miradas se tornaron súbitamente ásperas, y la sonrisa se esfumó de mis labios. Éramos hombres entrenados, avezados, observadores. Desde luego éramos igualmente pensativos. En esos pocos segundos, nos leímos mutuamente. Vimos las cosas que teníamos en común: los trajes, las armas, las cajas, las miradas. Algunas veces me pregunto si él me leyó telepáticamente.

Luego solté su mano, me agaché para recoger mi pistola, y me encaminé hacia mi cohete. Me volví para mirar una sola vez. El también estaba mirando. Luego, se cerraron las nieves. ✦

### Atenuación radiactiva

**U**NA gran cantidad de vacunas están compuestas por virus cuya acción tóxica se halla inhibida por la presencia de algún agente químico: son los virus “atenuados”. La gran dificultad reside en dosificar adecuadamente el grado de atenuación. Sólo últimamente se ha comenzado a investigar a posibilidad de atenuar virus y cultivos microbianos mediante la irradiación con sustancias radiactivas artificiales, cosa que permite mucha exactitud en la atenuación.

POR PAUL ANDERSON

# EL DESPERTAR DE LAS MENTES

1ª PARTE

*Desafiante novela del futuro  
en que el hombre tendrá  
como mínimo un C. I. de 150.*

## CAPITULO I

**L**A trampa se cerró al atardecer. Mientras duró la última luz del crepúsculo, el conejo estuvo lanzándose inútilmente contra las paredes de su encierro, hasta que el miedo y la impotencia lo vencieron, y se acurrucó estremecido por los temblores de su propio corazón. Durante el comienzo de la noche, oscura y estrellada, el animalito no hizo movimiento alguno; mas al salir la luna, los rayos plateados reflejaron en sus ojos, que mi-

raron entonces a través de las sombras, hacia el bosque.

Su vista tardó en acomodarse para mirar de cerca; pero, al cabo de un rato, se fijó en la puerta de la trampa. Esta había caído sobre él al entrar en la jaula, después de lo cual sólo recordaba los dolorosos golpes de su cuerpo contra las paredes de madera. Sí, la puerta se interponía entre él y el palpitante bosque: sólida, inmóvil sin embargo, antes había estado abierta y después se había cerrado. Era la primera vez que el conejo pensaba en aquello de "antes" y "después".

La luna seguía ascendiendo.

Ululó un mochuelo que batió sus alas fantasmalmente sobre la trampa. El conejo quedó inmóvil, aterrorizado por el miedo, el desconcierto y una nueva sensación dolorosa que parecía surgir de la voz del mochuelo. Pero pronto éste desapareció, y el conejo siguió solo, sumido en los muchos pequeños murmullos y aromas de la noche. Durante largo rato observó la puerta, recordando cómo había caído sobre él.

La luna comenzó a descender en el pálido cielo occidental. Quizás el conejo lloró un poco, a su manera. Un amanecer, que sólo era todavía como niebla en la oscuridad, perfiló los barrotes de la trampa contra los grises árboles, e hizo visible un travesaño que cruzaba por lo bajo la puerta fatal.

Lenta, muy lentamente, el conejo fué arrastrándose hasta que se encontró junto a la entrada. Por un instante retrocedió ante aquello que lo había encarcelado y que olía a hombre. Mas luego se atrevió a apoyarle el hocico, sintiendo la fría humedad del rocío. La puerta no se movió. ¡Pero antes había caído!...

El conejo se encogió, apoyando su cuerpo contra el travesaño. Hizo fuerza entonces, empujando hacia arriba, y la madera crujió perceptiblemente.

La respiración del animalito se aceleró entrecortada, casi silbando entre los dientes, mientras él seguía en su intento. De pronto la puerta ascendió por las ranuras, y el conejo saltó hacia su libertad. Por un momento se detuvo algo atolondrado. La luna veló su mirada. La puerta de la trampa volvió a caer, y el animal escapó velozmente del lugar.

**A** RCHIE Brock se había quedado trabajando hasta tarde en el lote cuarenta, arrancando raíces ocultas. Mr. Rossman le había manifestado que para el miércoles venidero quería completamente libre el nuevo campo, para poder así comenzar la labranza; y le había prometido paga extra si lo terminaba a conciencia. Por eso Brock se había llevado consigo algo de cenar; trabajó hasta que fué casi de noche; y entonces, como no le permitían usar el jeep ni la camioneta, regresó caminando los cinco kilómetros que lo separaban de su hogar.

Iba cansado, un poco dolorido y deseando tener ante sí un buen vaso de cerveza fresca. Pero en realidad no pensaba mucho en su cansancio ni en nada fijo: sus ideas iban y venían blandamente mientras el camino quedaba atrás. Oscuros bosques extendían sus sombras sobre ambos lados de la polvorienta ruta, alumbrada por la luz de la luna. Entre el chirrido de los grillos, Archie oyó el lúgubre graznido de una lechuza, y pensó que debía cazarla antes de que causara estragos en los gallineros.

¡Qué suerte que Mr. Rossman le permitiese cazar!

Era extraña la forma en que se encadenaban sus pensamientos aquella noche. Normalmente no le ocurría así, y mucho menos cuando se encontraba tan cansado; pero, quizás por influencia de la luna, volvían ahora a su mente un tropel de pequeños recuer-

dos, y las palabras se agrupaban en su cerebro por sí solas, como si alguien las estuviese ordenando. Pensó en su lecho y en la agradable sensación de volver del trabajo en automóvil. Claro que se confundía un poco al sentarse frente a un volante, y había tenido ya por eso un par de choques. Era raro que le hubiese ocurrido eso, porque, de pronto, se daba cuenta de lo fácil que era conducir: unas pocas señales de tránsito, los ojos bien abiertos, y nada más.

Huecamente resonaban sus pasos sobre el camino. Respiró profundamente, llenando del fresco aire de la noche sus pulmones, y miró hacia lo alto, en dirección opuesta a la luna. Por aquel lado brillaban mucho las estrellas aquella noche.

Otro recuerdo cobró vida en su mente: cierta vez alguien le había dicho que las estrellas eran soles que se encontraban a mayor distancia que el nuestro. En aquel entonces no vio muy claro el asunto. Pero, pensándolo bien, era muy posible que así fuese; lo mismo que una luz muy lejana, cuyo verdadero tamaño se advierte al llegar junto a ella. Pero si las estrellas fuesen tan grandes como el sol, deberían de encontrarse ¡a inmensa distancia!

Se detuvo de golpe, sintiendo que una extraña sensación se apoderaba de él ¡Dios mío, qué lejos debían de estar las estrellas!

La tierra pareció hundirse bajo sus pies. Se sintió como asido a una diminuta roca que giraba locamente en la oscuridad infinita. Las grandiosas estrellas ardían y crepitaban a su alrededor. Comenzó a sollozar y echó a correr.

**E**L niño se levantó tempranísimo, aunque, por ser verano, no había escuela y por lo tanto el desayuno no estaría listo hasta después de un rato. A través de las ventanas, la calle

aparecía limpia y reluciente, como el resto del pueblo, bajo el sol que comenzaba a asomar. Un solitario camión cruzaba las calles ruidosamente. Un hombre en mameluco azul se dirigía hacia el tambo, llevando un cestito con la merienda. Fuera de eso, era como si el mundo entero estuviese a su disposición. Su padre había salido ya para el trabajo; a su madre le gustaba volver a la cama por una horita, después de prepararle el desayuno; su hermana dormía aún; de modo que el chico se encontraba completamente solo en la casa.

Un amigo suyo estaba por llegar en su busca para ir juntos a pescar; pero mientras esperaba al amigo, quería adelantar algo en el trabajo que estaba realizando: su nuevo modelo de avión. Se lavó la cara tan cuidadosamente como puede esperarse de un chico de diez años, sacó un pequeño pan de la cocina, y volvió a su habitación donde estaba su mesa de trabajo atestada de los más variados objetos. El avión iba a resultar una verdadera belleza: un "Shooting Star" con una cápsula de CO<sub>2</sub> como medio de propulsión. Sin poder explicarse el porqué el modelo no le pareció tan perfecto como la noche anterior. Le hubiera gustado poder dotarlo de un verdadero motor a reacción.

Suspiró, apartó el juguete y tomó una hoja de papel en blanco. Siempre le habían gustado los números, y uno de sus maestros le había enseñado un poco de álgebra. Por esto algunos de sus compañeros lo tildaron de adulator del maestro, hasta que los calló propinándoles una buena paliza. Pero es que el álgebra era de veras interesante: no como el aburrido aprendizaje de las tablas de multiplicar. Porque con el álgebra se lograba que los números y las letras crearan algo. Sí: el maestro ya le había dicho que, para llegar a construir algún día cohe-

tes interplanetarios, debía aprender antes muchas matemáticas.

Comenzó por dibujar ejes de coordenadas. Los distintos tipos de ecuaciones se representaban mediante gráficos diferentes. Era fascinante ver cómo  $x = ky + c$  se representaba mediante una línea recta, mientras que  $x^2 + y^2 = c$  era siempre una circunferencia. ¿Y si a  $x$  asignáramos el valor 3 en lugar de 2? ¿Qué sucedería simultáneamente con la  $y$ ? ¡Hasta ahora no se le había ocurrido la idea!

Tomó el lápiz firmemente, sacando la lengua por la comisura de los labios. La cuestión era asignar cierto valor a  $x$  y a  $y$ , variar entonces uno de ellos en una pequeñísima magnitud, y entonces...

Cuando su madre lo llamó para el desayuno, los trabajos que lo conducirían a inventar el cálculo diferencial estaban ya muy adelantados.

## CAPITULO II

PETER Corinth continuaba cantando alegremente cuando salió de la ducha y encontró a Sheila ocupada en la tarea de freír jamón con huevos. Levantó los suaves cabellos castaños de su esposa y le besó el cuello, mientras sonriendo ella se volvía hacia él.

—Pareces un ángel y cocinas como un ángel —dijo Peter.

—¡Pero, querido —contestó ella— tú nunca me...!

—Nunca he encontrado palabras apropiadas para ti; pero es la pura verdad, amor mío —se inclinó sobre la sartén aspirando su olor con satisfacción—. Se me ocurre que será hoy uno de esos días en que todas las cosas salen bien —dijo—. Un poquito de *Hubris* a causa del cual los dioses, sin duda alguna, me concederán mi *Némesis*. Y *Até*: Gertrudis, la maldita, quemará una lámpara. Pero tú lo sub-

sanarás todo.

—¿*Hubris*, *Némesis*, *Até*...? —una sombra de duda cubrió la frente de Sheila—. No es la primera vez que te oigo decir esas palabras, Pete. ¿Qué significan?

El la miró con fijeza. Después de dos años de matrimonio, seguía todavía enamorado de ella profundamente; y al contemplarla ahora, su corazón dió un vuelco dentro de su pecho. Era bondadosa, alegre, bonita, y hasta sabía cocinar bastante bien, pero... nada tenía de intelectual. Cuando sus amigos iban a visitarlo, ella solía sentarse muy quietita, sin tomar parte en la conversación.

—¿Por qué te preocupas? —preguntó él.

—Por pura curiosidad, simplemente.

Peter entró al dormitorio y comenzó a vestirse, dejando la puerta abierta para así poder explicar a su esposa las bases de la tragedia griega. Era una mañana demasiado hermosa para tratar un tema tan sombrío, pero Sheila escuchaba atentamente, intercalando ocasionales preguntas. Cuando salió, ella se le acercó sonriendo.

—¡Miren a mi sabio mamarracho! —dijo—. Eres el único hombre que conozco capaz de ponerse un traje recién salido de la tintorería y hacer que parezca como recién utilizado en el arreglo de un auto. Le ajustó la corbata y le estiró la chaqueta. El se pasó la mano por entre sus negros cabellos, procurando asentarlos; pero sólo consiguió desgreñarlos más. Siguió entonces a su esposa hasta la antecocina. El vapor de la cafetera le empañó los anteojos de gruesa armadura. Se los sacó y empezó a limpiarlos con la corbata. Sin los anteojos su rostro delgado, de nariz algo deforme parecía más joven; quizás aparentaba sólo los treinta y tres años que en realidad tenía.

—Se me ocurrió justo al despertar-

me —dijo mientras colocaba manteca en su tostada—. Después de todo, parece que poseo un subconsciente bastante entrenado.

—¿Te refieres a la solución del problema que te preocupa? —preguntó Sheila.

El asintió, demasiado absorto como para apreciar el alcance de la pregunta. Ella acostumbraba dejarlo hablar de sus problemas; intercalaba un sí o un no, en los momentos apropiados; pero no escuchaba nada en realidad. Para ella, el trabajo de su marido era algo completamente misterioso. Peter había pensado, algunas veces, que su esposa vivía en un mundo irreal e infantil, sin entender lo que sucedía a su alrededor, aunque todo lo consideraba deslumbrador y extraordinario.

—He estado tratando de construir un analizador de fases para resonancia intermolecular en la estructura de los cristales —dijo Peter—. Bueno, esto no importa. La cosa es que durante las últimas semanas trabajé infructuosamente en el diseño de un circuito que me permitiera obtener buenos resultados; pero no tuve éxito alguno. Y esta mañana me he levantado con una idea que puede darme la solución que tanto busco. A ver... —quedó absorto en su pensamiento, y siguió desayunando sin darse cuenta mecánicamente.

Sheila rió, pero muy por lo bajo.

—Es posible que esta noche regrese muy tarde —dijo él, ya en la puerta de calle—. Si esta nueva idea cristaliza, quizás siga trabajando hasta... Dios sabe cuándo. Te llamaré por teléfono.

—Bien, querido. Buena suerte.

Cuando él se fué, Sheila permaneció sonriente por un rato. Peter era... En fin, ella se sentía muy afortunada de ser su esposa. Nunca

cuenta de cuán afortunada era; pero, aquella mañana, en cierto modo parecía todo distinto: veía las cosas más claras y nítidas, como si se encontrara en la cima de las montañas del oeste, que a su marido tanto le gustaban.

Canturreaba alegremente mientras limpiaba los platos y ponía orden en el departamento. Viejos recuerdos comenzaron a desfilar por su mente: su adolescencia en un pequeño pueblo de Pensilvania; los estudios comerciales; su llegada a Nueva York, cuatro años atrás, para trabajar en las oficinas de unos conocidos de su familia. ¡Oh, pero ella no había podido acostumbrarse a aquella clase de vida! Las fiestas y los novios se sucedían unos tras otros; la gente moviéndose sin cesar y conversando atropelladamente; aquel peligroso ambiente comercial de cerebros empecinados y traidores, donde siempre se debía estar en guardia... ¡Sí!, se había casado con Peter por despecho, luego que Bill la hubo plantado tildándola de estúpida... Pero ya nada importaba todo esto. Se había sentido siempre bien con aquel marido tímido, tranquilo, y se había mantenido desde entonces a la defensiva de todo un sistema de vida.

“Y ahora estoy hecha una perfecta ama de casa —se dijo a sí misma—, y bien contenta de serlo.”

Una vida de vulgar ama de casa, sin otra novedad que la de recibir algunas veces a ciertos amigos para conversar y tomar cerveza; ir a la iglesia los domingos, una y otra vez, mientras el agnóstico Peter se quedaba durmiendo hasta tarde; viajes de vacaciones a Nueva Inglaterra o a las Montañas Rocosas; proyectos para la llegada de la cigüeña en un futuro no lejano... ¿Podía desear algo más? Sus antiguas amistades habían estado siempre listas a reírse de la mono-

tonía y el aburrimiento típico de una existencia burguesa; pero, analizándolo bien, se dió cuenta de que sus amigos sólo habían suplantado una rutina y una serie de expresiones por otras, perdiendo en el cambio la verdadera medida de la realidad.

Intrigada, Sheila movió la cabeza. No estaba acostumbrada a divagar de tal modo. Y hasta sus actuales pensamientos se le antojaban diferentes.

Terminadas sus tareas miró a su alrededor. Normalmente, descansaba un rato antes de almorzar, leyendo con fruición novelas de misterio, lo cual constituía su vicio mayor; después tenía que realizar algunas compras, quizás dar un paseo por el parque o visitar a alguna amiga, y luego a preparar la cena y esperar el regreso de Peter. Pero hoy...

Tomó la novela policial que pensaba leer. Por un momento la colorida cubierta permaneció entre sus manos indecisas y casi se sentó a leerla. Pero entonces, meneando la cabeza, la dejó a un lado y se dirigió a la atestada biblioteca, sacó una estropeada edición de *Lord Jim*, perteneciente a Peter, y volvió al sillón. A media tarde, se dió cuenta de que no había almorzado.

**A**L bajar en el ascensor, Corinth se encontró con Félix Mandelbaum. Ambos estaban ligados por una amistad íntima, de las que rara vez surgen en Nueva York entre vecinos de un mismo edificio de departamentos. Sheila, como toda mujer criada en un pueblo chico, había insistido siempre en que por lo menos debían conocer a todos los inquilinos del mismo piso. Y Corinth, cuando conoció a los Mandelbaum, se alegró mucho del plan de Sheila. Sarah, la mujer de Félix, era una regordeta, tranquila y retraída ama de casa, agradable pero insulsa; Archibald, en

cambio, era harina de otro costal.

Félix Mandelbaum había nacido cincuenta años atrás en un barrio pobre, sucio y ruidoso del lado este de la ciudad, y desde entonces estaba sufriendo los reveses de la vida; pero con gran espíritu se dedicaba a devolver todos los golpes recibidos. Desde cosechador de frutas a mecánico de precisión, había probado todos los oficios posibles. Durante la guerra había sido O. S. E. (Oficial de Servicios Estratégicos) de ultramar, donde su habilidad especial para hablar idiomas y tratar a la gente habían sido de enorme utilidad a su gobierno. Su carrera de organizador de trabajo fué parecida, pues de cabecilla de obreros llegó al respetable puesto que actualmente ostentaba: oficialmente era el secretario ejecutivo del gremio local de trabajadores; pero su fama era como componedor de conflictos, y sus ideas en materia gremial eran muy respetadas. Había dejado de ser radical a los veinte años, manifestando que había visto el radicalismo desde dentro y eso era suficiente para cualquier hombre en su sano juicio. En verdad, se jactaba de ser uno de los últimos y verdaderos conservadores, aunque admitía que, para conservar el estado de las cosas, había que podar e injertar... y reajustar. Era un autodidacta; había leído mucho y bueno, y tenía mucha más capacidad para afrontar la vida que cualquiera del círculo de amistades de Corinth, con la posible excepción de Nathan Lewis. En fin, un amigo agradable.

—Hola —saludó el físico—. Hoy estás atrasado.

—No, no lo estoy —Mandelbaum tenía en la voz ese tono áspero, rápido e incisivo, típico del neoyorquino; era pequeño, delgado pero fuerte, nervioso, de cabellos canos, nariz prominente, e intensos ojos negros.

—Me levanté esta mañana con una

idea nueva: Un plan de reorganización. Me extraña que hasta hoy no se le haya ocurrido a nadie. Reducirá todo el papelerío a la mitad. Por eso he estado bosquejando un gráfico.

Corinth movió la cabeza con aire triste, y dijo:

—Félix, a esta altura de tu vida deberías saber ya que los americanos son demasiado apegados a los papeles como para querer evitar una sola hoja.

—¡Pues tú no has visto a los europeos! —gruñó Mandelbaum.

—¿Sabes? —dijo Corinth—, es extraño que precisamente hoy se te haya ocurrido esa idea. Hazme acordar de pedirte los detalles más tarde, pues el asunto me parece muy interesante. Yo también me levanté esta mañana con la solución de un problema que me ha vuelto loco todo este último mes.

—¿Sí?... —Mandelbaum captó el sentido de aquella coincidencia; casi se le podía ver darle vueltas en sus manos, husmearla y luego dejarla a un lado—. Muy raro —dijo, y no volvió a comentar el asunto.

El ascensor se detuvo. Cada cual marchó por su lado. Como acostumbraba siempre, Corinth tomó el subterráneo. Usaba muy poco el auto, pues en aquella ciudad lo consideraba antieconómico. Vagamente notó que la gente iba más callada que de costumbre, menos apresurada... más pensativa. Echó una ojeada a los diarios buscando una confirmación a sus sospechas, para ver si el asunto había comenzado; pero no encontró nada fuera de lo acostumbrado, excepto quizás una jocosa información local acerca de un perro que, habiendo sido encerrado durante la noche en un sótano, logró de un modo inexplicable, abrir la puerta del congelador de la casa y sacar la carne allí guardada, y al que se lo encontró luego enullón.

dosela muy alegremente. Aparte de esto, lo de siempre: guerras en todos los rincones del mundo, huelgas, una manifestación comunista en Roma, cuatro muertos en un choque de automóviles... palabras, nada más, como si los rotativos de las imprentas extrajeran la sangre de todo lo que pasaba por ellas.

Salió a la calle al llegar al Bajo Manhattan, y caminó renqueando las tres cuerdas que lo separaban del Instituto Rossman. El mismo accidente que años atrás le causó la fractura de la nariz, le lastimó también la rodilla derecha, por lo que había sido rechazado del servicio militar; aunque en verdad, el que lo enviaran a trabajar en el Proyecto Manhattan, no bien recibió su título universitario, pudo haber sido el real motivo de su baja.

Retrocedió en sus recuerdos. Hiroshima y Nagasaki pesaban todavía mucho sobre su conciencia. Había renunciado en cuanto cesaron las hostilidades; no sólo para continuar sus estudios y escapar del pesado expediente o de las oficinas de investigaciones del gobierno, siempre llenas de intrigas; no sólo para volver a la siempre mal pagada vida académica, sino también para huir de su propia conciencia culpable. Sus ocupaciones posteriores quizás eran también una huida similar: la Sociedad de Científicos Atómicos, la Unión Internacional Federalista, el Partido Progresista...

Cuando recordó cómo estas organizaciones se disolvían paulatinamente o eran traicionados sus principios, cuando pensó en las vívidas imágenes que se habían erigido como una coraza entre él y la amenaza soviética, se preguntó hasta dónde eran cuerdos los profesores, después de todo.

Pero su actual refugio en el seno de la investigación pura, y de la pasividad política, limitándose estrictamente a votar una desanimada fórmula

democrática, ¿constituía acaso una posición más consciente? Nathan Lewis, que se tildaba francamente de reaccionario y militaba en el Partido Republicano, era un absoluto y manifiesto pesimista que trataba de salvar todavía algo de su idealismo. Felix Mandelbaum, sin ser menos realista que Lewis, su permanente contrincante en ajedrez y temas profesionales, estaba dotado de más optimismo y energía, miraba el futuro esperando la creación de un verdadero Partido Laborista. Comparándose con ellos dos, Corinth se sentía más bien disminuido.

“¡Y eso que soy más joven que cualquiera de ellos!”

Suspiró. ¿Qué le pasaba? Bullentes pensamientos lo invadían, llegados de Dios sabe dónde; recuerdos olvidados que se encadenaban entre sí, formando nuevas asociaciones que retumbaban contra las paredes de su cerebro..., ¡y justo ahora que habían encontrado la solución del problema que tanto le preocupaba!

Esta reflexión consiguió desalojar a las demás; lo cual, en sí, era también muy extraño, pues normalmente sus pensamientos no eran fáciles de desviar.

Con renovado brío, aceleró sus pasos.

**E**L edificio del Instituto Rossman era una mole de piedra y cristal que ocupaba media manzana, y parecía reluciente entre sus vetustos vecinos. Era conocido como paraíso de los científicos. Hombres capaces, provenientes de todo el mundo y todas las disciplinas, se habían dado cita allí; no atraídos por la remuneración que recibían, sino por la oportunidad de proseguir libremente sus investigaciones favoritas, con material de primera calidad, sin las trabas y burocracias que estrangulaban la ciencia pura en los ambientes oficiales in-

dustriales y universitarios. Padecía también los inevitables politiqueros y difamadores, pero en mucho menor grado que en los colegios ordinarios; era el Instituto de Estudios Avanzados, menos abstruso y más dinámico, quizás, y ciertamente con mucho más campo de acción. Lewis se lo había citado una vez a Mandelbaum, como necesidad cultural de la clase privilegiada.

—¿Crees tú que algún gobierno sería capaz de financiar un instituto similar, y al mismo tiempo tener el buen sentido de darle completa autonomía?

—El de Brookhaven trabaja bastante bien —había dicho Mandelbaum, aunque no muy convencido de su afirmación.

Corinth saludó con un gesto a la muchacha del quiosco de revistas del hall, saludó también a una pareja de conocidos, y se detuvo ante el ascensor, impacientándose por su tardanza.

—Séptimo —dijo automáticamente, cuando llegó.

—Yo debería saberlo de memoria, doctor Corinth —sonrió el ascensorista—. Usted trabaja aquí desde hace unos seis años, ¿no es cierto?

El físico parpadeó. Había considerado siempre al ascensorista como parte de la maquinaria; había cambiado con él los acostumbrados saludos diarios, pero siempre en forma mecánica. Súbitamente lo vio como a un ser humano, organismo vivo y único, integrante de una trama enorme e impersonal, que en última instancia constituía todo el universo, pero organismo que en su interior llevaba su propio corazón.

“¿Por qué ahora —se preguntó desorientado—, pienso de esta manera?”

—¿Sabe usted, señor? —dijo el muchacho—. Yo he pensado. Me levanté esta mañana preguntándome por qué razón realizo este trabajo y si real-

mente busco algo más que ganarme el sustento y... —calló embarazosamente mientras paraba el ascensor para que descendiese un pasajero en el tercer piso—. Yo a usted lo envidio. Usted sí que tiene una meta.

El ascensor alcanzó el séptimo piso.

—Usted podría..., bien, podría tomar cursos nocturnos, sólo con desearlo —dijo Corinth.

—Quizás lo haga, señor. Si usted fuese tan amable de recomendarme... Bueno, ya lo molestaré en otra oportunidad. Ahora me llaman, y no puedo hacer esperar.

Las puertas se deslizaron suavemente. Corinth se dirigió a su laboratorio, a través de un pasillo recubierto de mármoles.

Tenía dos ayudantes en forma permanente: Johansson y Grunewald, entusiastas jóvenes que probablemente soñaban con tener algún día su propio laboratorio. Ya se encontraban trabajando allí cuando Corinth entró y se quitó la chaqueta.

—Buenos días... Buenos días...

—He estado meditando, Pete —dijo Grunewald súbitamente, mientras el jefe se acercaba al escritorio—. Se me ha ocurrido una idea acerca de un circuito que podría dar resultados satisfactorios...

—Eh, tú, Brute —murmuró Corinth, y se sentó sobre un taburete, doblando sus largas piernas—. Veámoslo, entonces.

El proyecto de Grunewald se parecía notablemente al suyo. Johansson, usualmente cumplidor pero silencioso, intercalaba ahora en forma entusiasta las ideas que se le iban ocurriendo. Corinth tomó las riendas de la discusión, y antes de media hora estaban los tres cubriendo hojas y hojas de papel con esotéricos símbolos electrónicos.

Quizá Rossman había establecido el

Instituto en forma no tan desinteresada, pese a que con la cuenta bancaria que él poseía podía darse el lujo de ser altruista. La investigación pura ayudaba grandemente a la industria. Había hecho su fortuna en la industria de los metales livianos, desde la materia prima a los metales ya terminados, trabajando en conexión con media docena de otros industriales; oficialmente semirretirado, seguía manteniendo sus finas y sutiles manos en las cuerdas que gobernaban los negocios. Hasta la bacteriología podía ser empleada ventajosamente: poco tiempo atrás se habían realizado trabajos en bacterias extraídas de aceite de esquistos. Y las investigaciones efectuadas por Corinth en el campo de la cristalografía podrían llegar a considerarse un fuerte apoyo a la metalurgia. Grunewald parecía saborear ya el éxito y lo que ello significaría para su reputación profesional. Antes de mediodía, habían ya establecido una serie de ecuaciones diferenciales parciales, que irían al computador en el momento oportuno, a la vez que bosquejaban los elementos del circuito que estaban desarrollando.

**S**ONO el teléfono. Era Lewis sugiriendo que almorzaran juntos.

—Estoy muy ocupado en resolver un problema interesantísimo —dijo Corinth—. Pensaba encargarme algunos sándwiches y comerlos aquí en el laboratorio.

—Yo también me encuentro en situación parecida a la tuya, aunque creo que el mío es un callejón sin salida —contestó Lewis—. No tengo seguridad en lo que estoy realizando, y creo que podré ordenar mejor mis ideas si las discuto contigo.

—¡Bueno, bueno!... Iré. ¿Nos reunimos en el comedor de la planta baja? —preguntó Corinth.

—Si lo único que deseas es llenarte

el estómago, claro que sí. —Lewis era de los que dedicaban tres horas enteras al almuerzo, con vino y violines; hábito que había adquirido durante los años pasados en Viena antes de la guerra—. ¿Te parece bien a la una? Para entonces, creo que todo el mundo habrá terminado ya de almorzar.

—Perfectamente.

Corinth colgó. De nuevo se sumergió en la fría abstracción de su trabajo.

A la una y media se dió cuenta de la hora que era y, renegando, salió precipitadamente del laboratorio.

Lewis se estaba sentando a una mesa cuando Corinth se acercó.

—De tu manera de hablar deduje que llegarías tarde —dijo aquél—. ¿Qué vas a comer? El menú de siempre, supongo: ratones ahogados en leche desnatada, filete de erizo de mar, guisado especial, guisado... bueno, no importa. Sorbió su café, con una mueca de desagrado. No era un hombre de aspecto distinguido: bajo y robusto, de cuarenta y ocho años de edad, calvo, un poquito obeso, de ojos penetrantes, cubiertos con gruesos lentes sin armadura. En verdad, era una persona jovial que se encontraba a gusto tanto en un comedor como en un bar. Pero ocho años en Europa cambian los gustos, y Lewis siempre insistía en que sus visitas al Viejo Mundo, después de finalizada la guerra, habían sido puramente gastronómicas.

—Lo que tú necesitas —dijo Corinth, con la presunción de un converso— es casarte de inmediato.

—En eso ya pensé yo cuando dejé mi vida de calavera empedernido. Pero... no hablemos ahora del asunto. Ya es demasiado tarde para mí —dijo Lewis, empezando a comer un fillet mignon; plato al que siempre se refería como si el adjetivo significara diminuto o microscópico; y frunció el ceño mientras masticaba entusiasmado—. En este momento estoy más interesado en

el aspecto histológico de la biología.

—Por teléfono me dijiste que estabas frente a una dificultad...

—Más que nada, se trata de mis ayudantes. Todo el mundo anda sobresaltado hoy, y el joven Roberts se ha venido con ideas más descabelladas que de costumbre. Pero lo importante es mi trabajo en sí. Creo haberte hablado del problema, ¿no? Estoy estudiando las células nerviosas: las neuronas. Vengo conservándolas vivas dentro de diferentes medios artificiales, para ver cómo varían sus propiedades eléctricas bajo distintas condiciones. Las conservaba en cortes de tejidos, según la técnica Lindbergh-Carrel, con algunas modificaciones. Y todo marchaba bastante bien... hasta que, hoy, al efectuar mi inspección de rutina, vi que los resultados eran muy extraños... ¡extrañísimos! De nuevo inspeccioné todas las muestras... ¡Todas ellas habían cambiado!

—Hum —Corinth levantó las cejas, y por un instante masticó lentamente—. ¿No se tratará de errores en tus instrumentos?

—Según mis verificaciones, no. Nada ha variado, excepto las células mismas: un cambio pequeño pero muy significativo —Lewis comenzó a hablar con mayor fuerza y animación—. ¿Sabes tú cómo trabaja una neurona? Como una computadora dactilar. Es estimulada por un... un estímulo; emite una señal, y luego permanece inactiva durante un corto intervalo. En el nervio, la próxima neurona recibe la señal; la emite, y permanece brevemente inactiva. Bien; pues resulta que, hoy todo anda alterado. El tiempo de inactividad es de varios microsegundos menos, y..., en resumen: digamos que toda la cadena reacciona con mayor rapidez que lo normal. Y las señales son también más intensas.

Corinth reflexionó un instante, y luego, lentamente, dijo:

—Parecería que estuvieses ante algo realmente importante.

—De acuerdo; pero ¿cuál es la causa? El medio, los instrumentos de medición, son los mismos que he empleado siempre, ya te lo he dicho. ¡Me estoy volviendo loco, sin saber si me encuentro ante un caso que podría hacerme acreedor al premio Nóbel, o si soy víctima de una técnica errónea!

Muy lentamente, como si su imaginación fuese mostrando una idea apenas vislumbrada, dijo Corinth:

—¡Qué raro, que justamente hoy haya ocurrido todo esto!

—¿Qué...?

Lewis levantó bruscamente la vista, y Corinth le relató sus propias observaciones.

—Muy raro —acordó el biólogo— Sin embargo, no hemos tenido últimamente tormentas eléctricas... El ozono estipula la mente; pero, de todas maneras, mis cultivos se encuentran en vasos cerrados... —algo brilló en sus ojos.

Corinth miró a su alrededor.

—¡Hola!, allí está Helga. ¿Qué la habrá demorado tanto? ¡Eh, Helga! —Se puso de pie, saludándola a través del comedor.

Helga Arnulfen se acercó a la mesa, con su bandeja, y se sentó entre ellos.

**E**RA una mujer bonita, alta, elegante, de largos cabellos rubios, peinados muy tirantes sobre su altiva cabeza; pero algo en sus modales (cierta impersonal energía, o indiferencia, o quizás sólo la poca femenina fragilidad de sus palabras y modo de vestir) la hacía menos atractiva de lo que podría haber sido. Había cambiado desde los días en que Corinth y ella anduvieron juntos, después de la guerra. El se hallaba entonces siguiendo su doctorado en la Universidad de Minnesota, donde Helga estudiaba periodismo, y con ella había pasado ratos muy amables, aunque

el estar profundamente enamorado de su carrera y de otra chica no le habían permitido tomar muy en serio aquellas relaciones. Posteriormente se habían escrito, y él le había conseguido un puesto de secretaria en el Instituto, dos años atrás. Actualmente, Helga era ayudante del Jefe de Administración y se desempeñaba muy bien en el puesto.

—¡Dios mío, qué día! —pasó su delgada y fuerte mano por sobre sus cabellos, alisándolos, e insinuó una cansada sonrisa—. Hoy todo el mundo anda con problemas, y yo estoy sufriendo las consecuencias. Gertrudis se impacó...

—¿Qué? —Corinth la miró con desaliento. Había contado con la gran computadora a fin de resolver ese mismo día sus ecuaciones—. ¿Qué ha pasado?

—Sólo Dios y Gertrudis lo saben, y ninguno de los dos se ha dignado hablar. Esta mañana Allanbee ejecutó con ella una prueba de rutina y obtuvo un resultado equivocado. El error no era muy grande, pero suficiente para no prestar utilidad alguna al que busque resultados exactos. Desde entonces Allanbee ha estado tratando de repararla, de buscarle la falla, pero sin resultado positivo. ¡Y yo soy la encargada de dar nuevo turno a los que necesitan usarla!

—Muy extraño —murmuró Lewis.

—Además, otros instrumentos diferentes, especialmente en las secciones de física y química, se han vuelto un poquito locos. El polarímetro de Murchison tiene un error de..., ¡oh, algo espantoso, como de un décimo del uno por ciento!; no lo sé exactamente.

—¿Sí...? —Lewis se inclinó hacia ella, adelantando sus mandíbulas por encima de los platos—. Entonces, ¡no son mis neuronas, sino mis instrumentos, los que han perdido la chaveta!... No, no puede ser. No pueden tener un error tan grande. Debe de ser algo en las mismas células... Pero ¿cómo voy

a medir ese algo, si todos los instrumentos están alterados? —y sin perder su natural jovialidad, se desató en improperios en alemán.

—La mayoría de los muchachos se han presentado hoy con nuevos y audaces proyectos —continuó diciendo Helga—. Insisten en que de inmediato deben usar aparatos como la gran centrifugadora, y protestan airadamente cuando les digo que han de esperar el turno correspondiente.

—Y todo sucede justamente hoy, ¿no? —Corinth puso a un lado su postre, sacó un cigarrillo, sus ojos se dilataron lentamente y tembló un poco su mano al encender el fósforo—. Nat, ¿no será...?

—¿Un fenómeno universal? —Lewis asintió, haciendo un esfuerzo para mantener su calma—. Podría ser, podría ser... Creo que lo mejor que podemos hacer es tratar de averiguarlo en seguida.

—¿De qué están hablando ustedes? —preguntó Helga.

—De cosas.—Corinth le explicó brevemente el asunto, mientras ella terminaba de almorzar.

Lewis se repantigó en la silla, echando volutas de humo y encerrándose en sus propias cavilaciones.

—¡Hum! —Helga tamborileó sobre la mesa, con sus largos dedos, cuyas uñas llevaba sin pintar—. Parece interesante... Entonces, ¿todas las células nerviosas, incluso las de nuestros propios cerebros, están intensificando repentinamente su actividad?

—Es algo más fundamental que eso —dijo Corinth—: algo que debe de haber pasado a... ¿a los fenómenos electroquímicos?... ¿Cómo podría yo saberlo? Pero no conviene conjeturar exageradamente, hasta tanto hayamos investigado bien el asunto.

—Sí, claro... Pues ustedes se ocuparán del problema. —Helga sacó un cigarrillo, lo encendió, y se dedicó a

fumar con fruición—. Pienso en varias cosas muy simples que convendría verificar; pero les dejo el asunto a ustedes. —Volvió a sonreír nuevamente a Corinth, con la suave sonrisa que a muy pocos prodigaba—. A propósito, ¿cómo está Sheila?

—Bien, bien; muchas gracias. ¿Cómo estás tú?

—Perfectamente —repuso ella, con cierta indiferencia en su respuesta.

—Algún día de estos deberías venir a casa a cenar con nosotros —agregó Corinth, haciendo un pequeño esfuerzo para cambiar estas cortesías, pues su mente ardía por seguir discutiendo el nuevo problema—. Hace mucho tiempo que no te vemos. Si deseas, puedes venir con tu nuevo amor.

—¿Jim?... ¡Oh!, la semana pasada corté relaciones. Pero de todos modos iré —se levantó—. Vuelvan a los remos, galeotes, Hasta pronto.

Corinth la siguió con la vista mientras ella se dirigía hacia la caja. Casi involuntariamente (pues hoy sus pensamientos vagaban en todas direcciones) murmuró:

—¿Por qué serán tan efímeros sus noviazgos? Es bonita y no le falta inteligencia.

—Porque ella no los desea —dijo Lewis, lacónicamente.

—No creo que sea por eso. Pero se ha vuelto muy fría desde que la conocí en Minneapolis, y no me explico por qué.

Lewis se encogió de hombros.

—Creo que tú bien lo has de saber —recalcó Corinth—. Siempre has comprendido a las mujeres mucho más de lo necesario. Y me parece que ella siente por ti más simpatía que por ningún otro.

—Ambos gustamos de la buena música —dijo Lewis, en cuya opinión nada bueno había sido escrito desde el año 1900—. Y ambos sabemos escuchar en silencio.

—¡Bravo, bravo! —festejó Corinth, y se levantó—. Vuelvo al laboratorio. Lamento tener que dejar a un lado mi analizador de fases; pero este nuevo asunto... Mira, ¿qué te parece si nos reunimos todos y dividimos el trabajo?: ¿que cada uno verifique un aspecto del problema? Así lo haremos con mayor rapidez.

Lewis asintió, y salieron juntos del lugar.

Al atardecer comenzaron a revisar todos los resultados. Mientras Corinth miraba las cifras obtenidas, un escalofrío le corrió de pies a cabeza. Repentinamente se dió cuenta de su insignificancia personal.

¡Los fenómenos electromagnéticos habían cambiado!... no mucho; pero el simple hecho de que las aceptadas como constantes eternas de la naturaleza hubieran cambiado, era suficiente para hechar por tierra cien teorías filosóficas. Lo complejo del problema entrañaba algo elemental. ¿Cómo se pueden medir de nuevo los factores básicos, si los aparatos de medición han cambiado también?

Había procedimientos para ello. Nada absoluto hay en este universo, cada cosa guarda relación con las demás. Y lo significativo del caso era que ciertos datos habían variado con relación a otros.

Corinth había estado trabajando en la determinación de constantes eléctricas. Para los metales seguían siendo las mismas, o casi las mismas de antes; pero la resistividad y la inductividad específica de los aisladores habían cambiado apreciablemente: se habían tornado mejores conductores.

Excepción hecha de los aparatos de precisión, tales como Gertrudis la computadora, el cambio en las características electromagnéticas no era suficientemente grande para que la diferencia resultase apreciable. Pero el más

complejo y delicado mecanismo que conoce el hombre es la célula viviente; y la neurona es la más evolucionada y especializada de todas las células, particularmente la variedad de neuronas situadas en la corteza cerebral humana. Allí era donde más se notaba el cambio. Los pequeños impulsos eléctricos que determinaban el funcionamiento neural (el de los sentidos, el de las reacciones motoras, el del mismo pensamiento) se sucedían más rápida e intensamente.

Y el cambio podría estar sólo en su faz inicial...

Helga se estremeció.

—Necesito beber algo ahora mismo —dijo.

—Conozco un bar —repuso Lewis—. Iré contigo, antes de regresar al laboratorio; pues me queda cierto trabajo por hacer. ¿Y tú, Peter?

—Yo me voy a casa —dijo el físico—. Que se diviertan —pero sus palabras sonaban huecas.

Salió casi sin darse cuenta de la oscuridad del hall de entrada y de lo tarde que era. Para los demás, los sucesos recientes constituían algo nuevo, atrayente, maravilloso; pero él no podía dejar de pensar que quizás, en un enorme y descuidado zarpazo, el universo podría apagar de golpe la luz humana. ¿Cuál sería el efecto en los seres vivos?

Bueno, por ahora se había hecho e investigado todo lo posible. Helga había telefonado a la Oficina de Patrones y Medidas de Washington, para comunicar las novedades; y de acuerdo con lo manifestado por el hombre con el cual habló, otros laboratorios esparcidos en el país habían también informado anomalías por el estilo.

“Mañana —pensó Corinth—, mañana sí que todos se darán cuenta de lo que sucede.”

Afuera (la escena era todavía la de Nueva York al atardecer) no se no-

taba casi cambio alguno; quizás todo un poco más tranquilo que lo acostumbrado. Peter compró un diario y se paró a leerlo. ¿Estaba equivocado, o en verdad había una sutil diferencia en las noticias, un fraseo más literario, algo individual que había escapado a las barreras que imponen los correctores de pruebas; o tal vez los mismos correctores habrían cambiado sin siquiera saberlo? Pero no había mención alguna de la causa principal; eso era algo demasiado grande y demasiado reciente. Las noticias rutinarias revelaban el cuadro de siempre: la guerra, el descontento, la desconfianza, el miedo, el odio y la codicia: un mundo enfermizo, decrepito...

De pronto cayó en la cuenta de que, en menos de diez minutos, había leído toda la página inicial del *Times*, siempre atestada de noticias. Se guardó el diario en un bolsillo, y caminó rápidamente hacia el subterráneo.

### CAPÍTULO III

AQUELLA mañana había desordenes en todos lados. Un grito de indignación llamó la atención de Archie Brock, que corrió presurosamente hacia el gallinero, donde Stan Wilmer, parado junto a un balde de afrecho, se dedicaba a despotricar contra el mundo.

—¡Fíjate! —gritó—. ¡Fíjate!

Brock asomó la cabeza al interior del gallinero y emitió un silbido. Todo se hallaba completamente desordenado. Un par de gallinas muertas yacían sangrando sobre la paja, mientras otras pocas cacareaban nerviosamente en sus nidos. El resto de las aves había desaparecido.

—Parece que al dejar alguien la puerta abierta han entrado los zorros —dijo Brock.

—Sí. —Wilmer tragó saliva produ-

ciendo un ruidoso gruñido—. Algún maldito hijo de...

Brock sabía que Wilmer estaba a cargo del gallinero, pero no quiso mencionar el hecho. Wilmer, en cambio, lo recordó y frunciendo el ceño, dijo:

—No me explico. Anoche, como siempre, comprobé que todo estaba en orden antes de irme a dormir. Juraría que la puerta estaba cerrada con pasador como todos los días. En los cinco años que llevo aquí, nunca me ha pasado algo por el estilo.

—Alguien debió de abrir la puerta después que te fuiste, ¿no te parece?

—Sí; algún ladrón de gallinas. Pero es muy raro que los perros no hayan ladrado. Nunca vi entrar a nadie sin que ellos ladraran. —Con aire amargado, Wilmer se encogió de hombros—. Bien, de cualquier forma, alguien tiene que haber abierto la puerta.

—Sí, y después habrán entrado los zorros. —Con la punta del pie, Brock volteó una de las gallinas muertas—. Quizás, cuando uno de los perros se acercó olfateando, los zorros tuvieron que disparar y dejaron estas aves aquí.

—Y la mayoría de las gallinas vivas se han dispersado por el monte. No las recobramos ni en una semana. ¡Maldito seal!

Wilmar salió del gallinero bruscamente, olvidándose de cerrar la puerta.

Brock la cerró por él, vagamente sorprendido por el hecho de haberse acordado de hacerlo. Suspiró y prosiguió con sus tareas matinales. Aquel día, todos los animales parecían inquietos ¡Y maldito si su propia cabeza se mantenía muy equilibrada! Recordó el pánico que se había apoderado de él dos noches atrás, y la extraña manera en que venía pensando desde entonces. A lo mejor era todo una epidemia de alguna fiebre rara.

Bueno, más tarde consultaría con alguien, sobre el particular. Hoy había mucho por hacer, sobre todo había que

arar el lote cuarenta, que ya estaba listo. Todos los tractores estaban trabajando en los cultivos, de modo que tendría que usar caballos.

No había inconveniente alguno. Brock gustaba de trabajar con animales, los comprendía y se llevaba mucho mejor con ellos que con muchas personas, y no porque la gente le fuese hostil, pues por lo menos durante los últimos años todo el mundo había sido muy bueno con él. Antiguamente, los chicos se reían de él; pero eso era cuando también él era una criatura; después había tenido algunos percances con los automóviles; además, un par de muchachas le habían rehuido, y del hermano de una de ellas recibió una buena paliza. Pero eso había ocurrido años atrás. Ahora, Mr. Rossman le había explicado cuidadosamente lo que podía hacer y lo que no podía; había sido muy bueno en tomarlo a su cargo, y desde entonces todo le había ido perfectamente bien. Ya podía entrar en cualquier taberna de la ciudad y tomarse una cerveza como todos los demás, sin que nadie le negase el saludo.

Se detuvo un instante cavilando acerca de por qué volvía a pensar sobre temas que conocía demasiado bien, y qué razón podría existir para que le doliese tanto acordarse de ellos. "Yo soy un tipo normal —pensó—. No seré una lumbrera, pero soy fuerte. Mr. Rossman dice que nunca ha tenido un peón mejor que yo."

Encogió los hombros y entró al establo para sacar los caballos. Era un hombre joven, de estatura mediana pero sólido y musculoso, de rostro fuerte y rudo, y de cabello rojizo, bien rapado. Su indumentaria de trabajo estaba raída pero limpia. Mrs. Bergen, la esposa del mayordomo en cuya casa vivía, se encargaba siempre de cuidar esos detalles.

En el establo, amplio y sombrío, im-

pregnado de fuerte olor a paja y a caballos, los fornidos percherones pifababan y resoplaban inquietos mientras eran enjaezados. Caso extraño; pues siempre se mostraban tranquilos.

—¡So, so...! ¡Tranquilo, Tom! ¡Ea, Ea, quieto Jerry...!

Se calmaron algo, y los condujo a un poste, donde los dejó atados mientras entraba al cobertizo en busca del arado.

Su perro Joe se acercó brincando a su alrededor. Era un setter irlandés cuyo pelo brillaba al sol con tonos áureos y cobrizos. En realidad, Joe pertenecía a Mr. Rossman; pero Brock lo había cuidado desde cachorro, y era a él a quien el perro seguía y quería.

—Quietito, Joe, quieto. ¿Qué diablos te pasa? Tranquilízate, ¿quieres?

LA granja se extendía como una alfombra verde, a un costado, los grandes galpones; al otro, las casitas de los peones semiocultas por los árboles; mientras que por detrás varias hectáreas de bosques formaban un bonito marco. Había mucho césped, huertos y jardines entre los galpones de la granja y la gran casa blanca del dueño, que había estado casi siempre vacía desde el casamiento de las hijas de Mr. Rossman y la muerte de su esposa. Pero el dueño se encontraba ahora allí, pasando varias semanas de descanso en compañía de sus flores. Brock se preguntaba cómo un millonario como Mr. Rossman podía dedicar todo su tiempo a cuidar rosas, a pesar de su avanzada edad.

La puerta del cobertizo crujió al entrar Brock en busca del pesado arado, que llevó afuera rodando, mientras bufaba un poco por el esfuerzo. No eran muchos los hombres que podían arrastrarlo solos, pensó en un arranque de orgullo. Rió entre dientes cuando observó que los caballos se inquietaban al ver el arado. Los caballos eran bestias haraganas, pensó; nunca trabajarían si pudieran evitarlo.

Empujó el arado colocándolo detrás de los animales y lo enganchó sin pérdida de tiempo. Con manos diestras, rápidamente desató las riendas del poste, se sentó, y con el látigo sacudió las anchas y robustas ancas.

—¡Arre, arre!

Los equinos permanecieron parados, moviendo apenas las patas.

—¡Vamos, he dicho!

Uno de ellos, Tom, comenzó a cejar.

—¡So, so!

Brock tomó el extremo libre de las riendas y castigó con fuerza al caballo. Tom relinchó, y pegó una coz contra la espiga del arado, partiéndola en dos.

Por largo rato, Brock permaneció sentado, casi sin habla. Meneó luego la cabeza.

—Es un accidente —expresó en voz alta, que resonó en el silencio de la mañana—. Es un accidente —repitió con mayor fuerza.

En el cobertizo había una espiga de repuesto. La trajo afuera, con algunas herramientas, y pacientemente comenzó a reemplazar la averiada.

—¡Eh, quietos! ¡Quietos he dicho!

Estas exclamaciones eran de Stan Wilmer. Brock, al oírlas, levantó la vista. Chillidos y gruñidos le herían las orejas por todas partes. Vió un animal negro pasar velozmente a su lado, y luego otro y otro... ¡Eran los cerdos, que se habían escapado!

—¡Joe! —llamó gritando a su perro,

maravillándose también entonces por la rapidez con que éste reaccionó—. ¡A ellos, Joe! ¡Rápido, tráelos!

El perro partió como un rayo, se adelantó a la cochina que encabezaba la huída, y le amagó con una dentellada. La chancha gruñó y desvió su rumbo. El perro se dirigió entonces al cerdo más próximo. Stan Wilmer salió corriendo de la pocilga, con el rostro completamente desencajado.

Brock corrió para interceptar el paso a otro cerdo, obligándolo a volver; pero otro se le escapó por un costado, y se perdió de vista en el bosque. Hubo varios minutos de confusión antes de que la mayoría de los cerdos fuesen atrapados; pero varios de ellos habían desaparecido.

Wilmer se detuvo para recobrar el aliento. Con voz ronca y entrecortada, alcanzó a gemir:

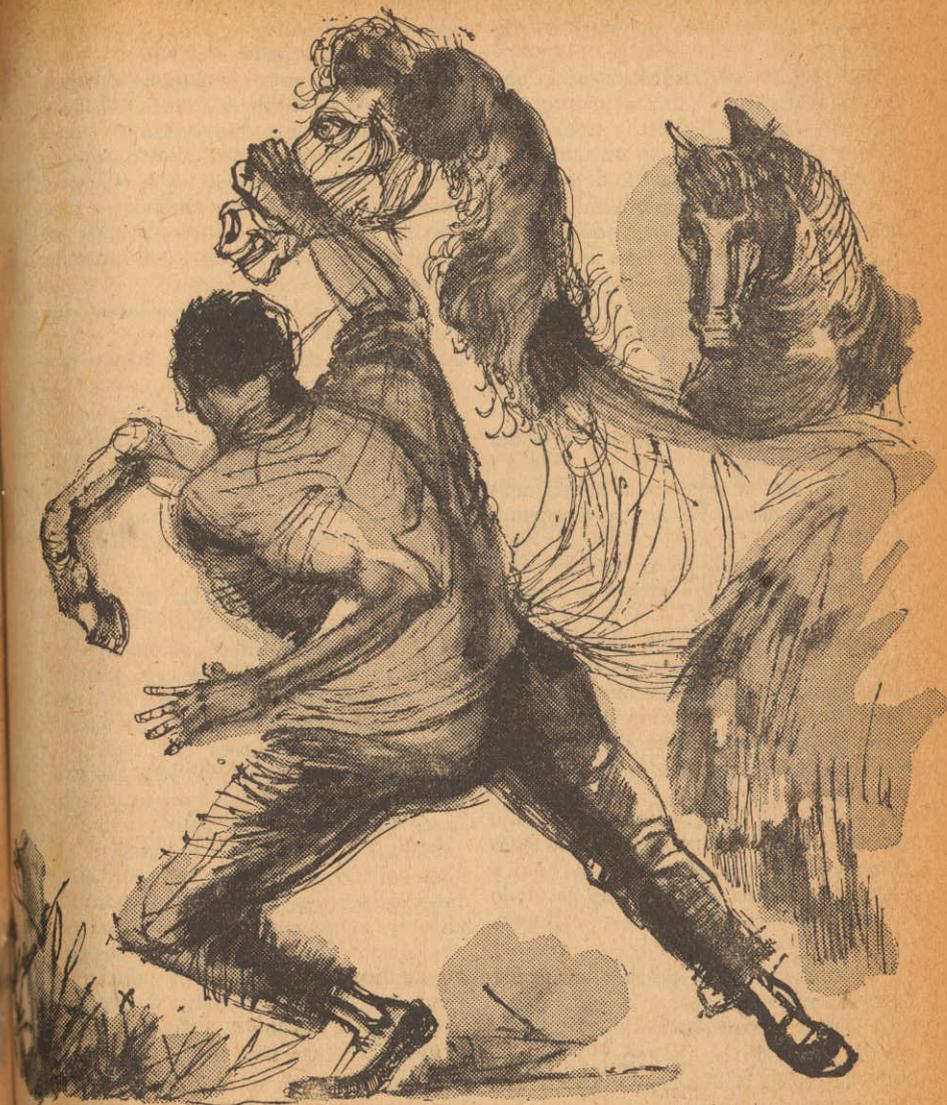
—¡Yo lo he visto, Dios mío, lo he visto con mis propios ojos! ¡No puede ser...!

Resoplando confundido, Brock comenzó a secarse el rostro con el pañuelo.

—¿Me oyes? —le dijo Wilmer tomándolo de un brazo con fuerza—. ¡Yo lo he visto, te digo! ¡Fueron los cerdos los que abrieron la puerta de la pocilga!

—¡No! —Brock se quedó mirándola con la boca abierta.

—¡Te doy mi palabra de que lo he visto! Una de las puercas se paró en sus



### Demóstenes de hoy

Se cuenta que Demóstenes se curó la tartamudez obligándose a hablar con la boca llena de guijarros. Actualmente se han obtenido éxitos partiendo de la base de que un esfuerzo mental persistente impide que el tartamudo se escuche a sí mismo, y ello elimina una causa fundamental de su mal. Para ello se lo obliga a leer lentamente un texto complicado, hasta obtener dicción normal. Se han registrado curaciones completas en 2 a 4 semanas de tratamiento.

patas traseras, y recorrió el cerrojo con el hocico. Lo hizo completamente sola, mientras los demás se agolpaban a su alrededor. ¡Oh, no, no! ¡Es increíble!

Joe regresó del bosque arreando otro cerdo, ladrando burlonamente. El puerco se mostraba dócil, y trotó sumiso hasta la pocilga. Como un autómata, Wilmer abrió la puerta y lo dejó entrar.

—¡Muy bien, Joe, muy bien! —Brock acarició la sedosa cabeza que se apoyaba en sus piernas—. Eres muy listo.

—¡Demasiado listo! —dijo Wilmer, mirando al perro con suspicacia y entornando los ojos—. ¿Has visto a este perro actuar así en otra oportunidad?

—Por supuesto —afirmó Brock, no muy seguro.

Joe se levantó y se dirigió de vuelta hacia el bosque.

—¡Apuesto a que va a buscar más cerdos! —exclamó Wilmer, con espanto en la voz.

—Seguro. Es un perro muy listo.

—Iré a ver a Bill Bergen y le contaré todo esto.

Wilmer giró sobre sus talones. Brock lo siguió con la mirada, se encogió de hombros y continuó la tarea que estaba realizando. Cuando terminó el arreglo, Joe había recogido otros dos cerdos y montaba guardia en la puerta del corral.

—Eres un buen compañero —dijo Brock—. Te recompensaré con buenos huesos —volvió a enganchar a Tom y Jerry, que se habían quedado pastando tranquilamente en el lugar—. Bueno, haraganes, vamos. ¡Arre!

Lentamente, los caballos comenzaron de nuevo a cejar

—¡Epa! —gritó Brock.

Esta vez no se limitaron a romper sólo la espiga. Cuidadosamente, se pararon sobre el arado mismo, torciendo los herrajes y rompiendo la reja. A Brock se le secó la garganta.

—¡No...! —gimió apenas.

WILMER sufrió casi un ataque, cuando supo lo de los caballos. Bergen permaneció inmóvil, silbando desentonadamente.

—No sé qué podemos hacer... —dijo rascándose sus descoloridos cabellos color arena—. Suspendéremos entonces todos los trabajos que debamos hacer con animales, excepto alimentarlos y ordeñar las vacas, por supuesto. Cierren todos los portones con candados e inspeccionen bien los alambrados. Yo iré a ver al patrón, y lo pondré al tanto de todo esto.

—Yo, por mi parte, voy a buscar un revólver —dijo Wilmer.

—Quizás sea una buena idea —comentó Bergen.

A Brock le asignaron la inspección de los seis kilómetros de alambrado que circundaban el bosque. Llamó a Joe, que, brincando alegremente a su alrededor, se dispuso a acompañarlo; y salió, contento de la oportunidad de estar solo nuevamente.

¡Qué tranquilo estaba el bosque! Los rayos del sol asomaban oblicuamente entre el verde follaje, salpicando las cálidas y pardas sombras con puntitos de luz. En lo alto, el cielo era profundamente azul, sin nubes, sin viento. Brock tropezó a veces con piedras o tormos, y algunas ramitas le rozaban la ropa, produciendo un leve murmullo; pero aparte de esto, reinaba un silencio absoluto. Hasta los pájaros parecían haber callado de repente; las ardillas no se dejaban ver, y las ovejas parecían haberse refugiado en lo más tupido de la floresta. Inquietamente, Brock pensó que el verde mundo que lo rodeaba parecía estar a la expectativa de algo intangible... como la calma que precede a la tempestad.

Vislumbró el miedo que sentirían los humanos si los animales comenzarían a aumentar su inteligencia. Si estos fuesen realmente listos, ¿permitirían que los hombres los encerrasen,

los obligasen a efectuar las tareas más pesadas, los castrasen y los matasen, cuereándolos y comiéndoselos después? Supongamos que Tom y Jerry... ¡Pero éstos eran tan mansos...!

Y... ¿no se estaban volviendo más listas también las personas? Parecía que, durante los dos últimos días, la gente hablaba más que de costumbre, y no siempre acerca del tiempo o los vecinos, sino acerca de temas serios, como eran el resultado de las próximas elecciones o la conveniencia de los motores traseros en los automóviles. Claro que no eran temas nuevos, por supuesto; pero antes no los comentaban tan a menudo; y cuando lo hacían, sólo se referían a ellos muy superficialmente. ¡Hasta Mr. Bergen, que en sus ratos libres se dedicaba apenas a ver televisión, se dedicaba ahora a leer libros!

“¡Y yo también me estoy volviendo más listo!”

El darse cuenta de esto fué como un trueno en el cerebro de Brock. Permaneció allí por largo rato, inmóvil. Joe se le acercó olfateándole la mano, con expresión interrogante.

“¡Me estoy volviendo más listo!”

Seguro: tenía que ser así. La forma en que había estado últimamente meditando y recordando hechos pasados y emitiendo sus opiniones libremente en contraposición a su habitual mutismo... ¿qué otra cosa podría ser? Todo el mundo se estaba volviendo más sagaz.

“Yo sé leer —se dijo—, no muy bien, pero me han enseñado el alfabeto, y puedo leer una historieta cómica. ¡Quizás ahora pueda leer hasta un libro serio!”

En los libros estaban las respuestas acerca de las cosas que últimamente le habían comenzado a preocupar: cosas como el sol, la luna y las estrellas; el motivo del invierno y el verano; la causa de las guerras, el porqué había presidentes; quiénes habitaban al otro lado del mundo, y...

Sacudió la cabeza, incapaz de entender la soledad que surgía en su interior y se ensanchaba hasta cubrir la entera creación más allá de lo que se podía divisar. Hasta ese momento, nunca se había puesto a conjeturar así. Las cosas ocurrían... y con el pasar del tiempo, él las olvidaba otra vez. Pero... Se miró las manos, maravillado.

“¿Quién soy? ¿Qué estoy haciendo?”

Algo bullía en su interior. Apoyó la cabeza contra el fresco tronco de un árbol, mientras sentía su sangre pulsar en sus orejas. “¡Por favor, Señor, que todo esto sea cierto! ¡Haz que yo sea como el resto de la gente!”

Pasado un rato, logró calmarse y continuó su camino, revisando el alambrado que le habían asignado.

POR la tarde, luego de finalizadas las tareas, se puso un traje limpio y se dirigió hacia la casa grande. Mr. Rossman se encontraba sentado en el porche, fumando una pipa, hojeando con sus delgados dedos y como al descuido las páginas de un libro. Brock se detuvo tímidamente, con la gorra en sus manos, hasta que su amo levantó la vista percatándose de su presencia.

—Hola, Archie —dijo con su suave voz—. ¿Cómo te encuentras esta noche?

—Me encuentro bien, muchas gracias. —Brock retorció la gorra entre sus rudas manos, apoyándose alternativamente en cada pierna—. Por favor, ¿puedo hablar un minuto con usted?

—Naturalmente. Pasa —Mr. Rossman dejó el libro a un costado y siguió fumando mientras Brock abría la mampara de tela metálica y se acercaba—. Pasa; siéntate.

—Está bien, gracias. Yo... —se pasó la lengua por los resecos labios—, quería preguntarle a usted... acerca de un asunto.

—Pues pregúntame, Archie. —Mr. Rossman se reclinó en su sillón. Era un hombre de alta estatura, de rasgos finos, cabellos blancos, altivo a pesar de la bondad de sus palabras. Los padres de Brock habían sido arrendatarios suyos, y cuando se evidenció plenamente que el muchacho no llegaría nunca a destacarse en nada, lo había tomado a su cargo—. ¿Anda todo bien?

—Bien; se trata de..., este..., del cambio que ha ocurrido.

—¿Eh? —La mirada de Rossman se agudizó—. ¿Qué cambio?

—Pues, usted sabe: los animales se están volviendo más listos e insolentes.

—¡Oh, sí! ¡Ya, ya! —Rossman exhaló una nube de humo—. Dime, Archie: ¿no has notado tú algún cambio en ti mismo?

—Sí, yo..., este..., creo... quizás que sí.

Rossman asintió.

—De no haber cambiado, no hubieses venido a verme.

—¿Qué es lo que está sucediendo, Mr. Rossman? ¿Qué es lo que no anda bien?

—No lo sé, Archie. Nadie lo sabe. —El anciano dirigió la mirada al suave y azulado crepúsculo que lentamente cubría al campo—. ¿Estás seguro de que algo no anda bien? ¿No será que al fin todo se está componiendo?

—Pero..., ¿no lo sabe usted?...

—No. Nadie lo sabe —la pálida mano de Rossman, en la cual se notaban nítidamente delgadas venas azules, señaló el diario que estaba sobre la mesa a su lado—. Aquí hay algunos indicios. La realidad sigue escabulléndose. Estoy seguro de que se sabe mucho más; pero el gobierno ha suprimido mucha información por miedo de que cundiera el pánico..., sonrió con cierta mordacidad—, ¡como si un fenómeno universal pudiese mantener-

se en secreto! Pero en Washington se aferrarán hasta el último momento a su estúpida terquedad.

—Y ahora, señor... —Brock elevó sus manos y luego las dejó caer nuevamente—. ¿qué podemos hacer?

—Esperar. Esperar y observar. Pronto iré a la ciudad para cerciorarme por mí mismo. Supongo que los cerebros privilegiados, que yo patrocino en el Instituto, podrán...

—¿Se va usted?

Rossman asintió sonriendo.

—¡Pobre Archie! Horroriza la sensación de sentirse impotente, ¿no es verdad? A veces pienso que es por eso por lo que el hombre teme tanto a la muerte: no por desaparecer, sino por que se sabe predestinado y nada puede hacer para escapar a su destino. Hasta el fatalismo constituye un refugio a todo esto, en cierta forma... Pero ya estoy divagando, ¿no?...

Durante largo rato, permaneció sentado, fumando en silencio. El anochecer estival murmuraba suavemente alrededor de ellos.

—Sí —dijo finalmente—, yo también siento ese temor, que no es precisamente agradable; no es sólo por el nerviosismo y las pesadillas, (eso es meramente fisiológico), sino por la imaginación. Siempre me he considerado un pensador ágil, lógico y capaz. Pero ahora algo está surgiendo dentro de mí, algo que no logro captar del todo. Por momentos, mi vida parece haber sido un revoltijo despreciable y sin sentido. Y sin embargo creo haber sido útil a mi familia y a mi patria —sonrió una vez más—. Espero vivir para presenciar el desenlace de todo esto. Creo que será muy interesante.

Las lágrimas\* asomaron a los ojos de Brock.

—¿Qué puedo hacer yo?

—¿Hacer?... Vivir: vivir de un día para otro. ¿Qué otra cosa puede ha-

cer un hombre? —Rossman se levantó colocando sus manos sobre los hombros de Brock—. Pero nunca dejes de pensar. Y piensa afianzándote bien a la tierra, de donde proviene toda inteligencia.

Nunca vendas tu libertad a alguien que se ofrezca para pensar por ti y cometer errores en tu nombre. He tenido que hacer de señor feudal contigo; pero creo que, de ahora en adelante, ya no será necesario.

Brock no comprendió todo lo que había querido significarle Mr. Rossman, pero creyó entrever que trataba de infundirle optimismo; que las cosas no andaban tan mal como parecía.

—Yo he pensado que a lo mejor me podía usted prestar algunos libros —dijo humildemente—. Quisiera ver si ahora soy capaz de leerlo solo.

—¡Por supuesto que sí, Archie! Vamos a la biblioteca. Veré si encuentro algo adecuado para tu iniciación.

#### CAPÍTULO IV

**A**LGUNOS de los títulos del *Times* de Nueva York, del 23 de junio:

EL PRESIDENTE NIEGA PELIGRO AL EXTRAORDINARIO DESARROLLO MENTAL OBSERVADO

"Mantengan la calma; continúen en sus trabajos", aconseja la Casa Blanca. El cambio no entraña peligro para los seres humanos.

Hombres de ciencia estadounidenses estudian el problema. De un momento a otro espéranse resultados.

\* \* \*

LA BAJA DEL MERCADO DE VALORES PREOCUPA A WALL STREET

La disminución de las ventas produce fuertes bajas en la Bolsa y en los precios generales.

\* \* \*

SUBLÉVANSE TROPAS CHINAS

El gobierno comunista declara estado de alarma.

\* \* \*

FÚNDASE EN LOS ANGELES UNA NUEVA RELIGIÓN

Sawyer se proclama a sí mismo "El Tercer Baal." Miles de adeptos se reúnen en una gran concentración.

\* \* \*

FESSENDEN CLAMA POR UN GOBIERNO MUNDIAL

El aislacionista por Iowa revoca su política en un discurso ante el Senado.

\* \* \*

JOHNSON OPINA IMPRACTICABLE UN GOBIERNO MUNDIAL EN LAS ACTUALES CIRCUNSTANCIAS

El senador por Oregón revoca su anterior política.

\* \* \*

SUBLEVACIÓN EN UN ASILO DE RETARDADOS MENTALES

\* \* \*

DESORDENES EN ALABAMA

\* \* \*

Conferencia.

Todos trabajaban hasta muy tarde; eran ya las diez de la noche y todavía no se habían reunido todos los invitados a la reunión que Corinth organizaba aquella velada. Sheila había insistido en servir sándwiches y café, como era su costumbre, y luego se había sentado a conversar tranquilamente con Sarah Mandelbaum. Las miradas de ambas se posaban ocasionalmente sobre sus esposos, que se encontraban jugando al ajedrez; pero había en ellas un temor que intentaban hacer pasar inadvertido.

Corinth estaba jugando entonces mejor que nunca. Normalmente, sus partidas con Mandelbaum eran bastante parejas, oponiendo su lenta y cautelosa

estrategia a la desconcertante serie de arranques de genio del unionista. Pero aquella noche, el joven físico estaba demasiado distraído; urdía jugadas que hubiesen deleitado a un Capablanca; pero Mandelbaum las adivinaba y ferocemente destruía sus defensas. Al cabo de un rato, Corinth suspiró reclinándose en su asiento.

—Abandono —dijo—. Me darás mate en... siete jugadas.

—No creas. —Mandelbaum señaló con un nudoso dedo el alfil del rey—. Si lo corrieses aquí y luego...

—Sí, tienes razón. Pero no importa; no estoy con ánimos de jugar esta noche. ¿Por qué no habrá venido aún Nat?

—Ya llegará; no te aflijas. —Mandelbaum se dirigió a un sillón y, sentándose, comenzó a cargar su gran pipa.

—No comprendo cómo puedes sentarte ahí tan tranquilo mientras...

—¿Mientras a mi alrededor el mundo se desploma? Mira, Pete: desde que tengo uso de razón, el mundo se ha estado desplomando. Y en lo que va de este episodio, por lo menos nadie ha echado mano a la pistola.

—Todavía estamos a tiempo para que eso suceda. —Corinth se levantó, y fué a mirar a través de la ventana, con las manos cruzadas detrás y los hombros caídos. Las inquietas luces de la ciudad recortaban su silueta—. ¿No comprendes, Félix, que este nuevo factor, si sobrevivimos, cambiará todas las bases de la vida humana? Nuestra sociedad fué construida por y para el hombre. Pero ahora, ese mismo hombre se está transformando en un ser completamente distinto.

—Lo dudo —el ruido de un fósforo, raspado contra el zapato de Mandelbaum, resonó fuertemente—. Seguiremos siendo el viejo animal de siempre.

—¿Cuál era tu cociente intelectual antes del cambio?

—No lo sé.

—¿No te han sometido nunca a una prueba?

—¡Ah, sí! me han sometido a varias, cuando trataba de conseguir empleos; pero nunca me he preocupado por los resultados; porque, ¿qué es el cociente intelectual, excepto la valoración de una prueba de cociente intelectual? —dijo Mandelbaum.

—Es algo más que eso. Mide la habilidad para manejar datos, captar y crear abstracciones...

—Sí, siempre que se trate de un caucásico de cultura europeoamericana. No te olvides, Pete, que fué creado para individuos de esa clase. Imagínate la gracia que le podría causar a un indio kalahari saber que la prueba no evalúa la capacidad de hallar agua. Para él, esa habilidad es mucho más importante que saber hacer malabarismos con una serie de números. Personalmente, no subestimo ni el aspecto lógico ni la imagen mental de la personalidad, pero carezco, sin embargo, de la conmovedora fe que tú tienes en el experimento. El hombre es más complejo que eso: un mecánico de automóviles podría muy bien estar dotado de mejores condiciones para sobrevivir que un matemático.

—Sobrevivir... ¿bajo qué circunstancias?

—Bajo cualquier clase de circunstancias. Adaptabilidad, resistencia, presteza: esas cualidades son las que más cuentan.

—Yo creo que la bondad significa mucho —dijo Sheila, tímidamente.

—Temo que la bondad sea un lujo excesivo; aunque, naturalmente, esos lujos son los que nos permiten ostentar la condición de seres humanos —opinó Mandelbaum—. Pero ¿bondad con quiénes? Algunas veces debemos echar a un lado toda contemplación y volvernos un poco violentos. Ciertas guerras son necesarias.

—Si el mundo fuera más inteligente,

no te serían necesarias —arguyó Corinth—. No tendríamos que haber librado la segunda guerra mundial si Hitler hubiera sido detenido al principio. Una división podría haber echado por tierra sus planes. Pero los políticos fueron demasiado estúpidos para prever...

—No —dijo Mandelbaum—. Lo que ocurriría es que había razones para que no fuese conveniente colocar frente a él una división. El noventa y nueve por ciento de la raza humana, no importa el grado de inteligencia que ostenta, hará siempre lo que sea conveniente, en lugar de hacer lo que deba hacerse, y se engañará a sí misma creyendo que, de una u otra manera, puede escapar a las consecuencias. El hombre ha sido construido de esa manera. Además, el mundo está tan lleno de viejos odios y supersticiones, y hay tanta gente que lo tolera y que se aprovecha de ello, que sorprende comprobar que a lo largo de la historia no haya habido más guerras —profunda amargura veló la voz de Mandelbaum—. Quizás la gente práctica, aquella que se adapta, sea la que en definitiva tenga razón. Quizás la conducta más moral sea la de "primero yo, mi esposa y mi pequeño Hassan, el de las piernas zambas". Es la que adoptó uno de mis hijos, actualmente en Chicago. Se cambió el nombre y se hizo cirujía estética en la nariz. No se siente avergonzado de sus padres, no; pero se ha salvado a sí mismo y ha librado a su familia de muchos problemas y humillaciones. Honestamente no sé si admirarlo por su esforzada adaptabilidad o llamarlo mazzabete pusilánime.

—Creo que nos estamos apartando del tema —dijo Corinth algo embarazado—. Lo que deseamos hacer esta noche es examinar lo que nosotros y el mundo entero podemos esperar —meneó la cabeza—. Mi cociente in-

tellectual ha aumentado, de sus normales 160 puntos a cerca de 200, en una sola semana. Estoy pensando cosas que nunca en mi vida se me habían ocurrido. Mis primitivos problemas profesionales se están volviendo ridículamente fáciles. Pero todas las demás cosas se vuelven a veces confusas. Mi imaginación se dedica a seguir los más fantásticos enlaces de pensamientos, algunos de ellos bastante alocados y morbosos. Me siento nervioso como un gatito; salto al ver sombras imaginarias; tengo miedo a veces, y no veo razón para ello. De vez en cuando tengo alucinaciones donde todo parece grotesco, como en las pesadillas.

—Lo que pasa es que todavía no te has acostumbrado a tu nuevo cerebro. Eso es todo —dijo Sarah.

—Yó siento la misma clase de alteraciones que siente Pete —dijo Sheila, con voz débil y medrosa—; pero no vale la pena hablar de ello.

La otra mujer se encogió de hombros, levantando sus manos en gesto conciliador.

—A mí me resulta todo esto muy gracioso.

—Es un problema de personalidad básica, la cual no ha cambiado —dijo Mandelbaum—. Sarah ha sido siempre una mujer muy simple, sin complicaciones. Lo que pasa es que tú no tomas tu nueva mente con seriedad, mi querida. Para ti, el poder del pensamiento abstracto es sólo un juguete: tiene muy poco que ver con los serios problemas del ama de casa —inhaló una profunda bocanada, arrugando el rostro, mientras miraba de soslayo a través del humo—. En cuanto a mí, también suelo tener en mi mente locas tonterías, al igual que tú, Pete; pero no dejó que ellas me incomoden. Es solamente un problema fisiológico, y yo no tengo tiempo para esas menudencias, y menos ahora que las cosas

se presentan difíciles. En la Unión, todo el mundo parece tener su descalabrado proyecto acerca de cómo debemos dirigir los asuntos. Un individuo del gremio de electricistas presentó la moción de que ese gremio debía ir a la huelga y hacerse luego cargo del gobierno. Y el otro día, alguien me disparó un tiro.

—¿Qué? —todos miraron interrogativamente.

Mandelbaum se encogió de hombros.

—El hombre era un pobre diablo. Pero ciertos tipos se están volviendo chiflados, otros viles, y la mayoría de ellos sólo están asustados. Aquellos que como yo tratan de hacer frente a la tontería y de que las cosas se mantengan todo lo normal que sea posible, están destinados a crearse enemigos. Hoy día la gente piensa mucho más que antes, pero no más rectamente.

—Es cierto —dijo Corinth—. El hombre medio... —pero se detuvo al oír el timbre de la puerta—. Deben de ser ellos —añadió—. Pasen, por favor.

**H**ELGA Arnulfsen entró; su delgada figura apenas ocultaba el cuerpo de Nathan Lewis. Parecía tan fría, suave y firme como siempre; pero se veían sombras bajo sus ojos.

—Hola —dijo con voz impersonal.

—No muy alegre, ¿eh? —preguntó Sheila, cariñosamente.

—Sólo pesadillas.

—Yo también —un estremecimiento corrió por el pequeño cuerpo de Sheila.

—¿Qué sucedió con el psicólogo que pensabas traer, Nat? —preguntó Corinth.

—Se negó en el último minuto —dijo Lewis—. Se le ocurrió una nueva idea para un test de inteligencia. Y su ayudante estaba demasiado ocupado colocando ratas blancas en laberintos recientemente diseñados. Pero no te preocupes, realmente no lo necesitamos —de todo el grupo, Lewis era el úni-

co que parecía libre de preocupaciones o presentimientos, estaba demasiado ocupado en alcanzar el repentino nuevo horizonte que se ofrecía a sus ojos como para preocuparse de sus propios problemas. Se dio una vuelta por el buffet, tomó un sándwich y empezó a comérselo—. ¡Hum!..., delicioso. Sheila, ¿por qué no sepultas este enorme trago de agua y te casas conmigo?

—¿Para cambiarlas por un enorme trago de cerveza? —dijo ella sonriendo tímidamente.

—¡Muy amable! Tú también has cambiado, ¿no es cierto? Pero, realmente, creo que debieras preocuparte un poquito más de mí. ¿No podrías al menos conseguirme un buen whisky escocés?

—Después de todo —dijo Corinth tristemente—, es como si no estuviésemos aquí por una razón especial. Yo pensaba que una discusión conjunta aclararía el problema en todas nuestras mentes, y que a lo mejor se nos ocurrían algunas ideas buenas.

Lewis se sentó a la mesa.

—Veo que finalmente el gobierno ha admitido que algo está sucediendo —dijo señalando el diario que estaba a su lado—. Supongo que debían hacerlo; pero el aceptar la situación no ayudará a nada. La gente tiene miedo, no sabe lo que puede acontecer, y... En fin, al venir, vi a un hombre corriendo por una calle y gritando que el fin del mundo había llegado. En el Central Park había una enorme concentración religiosa. Tres borrachos estaban vociferando en las puertas de un bar sin que en los alrededores hubiese ningún agente de policía para volverlos a la razón. Y oí las sirenas de los camiones de los bomberos: había un gran incendio en el camino hacia Queens.

Helga encendió un cigarrillo, chupando con fuerza, con los ojos entornados.

—John Rossman se encuentra ahora en Washington —dijo. Luego de un momento agregó, dirigiéndose a los Mandelbaum—: Vino al Instituto hace unas semanas, y pidió a nuestros muchachos que se dedicaran a investigar este asunto, pero en forma completamente confidencial, y luego voló a la capital. Con su influencia, creo que conseguirá para nosotros la verdadera historia, si es que alguien puede.

—A decir verdad, no creo que todavía exista historia alguna —dijo Mandelbaum—: sólo pequeñas cosas como las que todos nosotros hemos estado experimentando, en todo el mundo. Todas juntas forman un gran problema; pero todavía no poseemos un panorama total.

—Espera y verás —dijo Lewis alegremente. Tomó otro sándwich y una taza de café—. Yo predigo que en menos de una semana la cosa estará ardiendo.

—El hecho es... —Corinth se levantó de la silla donde se hallaba sentado cómodamente y comenzó a pasear por la habitación—. El hecho es que este cambio no ha terminado aún. Todavía está sucediendo. En la medida que nuestros mejores instrumentos puedan medir (aunque no sean muy exactos, pues también han sido afectados), el cambio va en aumento.

—Dentro de los límites de error, yo creo ver un avance más o menos hiperbólico —dijo Lewis—. Hemos comenzado apenas, hermanos míos. De

acuerdo a la marcha de los acontecimientos, antes de otra semana nuestro cociente de inteligencia oscilará alrededor de los 400.

Durante largo rato permanecieron sentados, sin hablar. Corinth seguía con los puños cerrados, mantenidos sin fuerza a sus costados. Sheila dió un leve grito y corrió hacia él colgándose de sus brazos. Mandelbaum lanzó una gran bocanada de humo, frunciendo el ceño mientras digería la información; una de sus manos se acercó para acariciar las de Sarah, y ella la apretó cariñosamente. Lewis sonrió ante su sándwich y continuó comiéndolo. Helga tomó asiento sin decir palabra alguna, las largas y puras líneas de su rostro semejabán una máscara sin expresión alguna.

—¿Qué irá a suceder? —preguntó Sheila, ansiosamente, con temblorosa voz que todos notaron—. ¿Qué nos irá a suceder?

—Sólo Cristo lo sabe —dijo Lewis, con seguridad.

—¿Seguirán las cosas aumentando de continuo? —preguntó Sarah.

—No —dijo Lewis—. Imposible. Es un problema de cadenas de neuronas que aumentan su velocidad de reacción y la intensidad de las señales que conducen. La estructura física de la célula puede soportar sólo cierta cantidad de estímulo; si ese estímulo se exagera... pues sobreviene entonces la idiotez, la locura, inclusive la muerte.

### Hay que gastar uranio

**S**EGUN cálculos recientes, la producción de mineral de uranio crece más rápidamente que el consumo. Incluso se habla de amenazas de superproducción. Según los canadienses (a los cuales el uranio les sobra), no queda otro remedio que bajar los precios.

—¿Hasta qué extremo crees que llegaremos? —preguntó Mandelbaum, siempre con espíritu práctico.

—No podría decirlo. El mecanismo del cambio (y de la célula nerviosa misma) no es todavía bien conocido. De cualquier manera, el concepto de cociente intelectual es válido sólo dentro de cierto límite; hablar de un C. I. de 400 no tiene en realidad sentido, pues la inteligencia a ese nivel podría no ser inteligencia, tal cual la conocemos, sino otra cosa.

CORINTH había estado demasiado ocupado con sus propios trabajos de mediciones como para comprender lo mucho que se conocía y se teorizaba en el departamento de Lewis. Ahora empezaba a hacer este sorprendente descubrimiento.

—Olvida los resultados finales —dijo Helga, secamente—. Nada podemos hacer por ello. Lo que realmente importa es lo siguiente: ¿Cómo podremos mantener en marcha una civilización organizada? ¿Cómo nos alimentaremos?

Corinth inclinó afirmativamente su cabeza, dominado por el pánico que bullía en su interior.

—Por el momento, hemos sido arrastrados exclusivamente por la inercia social —acordó—. La mayoría de la gente continúa en sus tareas diarias por la única razón de no encontrar algo mejor. Pero cuando las cosas comienzan a cambiar realmente...

—El portero y el ascensorista del Instituto han abandonado ayer sus tareas —dijo Helga—. Alegaban que el trabajo era demasiado monótono. ¿Qué sucederá cuando todos los porteros, basureros, sepultureros y los obreros de las líneas de montaje decidan dejar sus trabajos?

—No todos lo harán —opinó Mandelbaum. Vacío su pipa y se dirigió a tomar café—. Algunos tendrán miedo; otros tendrán el buen sentido de ver

las cosas con claridad; otros... bien, no existe una contestación simple para explicar todo esto. Estoy de acuerdo en admitir que estamos en un escabroso período de transición: gente que abandona sus tareas, o que tiene miedo, o que pierde la cabeza por una u otra causa. Lo que necesitamos es una organización local interna que nos dirija durante los próximos meses. Creo que los gremios obreros podrían formar el núcleo. Yo estoy trabajando en ello, y cuando haya conversado con los obreros y los haya puesto en línea, trataré de aproximarme al Ayuntamiento para ofrecer mi ayuda.

Luego de un silencio, Helga dirigió su mirada hacia Lewis.

—¿Sigues sin tener idea alguna acerca de la causa de todo lo que está sucediendo?

—Sí, tengo —dijo el biólogo—. Tengo un montón de ideas, pero no veo manera de elegir entre ellas. Habrá que estudiar y pensar un poco más.

—Es un fenómeno físico que, por lo menos, abarca todo el sistema solar —declaró Corinth—. Los observatorios han establecido esas hipótesis, sobre todo a través de estudios espectroscópicos. Podría ser que el sol, en su órbita alrededor del centro de la Galaxia, haya entrado en una especie de campo de fuerzas. Pero, fundándose en bases teóricas (incluso de la relatividad general), me inclino a pensar que todo se presenta como si fuéramos nosotros los que hubiésemos abandonado un campo de fuerza que frenaba la luz y además afectaba los procesos electromagnéticos y electroquímicos.

—En otras palabras —dijo Mandelbaum, lentamente—: ¿estamos ahora entrando a un estado normal de cosas? ¿Todo nuestro pasado ha transcurrido bajo condiciones anormales?

—Quizás. Sólo que, naturalmente, esas condiciones eran normales para nosotros. Hemos evolucionado dentro

de ellas, y podría sucedernos lo que al pez de aguas profundas, que estalla cuando se lo eleva a presiones ordinarias.

—¡Caramba, qué porvenir!

—No creo que yo tenga miedo de morir —dijo Sheila, con voz apagada—; pero ser transformada así...

—Trata de controlarte todo lo que puedas —dijo Lewis secamente—. Sospecho que este desequilibrio volverá locas a muchas personas. No seas tú una de ellas —sacudió la ceniza de su cigarro—. Hemos averiguado ciertas cosas en el laboratorio —continuó diciendo con tono imparcial—. Como dice Pete, es algo físico, ya sea un campo de fuerzas o bien la carencia de ese campo, que afecta las reacciones electrónicas recíprocas. El efecto es en realidad bastante débil cuantitativamente. Las reacciones químicas ordinarias se producen casi iguales a las de antes; no creo que haya sido determinado un cambio significativo en la velocidad de las reacciones inorgánicas. Pero, cuanto más compleja y delicada es una estructura, más siente ese débil efecto. Ustedes deben de haber notado que últimamente se sienten más activos. Hemos examinado algunas cifras de metabolismo basal; todas han aumentado, no mucho pero sí lo suficiente para que se perciba claramente el aumento. Las reacciones motoras son ahora más rápidas, también, aunque no creo que ustedes lo hayan notado, debido a que su sentido subjetivo del tiempo se ha acelerado igualmente. En otras palabras, no hay mucho cambio en las funciones musculares, glandulares o vasculares; y en las otras funciones puramente somáticas, sólo lo suficiente para ponerlos a ustedes nerviosos; y si nada raro sucede, muy pronto se adaptarán a ellas sin inconvenientes. Por otra parte, las células más altamente organizadas (las neuronas, y sobre todo las neuronas de la corteza cerebral) son

las más afectadas. La velocidad de percepción está aumentando, pues lo hemos comprobado y medido en el laboratorio. Deben haber ustedes notado, estoy seguro de ello, que ahora leen mucho más rápido. El tiempo de reacción a cualquier estímulo es menor.

—Oí a Jones hablar sobre eso —asintió Helga, fríamente—, y me dediqué a comprobar las cifras de accidentes de tránsito ocurridas durante la última semana. Definitivamente menores. Si la gente reacciona con mayor celeridad, naturalmente se vuelven mejores conductores.

—¡Ja, ja! —dijo Lewis—. Eso será hasta que se censan de manejar a cien kilómetros por hora y comiencen a hacerlo a ciento sesenta. Quizás entonces no ocurra mayor número de accidentes; pero aquellos que se produzcan... ¡cataplúm!

—Pero si la gente es más lista —comenzó diciendo Sheila—, sabrá lo suficiente para...

—Lo siento, pero no es así —Mandelbaum movió negativamente la cabeza—. La personalidad básica no cambió, ¿verdad? La gente inteligente ha hecho siempre, de vez en cuando, cosas tontas o equivocadas. Un hombre podría ser un brillante científico, digamos; pero eso no libra de olvidarse de cuidar de su salud, o de conducir temerariamente, o de creer en espiritistas, o...

—O de votar a los demócratas —aseveró Lewis, sonriendo—. Eso es correcto, Felix. Al final, sin duda alguna, tanta inteligencia afectaría la total personalidad; pero ahora mismo no estamos eliminando la debilidad, ignorancia, prejuicio, ofuscamientos o ambiciones de nadie: nos limitamos a darle más poder, energía e inteligencia, para que gocen de ellas; lo que constituye una de las buenas razones por las cuales la civilización se está desmoronando —su voz se había vuelto seca e impersonal—.

Volviendo a donde estábamos, podemos afirmar que el tejido más altamente organizado del mundo es, naturalmente, el cerebro humano, mejor dicho, la sustancia gris o asiento del conocimiento, como quieras llamarlo. Siente el estímulo (o la falta de inhibición, si es cierta la teoría de Pete) más que cualquier otra cosa en la tierra. Su funcionamiento se multiplica fuera de toda proporción en cuanto al resto del organismo. Quizás tú no sepas lo compleja que es la estructura del cerebro humano. Créeme: ante él, el universo entero parece un juguete de niños. ¡Existen muchas más posibilidades de conexiones interneurónicas que átomos hay en el universo entero, siendo el factor algo así como diez elevado a una potencia de varios millones! No debe sorprendernos, pues, que un pequeño cambio en la electroquímica (demasiado tenue para cambiar fundamentalmente el cuerpo humano) pueda alterar la naturaleza total de la mente. Piensa en el efecto de un estupefaciente o del alcohol, y recuerda que este nuevo factor actúa sobre el elemento fundamental de la célula misma. La pregunta realmente interesante es si una función tan sutilmente equilibrada puede sobrevivir o no a un cambio de tal naturaleza.

No había temor alguno en el tono de su voz. Detrás de sus gruesos lentes, sus ojos brillaban con destellos de impersonal excitación. Para él, todo aquello era pura maravilla. Corinth se lo imaginaba moribundo pero tomando todavía anotaciones clínicas mientras la vida se esfumaba ante sus ojos.

—Bien —dijo sombríamente el físico—; lo sabremos bastante pronto.

—¿Cómo pueden estar sentados y hablando de ese modo de un problema como éste? —gritó Sheila horrorizada.

—Mi querida amiga —dijo Helga—, ¿es que acaso supones tú que podamos hacer otra cosa?

## CAPÍTULO V

**A**LGUNOS títulos y subtítulos del *New York Times*, del 30 de junio:

### DESACELÉRASE EL CAMBIO

Nótase declinación, con efectos aparentemente irreversibles.

La Teoría de Rhayader podría explicar los hechos.

\* \* \*

### ANÚNCIASE LA TEORÍA DEL CAMPO UNIFICADO

Anuncia Rhayader una ampliación de las teorías de Einstein. Posibilidad teórica de los viajes interestelares.

\* \* \*

### PODRÍA DIMITIR EL GOBIERNO FEDERAL

El presidente solicita a las autoridades locales emplear toda la prudencia posible.

Uniones obreras de Nueva York, presididas por Mandelbaum, prometen cooperación.

\* \* \*

### REVOLUCIONES EN PAÍSES SOMETIDOS AL COMUNISMO

Declárase la censura de prensa. Extiendense las insurrecciones.

Los revolucionarios podrían haber creado nuevas armas y nuevos conceptos militares.

\* \* \*

### EMPEORA LA CRISIS ECONÓMICA MUNDIAL

Grupos hambrientos se amotinan en París, Dublín, Roma y Hong Kong.

Miles de obreros abandonan sus ta-

reas: embarque casi totalmente paralizado.

\* \* \*

### SE AMOTINAN EN LOS ANGELES LOS FIELES DEL TERCER BAAL

La Guardia Nacional desmoralizada. Fanáticos se apoderan de puntos vitales. Continúan las luchas callejeras.

El Ayuntamiento de Nueva York hace advertencias acerca de las actividades religiosas.

\* \* \*

### UN TIGRE MATA A SU CUIDADOR Y ESCAPA DEL ZOOLOGICO DE BRONX

La policía aconseja al público, una caza organizada.

Consideran las autoridades el problema de matar a todos los animales peligrosos.

\* \* \*

### TÉMENSE NUEVOS DESÓRDENES EN HARLEM

Dice el Jefe de Policía: "Los sucesos de ayer son sólo el comienzo". Parece imposible detener el creciente pánico.

\* \* \*

### ASEGURAN LOS PSIQUIÁTRAS QUE EL HOMBRE HA CAMBIADO "MÁS ALLÁ DE LO CONCEBIBLE"

Declara Kearnes, del *Bellevue*: "Impredecibles resultados de la aceleración nerviosa invalidan viejas teorías y métodos de control. Imposible conjeturar sobre resultados finales".

Al día siguiente no fué publicado el *Times*: no había ya papel de imprenta.

**P**ENSO Brock en lo extraño que era que a él lo dejasen a cargo de la plantación. Pero últimamente habían ocurrido sucesos muy extraños.

Primero se había ido Mr. Rossman. Luego, al día siguiente, Stan Wilmer había sido atacado por los cerdos cuando fué a alimentarlos. Lo habían atacado gruñendo y chillando, hasta quedar el pobre Stan en el suelo, completamente aplastado, y varios de ellos tuvieron que ser muertos a tiros antes de que consiguieran librarlo de sus pezuñas. Entonces, la mayoría de ellos se había escapado rompiendo la valla y consiguiendo luego desaparecer en el monte. Wilmer resultó bastante herido; tuvo que ser llevado al hospital, y juraba que nunca más volvería a la plantación. El mismo día se habían despedido otros dos peones.

Brock estaba demasiado trastornado y absorbido por el cambio que se estaba produciendo en su propio interior, como para preocuparse por esos hechos. De todos modos, no tenía mucho que hacer, puesto que ahora se habían suspendido todos los trabajos excepto los indispensables. Cuidaba los animales, tratando de molestarlos lo menos posible; llevaba siempre una pistola en la cintura, y no tenía más problemas. Joe estaba siempre a su lado. El resto del tiempo lo pasaba sentado, leyendo o pensando.

Dos días después del episodio de los cerdos, lo llamó Bill Bergen. El capataz no parecía haber cambiado mucho, por lo menos en su exterior: seguía igual de alto, con su pelo color arena; perezoso; un perenne mondadientes en los labios, y sus pálidos ojos siempre estrábicos. Pero hablaba más lentamente, y con más cuidado que cuando acostumbraba a hacerlo con Brock... ¿O sólo eran ideas de Brock?

—Bien, Archie —dijo Bill—; Smith acaba de abandonarnos.

Brock se balanceaba de uno a otro pie, mirando el suelo.

—Dijo que deseaba ir a estudiar. No pude disuadirlo —la voz de Bill Bergen pareció animarse un poco—.

¡Qué idiota! Otro mes más, y no habrá ya escuela alguna. De modo que sólo quedamos tú, mi esposa, Coss y yo.

—Bastante pocos —murmuró Brock, por decir algo.

—En caso de necesidad, un solo hombre podría hacer todos los trabajos esenciales —dijo Bergen—. Es una suerte que estemos en verano: los caballos y las vacas pueden permanecer fuera de los galpones, y eso ahorra el trabajo de limpiar los establos.

—¿Y en cuanto a las cosechas?

—Por ahora no hay nada que hacer. De todos modos, ¡al diablo con ellas!

Brock se quedó asombrado. En todos los años que llevaba en aquel lugar, Bergen había sido siempre el más consecuente y trabajador de todos los hombres que había conocido.

—¿Tú también, al igual que el resto de todos nosotros, Archie, te has vuelto más inteligente? —preguntó Bergen—. Me figuro que serás ahora un hombre normal... normal según la antigua escala de valores... pues el cambio no ha terminado todavía. Serás mucho más inteligente en adelante.

El rostro de Brock enrojeció violentamente.

—Lo siento mucho, no he querido ofenderte. Te considero un buen hombre —dijo sentándose y jugueteando con los papeles que tenía sobre su escritorio—. Archie, desde ahora en adelante estás a cargo de todo esto.

—¿Qué?

—Yo también me voy.

—Pero, Bill... tu no puedes...

—Puedo y lo quiero, Archie. —Bergen se levantó—. Tú sabes que mi esposa ha deseado siempre viajar, y yo tengo deseos de meditar acerca de ciertos asuntos. No te preocupes acerca de qué problemas puedan interesarme; es algo que he tratado de resolver durante muchos años, y ahora veo claramente la solución. Tomaremos mi

coche, y nos dirigiremos hacia el oeste.

—Pero... pero Mr. Rossman depende de ti, Bill...

—Yo sospecho que en la vida existen cosas más importantes que este refugio campestre de Mr. Rossman —dijo Bergen apaciblemente—. Tú puedes manejar el establecimiento perfectamente, aun en el caso de que también Coss se aleje.

Todo el temor y la desorientación de Archie se transformaron en desprecio.

—Tienes miedo de los animales, ¿eh?

—Te aseguro que no, Archie. De paso, recuerda siempre que tú eres más inteligente que ellos, y lo que es más importante, que tú tienes manos. Una pistola detiene cualquier cosa. —Bergen caminó hacia la ventana y miró el exterior. Era un día brillante y ventoso. Los rayos del sol rasgaban las movedizas ramas de los árboles—. En realidad —continuó diciendo en el mismo tono suave y remoto—, una granja es un lugar mucho más seguro que cualquier otro que pudiera ocurrírseme. Si los sistemas de producción y distribución se desbaratan, cosa que considero muy posible, tú seguirás teniendo algo de comer. Pero mi esposa y yo ya hemos dejado atrás la juventud. He sido toda mi vida un hombre sobrio, formal, consciente. Y ahora me pregunto el porqué de tanta actividad inútil durante todos estos años perdidos... Bueno, Archie; adiós, y pórtate bien —fue su despedida y su última orden.

**BROCK** salió al jardín, meneando la cabeza y murmuró entre dientes. Joe gemía desconsolado lamiéndole la palma de la mano. El acarició la lustrosa piel del perro y se sentó en una rama, colocando la cabeza entre las manos.

“El problema es —pensó— que, mientras los animales y yo nos vol-

vemos más inteligentes, a todo el mundo le sucede lo mismo. ¡Dios de los cielos!, ¿qué está ocurriendo dentro del cráneo de Bill Bergen?”

Era una idea terrorífica: la velocidad, el alcance y la perspicacia de su inteligencia se volvían repentinamente inhumanas. Y temió pensar en la magnitud que tendría ahora un ser normal...

Sólo que era difícil darse cuenta. Bergen no se había transformado en un Dios; sus ojos no resplandecían; su voz no era vibrante y determinada; no había comenzado a construir grandes maquinarias que rugieran arrojando llamas; era todavía un hombre alto, cargado de hombros, de rostro fatigado, que arrastraba las palabras al pronunciarlas, y nada más. Los árboles eran todavía verdes. Un pájaro cantaba en las ramas de un rosal. Un insecto de color azul descansaba en el brazo del banco.

Brock recordaba vagamente sermones que había escuchado en las pocas veces que fue a la iglesia. El fin del mundo... ¿Iría el cielo a abrirse de par en par, verterían los angeles torrentes de ira sobre la tierra temblorosa, y aparecería Dios a juzgar a los hijos del hombre? Prestó atención para ver si oía apocalípticos cascos galopantes; pero sólo llegó a sus oídos el susurro del viento entre los árboles.

Eso era lo peor: que al cielo nada le importaba. La Tierra continuaba girando a través de las tinieblas y del silencio interminable, y nada significaba lo que sucediese en la delgada y bullente costra que la rodeaba.

A nadie le importaba. No valía la pena.

Brock observó sus desgastados zapatos; luego, sus nervudas manos, que le parecieron extrañas, como las manos de un desconocido.

“¡Dulce Jesús —pensó—, me estará sucediendo a mí todo esto?”

Tomó a Joe por su collar y lo trajo a su lado. Repentinamente sintió necesidad de una mujer, una mujer que lo abrazara, le hablara y lo alejase de la soledad del cielo que parecía ahogarlo.

Se levantó, sintiendo un sudor frío por todo el cuerpo, y caminó hacia la cabaña de los Bergen. Ahora iba a ser suya, supuso.

Coss era un muchacho joven de la ciudad, no muy inteligente, que no había podido encontrar otro empleo. Levantó la vista cansadamente del libro que estaba leyendo cuando Brock entró en el pequeño living.

—Bill acaba de irse —dijo Brock.

—Lo sé. ¿Qué haremos ahora?

Coss estaba asustado e impotente, y deseaba entregar la dirección de las cosas. Bergen tendría que haber previsto esa situación. La sensación de responsabilidad seguía aumentando en Brock.

—Si nos quedamos aquí, estaremos perfectamente bien —dijo Brock—. Esperemos, trabajemos, y nada más.

—Pero los animales...

—Tú tienes un revólver, ¿no? De cualquier manera, ellos saben cuándo llevan las de ganar. De modo que sé cuidadoso; cierra siempre los portones detrás de ti; trátalos bien...

—¡Yo no estoy dispuesto a servir a ningún maldito animal! —dijo Coss, hoscamente.

—¿Conque eso piensas? —Brock se dirigió hacia el refrigerador, y sacó dos vasos de cerveza.

—Mira —añadió Coss—; yo soy más inteligente que tú, y...

—Y yo soy más fuerte que tú. Si no te gusta, puedes irte. Yo me quedo.

Brock entregó un vaso a Coss y llevó el otro a sus labios.

—Oye —dijo luego de un momento—; yo conozco a estos animales. Sólo tienen hábitos. No se alejarán de aquí, porque no conocen otra cosa me-

por y porque nosotros los alimentamos y porque... bueno... porque les han enseñado a respetar al hombre. No hay osos ni lobos en el monte: nada que pueda ocasionarnos un dolor de cabeza, con excepción de los cerdos, quizás. Personalmente, me sentiría mucho más intranquilo en la ciudad.

—¿Por qué motivo?

A pesar de sí mismo, Coss estaba dominado. Dejó su libro y tomó su cerveza. Brock echó una ojeada al título: *Noche de Pasión*, en una edición barata. Coss podría haber adquirido con el cambio una mente más brillante; pero nada de eso había sucedido: no quería molestarse siquiera en pensar.

—La gente... —dijo Brock—, sólo Cristo sabe lo que irá a hacer.

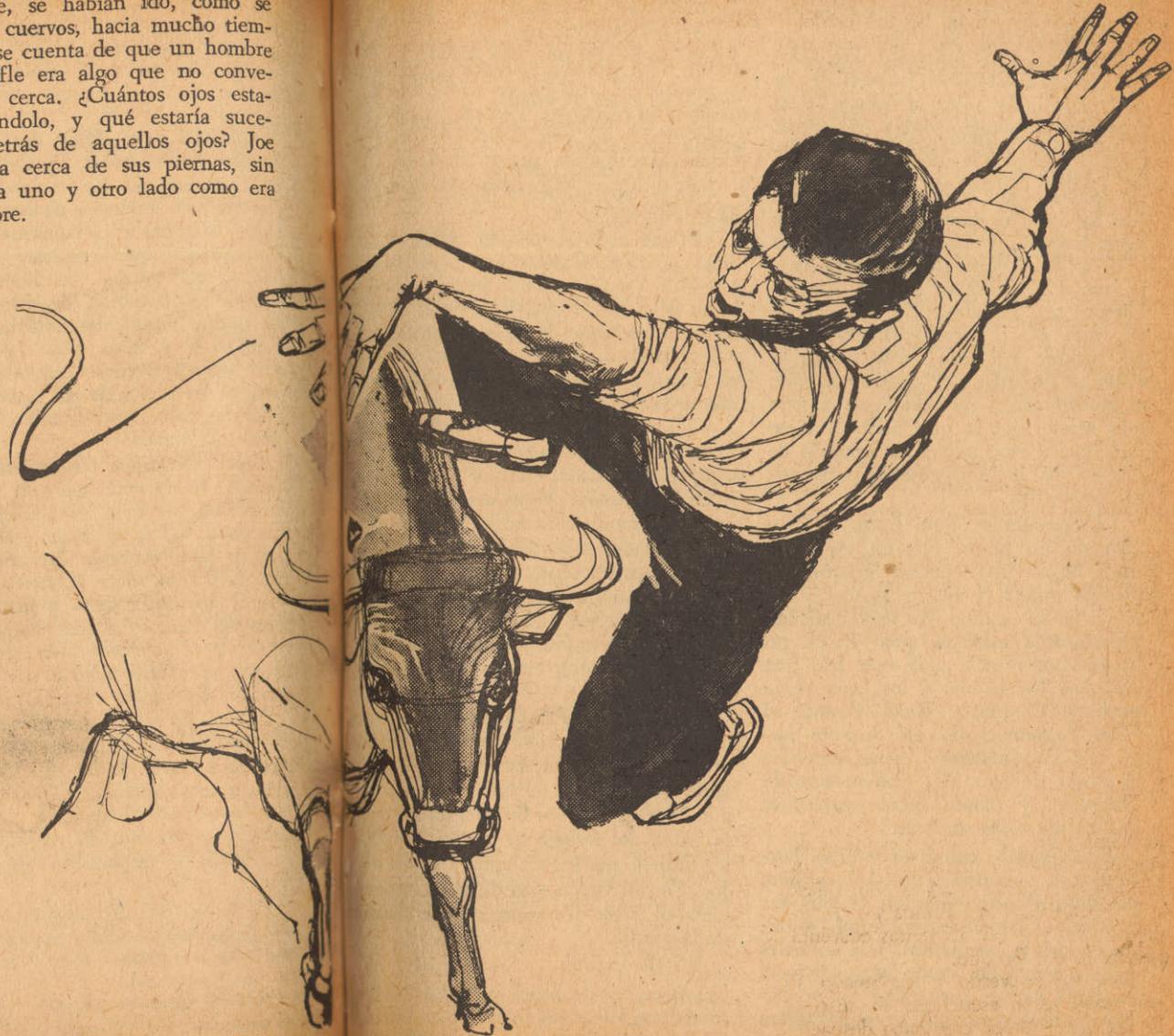
Se dirigió a la radio, la encendió y escuchó la transmisión de un noticioso. Pero no extrajo de él mayores resultados. Hablaban del nuevo poder de las mentes; pero las palabras se enlazaban de una manera que no comprendía bien. La voz parecía temerosa.

Decidió realizar una inspección por el bosque, para ver si podía localizar a los cerdos, y así enterarse de lo que estaban haciendo. Este problema le preocupaba más de lo que quería admitir. Los cerdos habían sido siempre mucho más listos de lo que la gente suponía. Podrían estar ahora pensando en los alimentos guardados en la granja y en que sólo dos hombres eran los encargados de custodiarlos.

A Coss ni siquiera lo invitó a que lo acompañara; se hubiese negado, y de cualquier modo era razonable tener un hombre de guardia en el caserío. Brock y Joe cruzaron la empalizada y se internaron solos por las doscientas cuarenta hectáreas del bosque.

Todo estaba verde y sombreado, y por doquier se escuchaba el susurro de las hojas. Brock caminaba despacio,

con un rifle bajo el brazo, apartando la maleza con habitual desenvoltura. No vio ardillas, aunque de ordinario el bosque estaba lleno de ellas. Probablemente, se habían ido, como se fueron los cuervos, hacia mucho tiempo, dándose cuenta de que un hombre con un rifle era algo que no convenía tener cerca. ¿Cuántos ojos estarían mirándolo, y qué estaría sucediendo detrás de aquellos ojos? Joe permanecía cerca de sus piernas, sin corretear a uno y otro lado como era su estambre.



Una rama, que no había advertido, golpeó con violencia su rostro. Asustado, permaneció quieto por unos instantes. ¿También los árboles comenzaban ahora a pensar? ¿Iría a rebelarse el mundo entero? No, no...

Después de un momento, logró dominarse y continuar impasible su camino, a lo largo de la cañada. Para experimentar aquel cambio, el primer requisito era tener cerebro, y los árboles no lo tenían. También le pareció recordar que cierta vez había oído que los insectos tampoco lo tenían, y mentalmente decidió averiguar más tarde sobre el particular. Era una suerte que Mr. Rossman tuviese una biblioteca tan grande... Y también lo era que él, el propio Brock, fuese un hombre tan cabal, que nunca se excitaba demasiado, y estaba tomando el nuevo orden de cosas con mucho más calma que la que nadie hubiese imaginado: paso a paso, avanzando de día en día lo indispensable para permanecer vivo.

La espesura se abrió frente a él, y apareció un cerdo. Era un viejo verraco negro, una enorme criatura de extraña mirada y que permanecía inmóvil en su camino. Su cara hocicuda parecía una máscara; pero Brock no había visto nunca nada más frío que sus ojos. Joe rumbó y los pelos se le pusieron de punta; Brock levantó el rifle. Permanecieron así durante largo rato, sin moverse. Lanzó entonces el cerdo un gruñido, que parecía de desprecio, y dando media vuelta se deslizó entre las sombras.

Brock sudaba como un pollino. Forzando su voluntad, continuó durante dos horas recorriendo la foresta, pero sin ver nada. Cuando regresó, estaba sumido en mil pensamientos. Los animales habían cambiado, desde luego; pero él no tenía medios para saber cuánto habían cambiado ni cómo se comportarían en el futuro. Quizá igual que antes.

—He estado pensando —dijo Coss, cuando Brock entró a la cabaña— que quizás debiéramos irnos a otra granja. Ralph Martinson necesita ayuda, ahora que sus peones se han ido.

—Yo permaneceré aquí.

Coss le dirigió una fría mirada.

—No deseas volver a ser el retardado mental de antes, ¿verdad?

Brock dió un respingo, pero su respuesta fué calma.

—Llámalo como quieras.

—Yo no voy a quedarme toda mi vida en este lugar.

—Nadie te lo ha pedido. Ahora vamos a ordeñar las vacas; que ya es hora.

—Pero, ¿qué vamos a hacer con la leche de treinta vacas? El camión de la cremería no viene desde hace tres días.

—¡Hum!... Bueno, ya se me ocurrirá algo. Pero ahora no debemos dejar que se le revienten las ubres.

—¿No podríamos...? —murmuró Coss; pero igualmente siguió a su compañero hacia el establo.

Ordeñar treinta vacas era un trabajo bastante grande, aún con el auxilio de dos ordeñadoras. Pero Brock decidió ordeñar completamente a todas las vacas, lo cual requería mucho tiempo, pues, había que hacer el trabajo en forma gradual. Mientras tanto los animales estuvieron inquietos y resultó difícil dominarlos.

Salió del establo; fué a buscar una horqueta; con ella comenzó a tirar heno dentro del corral de las ovejas, que, al igual que siempre, se habían agrupado a la hora del pienso. Se encontraba con la mitad del trabajo ya hecho, fué interrumpido por los violentos ladridos de Joe. Se dió vuelta y vió que se aproximaba al lugar el enorme toro Holstein de la granja.

¡Estaba suelto!

Las manos de Brock se dirigieron de inmediato a la pistola que llevaba en su cintura, y luego de nuevo a la horqueta

que había estado empuñando. Una vieja pistola no era muy útil contra un monstruo como aquel. El toro bramó, pateando el suelo y bajando la cabeza mocha.

—Muy bien, muchacho.— Brock comenzó a dirigirse hacia él, lentamente, mojándose con la lengua los pálidos labios. El furioso latido de su corazón resonaba claramente en sus oídos—. Muy bien; calma, calma; vuelve tranquilito al corral, ¿quieres?

Joe rumbaba, caminando con las patas rígidas junto a su amo. El toro bajó el testuz y embistió.

Brock se afirmó sobre sus piernas. Ante él, el gigante parecía llenar por completo el cielo.

Brock lo hirió bajo la mandíbula. Fué un error (se percató rápidamente), tendría que haberlo herido en los ojos. Sintió un golpe que lo lanzó al suelo, y la horqueta saltó de sus manos. El toro bajó la cabeza, tratando de enganchar a Brock con los cuernos que ya no tenía.

Súbitamente el animal mugió dolorido. Joe se le había acercado por detrás, mordéndole en el lugar conveniente. Giró el toro, rozando con una pezuña el pecho de Brock. Este sacó entonces su pistola y disparó desde el suelo. El toro comenzó a alejarse. Rápidamente, Brock se puso de pie y de un salto se colocó junto a la enorme cabeza. Apoyó la pistola detrás de una oreja y disparó. El animal cayó sobre sus rodillas, Brock le vació entonces el arma en el cerebro; y luego se desplomó desvanecido, junto al toro.

Volvió en sí mientras Coss lo sacudía.

—¿Estás herido, Archie? —Las palabras resonaban inconexas en sus oídos—. ¿Estás herido?

Brock dejó que Coss lo condujese hacia la cabaña. Después de echar un buen trago se sintió mejor y comenzó a palpase el cuerpo.

—Estoy bien —murmuró—. Algunos

magullones y rasguños; pero ningún hueso roto. Estoy bastante bien.

—Esto colma toda medida— las palabras de Coss sonaban más débiles y temblorosas que las de Brock—. Debemos dejar este lugar cuanto antes.

Pero la roja cabeza se movió negativamente.

—No.

—¿Estás loco? ¿Solos, aquí, con todos los animales enbravecidos, y todas las cosas revueltas y dadas a los mil diablos? ¿Estás loco?

—Yo permaneceré aquí.

—¡Pues, yo no! Y estoy casi decidido a obligarte a venir conmigo.

El perro lanzó entonces un gruñido.

—¡Quieto, Joe! —le dijo Brock. Súbitamente, sólo sintió una inmensa latitud—. Si lo deseas, vete, pero déjame aquí. Estaré perfectamente bien.

—Bueno, pero...

—Mañana llevaré a Martinson parte de los animales, si él lo desea. Creo que con el resto podré arreglarme solo.

Coss intentó convencerlo durante largo rato, hasta que abandonó sus propósitos, subió al jeep y se alejó del lugar. Sin saber exactamente por qué, Brock sonrió débilmente.

Fué entonces a inspeccionar el corral del toro. La puerta había sido forzada a golpes. La mitad de la utilidad de todas las empalizadas estribaba siempre en que los animales no sabían la cantidad de empujones que debían dar para forzarlas. Bien; por lo visto habían aprendido ahora.

—Tendré que enterrar este animal con la ayuda de una rasadora —dijo Brock en quien cada vez se volvía más y más una costumbre hablar a Joe en voz alta—. Pero lo haremos mañana. Lo mejor es que ahora cenemos, y luego escucharemos música con un buen libro entre las manos. Supongo que de ahora en adelante estaremos muy solos, Joe.

UNA ciudad era un organismo vivo; pero hasta entonces nunca había apreciado Corinth su intrincado y precario equilibrio. Ahora, desaparecida la estabilidad, Nueva York se deslizaba rápidamente hacia la destrucción y la muerte.

Sólo unos pocos subterráneos permanecían en servicio: un sistema de emergencia manejado por los únicos empleados bastante devotos de sus trabajos como para permanecer en una tarea que se había transformado en monótona y desagradable. Las estaciones estaban vacías y oscuras, llenas de desperdicios. El chirrido de las ruedas alataba apenas la torturante soledad.

Corinth caminó hasta su empleo, a lo largo de calles sucias, cuyo tránsito se había reducido a un fragmento del viejo río humano de ayer.

Recuerdos de apenas cinco días atrás: Los caminos atascados: una barricada de acero de quince kilómetros de longitud, haciendo sonar sus bocinas y gritando hasta que temblaban las más altas ventanas, llenando el aire con los humos de los caños de escape hasta que los hombres se ahogaban. Un pánico ciego: la alborotada multitud, escapando de una ciudad que ellos habían declarado muerta, corriendo a una velocidad promedio de ocho kilómetros por hora. Dos automóviles trabados por sus paragolpes, y sus conductores que bajaban a pelear hasta que sus rostros semejaban máscaras sanguinolentas. Helicópteros de la policía, girando impotentes sobre el lugar, semejantes a moscas monstruosas. Era triste el comprobar que la engrandecida y multiplicada inteligencia humana no había podido calmar un desorden tan animal...

Los que quedaban (probablemente las tres cuartas partes de los habitantes de la ciudad) podían seguir viviendo a duras penas. La gasolina, el agua

y la electricidad estaban racionados a cantidades ínfimas. Todavía llegaban algunos alimentos desde el campo, aunque debía aceptarse cualquier cosa, pagando por ello exorbitancias. Pero todo era como un caldero, bullendo, retumbando y chiflando, hasta llegar a hervir a borbotones.

Recuerdos de apenas tres días atrás: La segunda revuelta en Harlem, cuando el miedo a lo desconocido y el furor por viejas injusticias habían sublevado a la gente, sin otro motivo que el hecho de que la inteligencia no entrenada es incapaz de dominar sus nuevas energías. El lúgubre estrépito de los edificios en llamas, gigantescas llamas rojas balanceándose contra el ventoso cielo de la noche. La interminable luminosidad cual reflejo de la sangre sobre mil rostros oscuros, sobre mil cuerpos mal vestidos que huían despavoridos y luchaban en las calles. Un cuchillo centelleando vivamente para luego clavarse en una garganta humana. Un quebrado alarido entre el rugir del fuego. Un grito al caer una mujer al suelo para luego quedar desformada por cientos de pies que nunca descansaban de huir. Los helicópteros girando y sacudiéndose en la tormenta de un aire sobrecalentado que se elevaba del suelo llameante. Y por la mañana, calles vacías, una niebla de humo acre, un velado sollozo detrás de las ventanas cerradas.

Sí, todavía quedaba una leve apariencia de orden. Sólo que... ¿Cuánto tiempo duraría?

UN hombre andrajoso, con la cara cubierta por la barba desigual de varios días, estaba vociferando en una esquina. Cerca de una docena de personas lo rodeaban, escuchándolo con raro interés. Corinth prestó atención a sus recias y agrias palabras:

—... porque olvidamos los eternos principios de la vida; porque nos dejamos engañar por los científicos; por-

que todos nosotros seguimos las directivas de los superdotados. Nunca olvidéis mis palabras: es sólo la vida lo que interesa delante del gran Unico, en el cual todo es uno, y uno es todo. Escuchadme; yo os traigo las palabras del que ha regresado...

Sintió que la piel se le erizaba, y dió un rápido rodeo alrededor de la esquina. ¿Era un misionero de los cultistas del Tercer Baal? El no lo sabía, ni pensaba detenerse a averiguarlo. Ni siquiera veía un policía ante el cual pudiera denunciar al conferenciante. Si la nueva religión seguía consiguiendo adeptos en la ciudad, sobrevendrían problemas verdaderamente serios. Pero se sintió reconfortado al ver a una mujer entrar en la iglesia católica del barrio.

Un taxi dobló una esquina sobre dos ruedas, rozando un coche allí estacionado, y se perdió de vista en medio del zumbido de su motor. Otro automóvil se arrastraba lentamente calle abajo, con un conductor lívido y temeroso mientras, detrás de él, el pasajero llevaba una escopeta en las manos. Había miedo por doquier. Todos los negocios a ambos lados de la calle estaban cerrados; una pagueña despensa permanecía abierta; pero su propietario llevaba una pistola a la cintura. A la entrada de una casa de departamentos, un hombre de edad estaba sentado leyendo la *Crítica*, de Kant, con tan extraña ansiedad, que parecía ignorar el mundo que lo rodeaba.

—Señor, hace dos días que no como.

Corinth dirigió la mirada hacia la nueva figura que había surgido de una de las callejuelas.

—Lo siento —contestó—. Sólo tengo diez dólares en el bolsillo. Apenas me alcanzarán para una comida, al precio que debemos ahora pagar.

—Por Cristo. No puedo encontrar trabajo...

—Vaya al Ayuntamiento, amigo. Le darán allí un trabajo y se preocuparán EL DESPERTAR DE LAS MENTES

de alimentarlo. Necesitan obreros urgentemente.

El hombre contestó con profundo desprecio en sus palabras:

—¿En esa cuadrilla? ¿Barriendo las calles, cargando basura, transportando alimentos...? ¡Antes preferiría morir-me de hambre!

—Pues muérase de hambre, entonces— le replicó Corinth de mala manera, y continuó su camino lo más rápidamente que pudo. El peso de su revólver, en el bolsillo de la chaqueta, le producía un gran contento. Después de todo lo que había visto, sentía muy poca simpatía por aquella clase de individuos.

Aunque... ¿podía esperarse algo diferente, acaso? Si se analiza un ser humano típico, el obrero de una factoría o el empleado de una oficina, por ejemplo, se hallará que su mente está embotada con una colección de reflejos verbales, que no le ofrece otra perspectiva que la de llenarse el estómago y anestesiarse luego con una película o un aparato de televisión... y por encima de él más y mayores automóviles, plásticos más brillantes y resistentes, avanzando hacia arriba con el Sistema Americano de Vida. Aun antes del cambio, la civilización occidental adolecía de una falacia interna, una concepción involuntaria de que la vida debía abarcar algo más que el efímero "yo"... y el ideal no había estado próximo.

ENTONCES, súbitamente, casi de la noche a la mañana, la inteligencia humana estalló hacia alturas fantásticas. Se abrió ante el hombre un universo completamente nuevo: visiones, realizaciones, pensamientos que bullían espontáneamente en su interior. Vió la miserable insuficiencia de su propia vida, la trivialidad de sus tareas, los angostos e insignificantes límites de sus creencias y convicciones..., y se abandonó.

No todos hicieron lo mismo, naturalmente, ni siquiera la mayoría. Pero una buena cantidad de gente se empeñó en arrojar a un lado la entera estructura de una civilización tecnológica. Si ya no se extraía, por ejemplo, carbón de las minas, los trabajadores del acero no podrían seguir en sus tareas aunque lo desearan. Agreguemos a eso los disturbios causados por emociones extrañas y...

Una mujer desnuda caminaba a lo largo de la calle, con un canasto de hacer compras en sus brazos. Corinth imaginó que se había propuesto pensar por sí misma y que, considerando ridículo llevar ropas en verano, había aprovechado que la policía tenía otras preocupaciones mayores. El hecho en sí no le ofendió en lo más mínimo, pero un escalofrío le corrió por todo el cuerpo al considerarlo como síntoma de cosas por venir. Cualquier sociedad se fundaba necesariamente en cierto número de reglas y restricciones más o menos arbitrarias.

Demasiada gente se había dado cuenta súbitamente de que las leyes eran arbitrarias, sin significado intrínseco, y había procedido a violar todas aquellas que no eran de su agrado.

Un hombre joven estaba sentado en el umbral de una puerta, con los brazos cerrados alrededor de las piernas, el mentón apoyado en las rodillas, balanceándose de atrás hacia adelante, lloriqueando blandamente. Corinth se detuvo.

—¿Te pasa algo malo?— le preguntó.

—Miedo—, los ojos estaban opacos y húmedos—. De pronto me he dado cuenta de ello. Estoy solo.

La mente de Corinth saltó anteponiéndose a las palabras que pensaba decir, y se dedicó a escuchar las siguientes palabras del joven, confusas y llenas de pánico:

—Todo lo que conozco, todo lo que soy, está aquí en mi mente. Todo existe

para mí en la forma que yo conozco. Y algún día he de morir—. Algún día vendrá la oscuridad total, yo no existiré... ¡nada existirá! Tú podrás existir todavía, para ti... aunque ¿cómo podría yo saber que tú no eres, sino un sueño mío?... Pero nada existirá para mí: nada, nada. Yo ni siquiera habré existido nunca.— débiles lágrimas se deslizaron de sus ojos, y Corinth continuó su camino.

Locura... sí, y mucho tenía que ver con el colapso experimentado. Debía de haber millones de seres que no fueron capaces de aguantar esa repentina amplitud y agudeza de entendimiento.

No habrían podido manejar su nuevo poder mental, y por esa razón muchos se habían vuelto locos.

Se estremeció a pesar del aire todavía tibio.

EL instituto era como un paraíso. Cuando Corinth entró, el guardia estaba sentado en la puerta, con una ametralladora liviana a un costado de la silla, y un texto de química en las manos. Con expresión serena, alzó el rostro para mirar a Corinth.

—Hola.

—¿Algún problema, Jim?

—Todavía no. Pero uno nunca puede estar seguro, con tantos merodeadores y fanáticos sueltos.

Corinth asintió con la cabeza, sintiéndose más tranquilo. Existían todavía hombres cuerdos que no se iban correteando detrás de estrellas percibidas de repente, sino que se dedicaban serenamente a los trabajos más inmediatos.

A cargo del ascensor estaba un niño de siete años de edad, hijo de uno de los hombres del Instituto; trabajaba allí porque las escuelas estaban cerradas.

—Hola, señor —saludó alegremente—. Lo estaba esperando. ¿Cómo ha

hecho Maxwell para resolver sus ecuaciones?

—¿Qué? —los ojos de Corinth bajaron hasta el libro colocado sobre el asiento—. ¡Oh!, estabas estudiando radio, ¿no se cierto? Pero creo que Cadogan es un poquito difícil para empezar. Creo que deberías antes leer...

—Estuve viendo algunos diagramas de circuitos, Mr. Corinth. Quisiera saber cómo funcionan, pues en su libro, Cadogan sólo da las ecuaciones.

Corinth le aconsejó consultar un libro sobre cálculo de vectores.

—Cuando lo hayas comprendido bien, ven a verme —dijo sonriendo. Seguía sonriendo todavía cuando salió del ascensor en el séptimo piso; pero su sonrisa se fué esfumando mientras caminaba a lo largo del corredor.

Lewis estaba en el laboratorio, espelandolo.

—Tarde —gruñó a modo de saludo.

—Sheila —replicó Corinth.

La conversación se estaba transformando allí rápidamente en un nuevo lenguaje. Cuando una mente posee cuádruple capacidad, una sola palabra, el gesto de una mano, el fluctuar de una expresión, puede dar a entender (a alguien que conozca nuestra manera de ser y pensar) mucho más que párrafos enteros de la más pura gramática.

—Llegas tarde esta mañana —era lo que Lewis quiso significar con sus palabras—. ¿Has tenido algún problema?

—Estoy retrasado por causa de Sheila —le había contestado Corinth—. No se encuentra muy bien con todo lo que está pasando, Nat. Estoy muy preocupado por ella. Sólo que... ¿qué puedo hacer? He dejado de comprender la psicología humana; ha cambiado demasiado y muy aprisa. Ya nadie entiende nada. Todos nos estamos volviendo extraños para los demás, y para nosotros mismos... ¡Es aterrador!

El pesado cuerpo de Lewis se movió hacia adelante.

—Vamos. Rossman está aquí y desea conferenciar con todos nosotros.

Se fueron por el corredor, dejando a Johansson y a Grunewald sumergidos en sus tareas; midiendo las constantes de la naturaleza, que habían cambiado; recalibrando instrumentos; realizando toda la enorme labor básica de la ciencia, otra vez y desde sus comienzos.

En todo el edificio, los otros departamentos planeaban nuevos estudios que alteraban sus propias disciplinas. Hombres dedicados a la cibernética, la química, la biología, y sobre todo a la psicología, robaban horas al sueño tratando de realizar el inmenso trabajo a que se hallaban abocados.

TODOS los jefes de departamento se encontraban reunidos alrededor de una larga mesa situada en la sala de conferencias. Rossman estaba sentado a la cabecera, alto y delgado, blancos los cabellos, inmóviles las austeras facciones. Helga Armulfsen estaba a su derecha; Félix Mandelbaum, a su izquierda. Por un instante, Corinth se preguntó qué estaba haciendo allí el organizador obrero; luego, cayó en que debía estar representando al gobierno de emergencia de la ciudad.

—Buenos días, caballeros —Rossman se comportaba con la etiqueta más formal de la cortesía eduardiana, que hubiese sido risible de no ser el claro y desesperado esfuerzo de persistir en algo real y conocido—. Siéntese, por favor.

Parecía que al fin estaban todos reunidos, pues Rossman fué directamente al asunto:

—Acabo de regresar de Washington. He querido reunirme con todos ustedes porque creo que un intercambio de ideas e informaciones es de inmediata urgencia. Ustedes se sentirán mejor sabiendo que yo puedo proporcionarles un panorama general de la situación, y ciertamente que yo también me sentiré más tranquilo escuchando la explicación

científica de sus conclusiones. Juntos, seremos capaces de planificar inteligentemente.

—Por lo que toca a las conclusiones, —dijo Lewis— en el Instituto estamos todos de acuerdo en que la teoría del Dr. Corinth es la correcta. Ella supone un campo de fuerza de carácter electromagnético en parte, generado por acción giromagnética en el interior de un núcleo atómico, cerca del centro de la Galaxia. Irradia hacia afuera un cono, el cual, al alcanzar nuestra sección del espacio, tiene un diámetro de muchos años luz. Sus efectos han sido inhibir ciertos procesos electromagnéticos y electroquímicos, entre los cuales se destacan prominentemente el funcionamiento de ciertos tipos de neuronas. Suponemos que el Sistema Solar, al recorrer su órbita alrededor del centro galáctico, entró en este campo de fuerza hace muchos millones de años: poco después del período cretáceo. Sin ninguna duda que muchas especies de esa época han desaparecido. Sin embargo, la vida en sí ha sobrevivido; los sistemas nerviosos se adaptaron, y compensaron las fuerzas inhibitorias, en un esfuerzo lento que superó su eficiencia. En resumen: todas las formas de vida de hoy en día son (o eran inmediatamente antes del cambio) casi tan inteligentes como hubieran podido ser, de todos modos.

—Comprendo —asintió Rossman—. Y entonces el sol y sus planetas se apartaron del campo de fuerza.

—Sí. El campo debe de tener un límite bastante preciso, como todas las cosas en astronomía, puesto que el cambio ha tenido lugar en pocos días. El borde del campo (desde la región de mayor intensidad a la región de efecto nulo) quizás tiene sólo unos dieciséis millones de kilómetros de ancho. Ahora estamos definitivamente fuera de él; las constantes físicas han permanecido estables durante varios días.

—Pero nuestras mentes no se han estabilizado —dijo Mandelbaum fríamente.

—Lo sé —interrumpió Lewis—. Dentro de un minuto hablaremos de eso. El efecto general en la Tierra, saliendo de dicho campo inhibitor, fué naturalmente un repentino ascenso de la inteligencia de todas las formas vivas que poseían cerebro. Súbitamente había desaparecido la fuerza amortiguadora a la cual estaban ajustados todos los organismos vivos. Naturalmente, la falta de esa fuerza había producido un enorme desequilibrio. Los sistemas nerviosos tendieron a acelerarse, para estabilizarse y funcionar al nuevo nivel; por esa razón, todo el mundo se sintió al principio extremadamente excitado y temeroso. El trazado físico de la mente se adapta a una velocidad (o mejor dicho, a un juego de velocidades) de señales entre las neuronas; ahora, de súbito, esa velocidad aumenta mientras la estructura física permanece constante. La consecuencia es una sola: nos llevará buen tiempo acostumbrarnos a este nuevo estado de cosas.

—¿Por qué no nos hemos muerto? —preguntó Grahovitch, el químico—. Yo hubiera pensado, en tales circunstancias, que nuestro corazón y demás órganos comenzarían a trabajar desenfrenadamente.

—El sistema nervioso autónomo ha sido afectado en muy poco —dijo Lewis—. Parece ser un asunto de tipo celular; hay diferentes clases de células nerviosas, como usted sabrá, y aparentemente sólo las de la corteza cerebral han reaccionado notoriamente con el cambio. Aun allí, el incremento de actividad no ha sido muy grande (el coeficiente es pequeño); pero los procesos desarrollados en la conciencia son tan sensitivos que se ha originado una asombrosa diferencia en el campo de lo que llamamos pensamiento.

—Pero... ¿sobreviviremos a todo esto?

—Por supuesto. Estoy seguro de que no derivará en daño psicológico alguno... Para la mayoría de la gente, por supuesto. Algunos enloquecerán, como es de prever, pero con toda probabilidad más por razones psicológicas que históricas.

—Y... ¿volveremos a entrar en otro campo de fuerza por el estilo? —inquirió Rossman.

—Difícilmente —contestó Corinth—. Basándose en razones teóricas, estoy completamente convencido de que sólo existe uno, a lo sumo, en cada Galaxia. Y puesto que el Sol necesita algo así como trescientos veinte millones de años para completar su órbita alrededor de su centro galáctico..., bien, tendremos que esperar más de la mitad de ese período, antes de comenzar a preocuparnos de que nuestro cerebro vuelva a trastornarse.

—Comprendo, comprendo... caballeros. Muchísimas gracias —Rossman se inclinó hacia adelante, entrecruzando sus delgados dedos—. Ahora, en cuanto a lo que yo he podido averiguar, temo que no sea mucho, y que ese poco sea malo. Wáshington es un manicomio. Muchos hombres que desempeñaban altos cargos han dejado sus puestos; parece que en la vida hay cosas más importantes que administrar tales y cuales leyes públicas y . . .

—Mucho me temo que tengan razón —sonrió Lewis sardónicamente.

—Sin duda alguna. Pero enfrentemos el problema, caballeros; por poco que

nos guste el presente sistema, no podemos descartarlo de la noche a la mañana.

—¿Qué noticias del exterior conoce? —preguntó Weller, el matemático—. ¿Qué pasa en Rusia?

—Estaremos completamente indefensos contra un ataque armado —dijo Rossman—; pero lo que ha quedado de nuestra inteligencia militar nos indica que la dictadura soviética está enfrentando también sus propios problemas. Lo primero es lo inmediato, caballeros. Debemos preocuparnos por nuestra propia bancarrota. Día a día está Wáshington más indefenso: cada vez es menos la gente que escucha las órdenes del presidente, ni siquiera sus ruegos; disminuyen las fuerzas a su disposición. En muchas zonas se ha declarado la ley marcial; pero cualquier tentativa de hacerla efectiva sólo significaría marchar a una guerra civil. La reorganización tendrá que llevarse a cabo por medio de grupos locales. En esencia, estas son las noticias que he traído.

—Aquí en Nueva York hemos estado trabajando en ese asunto —dijo Mandelbaum. Parecía cansado, agotado por completo debido a los días y noches de interminables esfuerzos—. Yo he conseguido que las uniones de obreros estén de acuerdo. Haremos los arreglos necesarios para que sea posible traer y distribuir alimentos, y esperamos llegar a formar una milicia voluntaria para mantener algo que podría llamarse orden. Se volvió hacia Rossman—. Usted es un organizador muy capaz. Sus otros negocios (sus comercios y fábricas) se están desmoronando, y aquí hay

### Rompehielos atómico

EN Rusia se está construyendo un rompehielos movido por energía atómica, que podrá permanecer dos o tres años navegando sin reabastecerse de combustible.

un trabajo que debe ser encarado sin demoras. ¿Podría usted ayudarnos?

—Naturalmente que sí —asintió Rossmann—. En cuanto al Instituto...

—Seguirá funcionando. Debemos averiguar qué es exactamente lo que ha sucedido y qué podemos esperar en un futuro inmediato. Debemos desarrollar y perfeccionar, de inmediato, miles de posibilidades.

La conversación giró en torno a detalles de organización. Corinth tuvo muy poco que decir. Estaba muy preocupado por Sheila, que, la noche anterior, se había despertado gritando desahoradamente.

## CAPÍTULO VII

**W**ATO el médico brujo, se encontraba escribiendo números sobre el suelo polvoriento, a la entrada de su choza de paja, y murmurando entre dientes. M'Wanzi le oyó en medio del rechinar de las armas y las graves voces de los tambores, mientras altos guerreros iban y venían:

—La ley de semejanza, por la cual una misma causa produce un mismo efecto, equivale a la fórmula mágica *ye o no ye*, con lo que se demuestra que esta fórmula obedece también a la regla de la casualidad universal.

M'Wanzi le dirigió una socarrona mirada mientras cruzaba por el lugar dando largas zancadas. Dejemos que el anciano construya sus polvorientos sueños, si es que así lo desea. El rifle que colgaba de su hombro era una sólida realidad, más que suficiente para él. Y serían cañones y no magias las que le permitirían realizar un viejo deseo.

¡La libertad de los negros! ¡Rechazar a los opresores blancos hasta más allá de los mares! Desde su juventud, desde los días de horror en la plantación había vivido para eso. Pero sólo ahora...

Bien, él no se había asustado como los demás por lo que estaba sucediendo

en su alma. Se había apoderado de esta facultad mental con pronta y enorme alegría, y su voluntad había dominado tribus enteras medio enloquecidas de miedo, listas a seguir a cualquiera que las condujese. En miles de kilómetros, desde las junglas del Congo hasta las tierras abiertas del Sur, hombres atormentados, avasallados y castigados levantaban sus consumidos rostros al escuchar el mensaje que venía en el aire. Ahora era el momento de golpear, antes de que el hombre blanco hubiese recobrado sus fuerzas. Los planes estaban listos, grabados en el alma de M'Wanzi, el Elefante; la campaña había sido planeada en pocos días; el astuto lenguaje había conquistado a los jefes de cientos de grupos dispersos; el ejército comenzaba a tomar vida; ¡había llegado la hora de ser libres!

Los tambores clamaban a su alrededor mientras él se dirigía hacia la jungla. A través de un cañaveral se introdujo en las oscuras y espesas sombras de la floresta. Otra sombra descendió de las altas ramas, corrió sobre la superficie y grotescamente esperó frente a él. Ojos castaños e inteligentes lo miraron con innata melancolía.

—Vendrán pronto —dijo el simio.

Esta había sido la gran intuición de M'Wanzi. Todo el resto, la organización, los planes de la campaña, todo perdía importancia frente a esta realidad: si el alma de los hombres se había transformado de repente en algo inmensamente grande, el alma de los animales también debía de haberse transformado. Sus conjeturas fueron confirmadas con los terroríficos rumores circulantes acerca de que elefantes de astucia demoníaca habían hecho incursiones sobre algunas granjas; pero cuando estas noticias llegaron, M'Wanzi ya se encontraba elaborando, con un chimpancé capturado, un lenguaje común de gruñidos y chasquidos de lengua. Los simios no habían sido nunca mucho menos

inteligentes que el hombre, sospechaba M'Wanzi. Y hoy día podía ofrecerles, a cambio de su ayuda, más de lo que parecía a simple vista. ¿No eran ellos también africanos, después de todo?

—Hermano de la floresta vaya y diga a su gente que ha llegado el momento.

—No todos desean estas cosas, hermano de los prados. Primero deben ser vapuleados, como nosotros; sólo después lo desearán. Eso lleva tiempo.

—Muy poco tiempo tenemos. Usa los tambores, como yo te he enseñado. Envía las palabras a través de los llanos y los montes, reúne a los convocados en los lugares convenidos.

—Será como tú lo deseas. Cuando salga la próxima luna llena, los hijos de la floresta estarán allí, armados con cuchillos, cerbatanas y venablos, como indicaste.

—Hermano de la floresta, has halagado y alegrado mi corazón. La buena suerte te acompañe al llevar la noticia.

El simio se volvió y ágilmente saltó a un árbol. Bajo un perdido rayo de sol centelló el portafusil que llevaba a cuestas.

**C**ORINTH suspiró, bostezó, y luego se levantó de su escritorio guardando sus papeles. No dijo nada en voz alta; pero, para sus asistentes, inclinados sobre algunos aparatos de prueba, el significado estaba claro: "Al diablo con ello. Estoy demasiado cansado como para pensar correctamente. Me voy a casar".

Johansson hizo un gesto con las manos, más significativo que si hubiese dicho: "Piense que yo estaré aquí bastante todavía, jefe. Este aparato está tomando forma rápidamente". Grunewald agregó un gesto de asentimiento.

Corinth buscó automáticamente un cigarrillo; pero su paquete estaba vacío. No era muy fácil conseguir tabaco en aquella época. Tenía la esperanza de

que pronto volvería el mundo a trabajar como otrora, pero día a día esa posibilidad parecía más remota. ¿Qué sucedía fuera de la ciudad? Unas pocas estaciones de radio, profesionales y de aficionados, mantenían todavía una débil red de comunicaciones a través de Europa occidental, las Américas y Oceanía; pero el resto del planeta parecía sumido en la oscuridad... Algún informe ocasional de violencia como relámpago en la noche, y luego nada más.

Mandebaum le había advertido ayer que estuviere preparado. Misioneros del Tercer Baal habían entrado en la ciudad a pesar de todas las precauciones tomadas, y estaban consiguiendo adeptos a diestra y siniestra. La nueva religión parecía ser completamente orgiástica, con un sanguinario aborrecimiento por la lógica, la ciencia y el raciocinio de cualquier índole. Y era de suponer que se producirían dificultades.

Corinth atravesó por pasadizos que parecían verdaderos túneles casi en tinieblas. Debían ahorrar electricidad. Sólo unas pocas estaciones de energía operaban todavía, servidas y vigiladas por voluntarios. El servicio de ascensos terminaba al anochecer; por consiguiente, Corinth descendió los siete pisos que lo separaban de la planta baja. La soledad le oprimía, y cuando vió luz en la oficina de Helga, hizo una pausa, pensó, y entonces golpeó.

—Adelante.

Abrió la puerta. Ella estaba sentada detrás de un escritorio lleno de papeles, escribiendo algo que parecía ser un manifiesto. A Corinth le eran extraños los símbolos que ella usaba, probablemente de propia invención y más eficientes que los convencionales. Todavía parecía elegante, aunque un profundo cansancio se notaba en sus ojos.

—Hola, Peter —dijo con sonrisa cansada, pero cariñosa—. ¿Cómo andas?

Corinth habló dos palabras y gesticuló tres ademanes; y Helga los coordinó

convenientemente, por lógica y por conocer bien los viejos hábitos de Peter: ("¡Oh!... muy bien. Pero tú... Creías que Félix te había elegido a fin de que lo ayudarás a dar forma al nuevo gobierno.")

"Y lo ayudó", le dió ella a entender. "Pero aquí me siento como en mi casa, y creo que es un buen lugar para realizar mis trabajos. De paso, ¿a quién le has dado mi antiguo puesto?"

"Bill Saunders... de diez años de edad, pero un chico muy despierto. Podría ser que consiguiésemos un deficiente mental. El esfuerzo físico podría ser demasiado para el niño.")

"Lo dudo. En realidad, no hay mucho que hacer. Todos ustedes han colaborado muy afablemente desde el cambio... ¿a diferencia del resto del mundo!"

"No creo que sea muy seguro el que vengas desde un lugar tan lejano como es donde habitas—Corinth se balanceó torpemente sobre sus pies—. Mira, déjame acompañarte a tu casa.

"No es necesario. —Ella habló con cierta amargura en el tono de su voz, y Corinth se dió cuenta de que lo amaba todavía.

Y todos nuestros sentimientos se han intensificado. Hasta hoy, nunca había advertido cómo se vincula la vida emocional de un hombre con su cerebro; con cuánta más hondura siente que cualquier otro animal.

—Siéntate —invitó ella, recostándose en su butaca—. Descansa un ratito.

Peter sonrió cansadamente, dejándose caer en una silla. Me gustaría tomar una cerveza —murmuró. ("Sería como en los viejos tiempos.")

—Los viejos tiempos... la inocencia perdida. Siempre lo lamentaremos, ¿verdad? Siempre reflexionaremos sobre nuestra pasada ceguera con un ansioso deseo que la nueva generación simplemente no sería capaz de entender —con el puño cerrado, Helga golpeó muy

suavemente la tapa de su escritorio. La luz fulguraba en sus áureos cabellos—. ¿Cómo andan tus trabajos? —preguntó luego de una larga pausa. El silencio parecía susurrar alrededor de ambos.

—Bastante bien. Me he mantenido en contacto con Rhayader, en Inglaterra, por medio de onda corta. Siguen todos vivos, pero lo están pasando bastante mal. Algunos de sus bioquímicos están trabajando con fermentos, y han obtenido muy buenos resultados. Para fin de año esperan poder alimentarse adecuadamente, aunque el paladar no apruebe todo lo que tendrán que ingerir; pues están construyendo plantas de alimentos sintéticos. Rhayader me ha suministrado cierta información que afianza la teoría del campo inhibitorio; sobre todo en cuanto a cómo se ha originado. Ya he puesto a Johansson y Grunewald a trabajar en un aparato que generará en menor escala un campo similar. Si tienen éxito, sabremos que nuestra hipótesis es probablemente cierta. Entonces, Nat podrá usar el aparato para estudiar en detalle los efectos biológicos. En cuanto a mí, voy a desarrollar la teoría de los mecanismos generales de la relatividad de los cuantos, formulada por Rhayader, aplicando, para ayudarme, una nueva variación de la teoría de las comunicaciones.

—¿Qué propósito tienes, además de curiosidad?

—Uno completamente práctico, te lo aseguro. Podríamos encontrar una manera de generar energía atómica de cualquier material sobrante, por la desintegración directa del núcleo, puedes imaginarte lo que eso significará: no más problemas de combustibles. Podríamos encontrar también una manera de viajar a mayor velocidad que la luz. Las estrellas...

—Nuevos mundos... O podríamos retornar al campo inhibitorio... ¿por qué no?... otra vez a ser tontos. Qui-

zás seríamos así más felices. No, no; me doy cuenta de que no podrías volver de nuevo a tu casa —Helga abrió un armario y sacó un arrugado paquete de cigarrillos—. ¿Fumas?

—¡Angel! ¿Cómo te has arreglado para conseguirlos?

—Tengo mis métodos— Encendió un fósforo, dió fuego al cigarrillo de Peter y luego al suyo propio—. Eficiente, ¿eh?

Por un rato fumaron en completo silencio; pero entre ambos, como pálida y vacilante llama, estaba el pensamiento que cada uno conocía del otro.

—Es mejor que me permitas que te acompañe a tu casa —dijo Corinth—. No es nada seguro andar por afuera. Las hordas del profeta...

—Aceptado —dijo ella—; aunque yo tengo coche y tú no... Tendrás que caminar al regreso.

—De tu casa a la mía sólo hay unas pocas cuadras, y en un distrito tranquilo.

Dado que era imposible por el momento patrullar toda la ciudad ya casi desfalleciente, el gobierno había concentrado su vigilancia en ciertas calles y barrios claves.

Corinth se sacó sus anteojos, y se frotó los ojos.

—Realmente no lo comprendo —dijo—. Las relaciones humanas no han sido nunca mi punto fuerte, y aun ahora no puedo entender completamente... Bien, ¿por qué este repentino brote de inteligencia ha devuelto a tantos seres humanos a su estado animal? ¿Por qué no pueden ver...?

—Porque no lo desean —Helga aspiró profundamente su cigarrillo—. Dejando por completo a un lado a aquellos que se han vuelto locos que constituyen un factor muy importante, resta la necesidad de no sólo tener algo con qué pensar. Tenemos el caso de millones... de cientos de millones, de personas que nunca en su vida han tenido una idea original, y que repenti-

amente se encuentran con el cerebro a toda marcha. Comienzan a pensar, pero... ¿con qué bases? Todavía retienen las viejas supersticiones, prejuicios, odios, temores y ansiedades; y la mayor parte de su nueva energía mental se dedica a elaborar razonamientos sobre esa base. Es entonces cuando alguien como el Tercer Baal aparece y ofrece un calmante a la gente asustada y confundida los convencé de que está bien arrojar a un lado su terrible carga de reflexiones y olvidarse de ellos mismos en una orgía emocional. Pero no durará mucho, Peter, aunque la transición es dura.

—Sí... ¡hum!..., debo lograr un C. I. más o menos de 500 (tenga o no significado real) para apreciar lo poco que, después de todo, cuentan las mentes de escaso desarrollo.

—Corinth sonrió y apagó su cigarrillo en un cenicero.

Helga arregló sus papeles y los colocó en un armario.

—¿Vamos?

—Creo que ya es hora. Es cerca de medianoche, y temo que Sheila esté preocupada.

Salieron caminando por la desierta entrada, pasaron frente al guarda y llegaron a la calle. Un foco solitario derramaba su triste manto luminoso sobre el auto de Helga. Tomó ella el volante, y ronroneando suavemente comenzó el coche a deslizarse a lo largo de la avenida sumida en la noche.

—Desearía... —expresó con voz débil—, desearía estar fuera de todo esto muy lejos; en algún lugar donde haya montañas.

Corinth asintió, súbitamente angustiado por su propia necesidad de cielo abierto y noche limpia con luz de estrellas.

LA muchedumbre se echó sobre ellos tan de improviso que no tuvieron tiempo de escapar. Un momento antes, estaban rodando a lo largo de

una calle vacía entre paredes ciegas. Ahora el suelo parecía vomitar hombres. Llegaron en tropel desde calles laterales; en silencio, salvo un leve susurro de voces y el arrastrar de miles de pies. Unas pocas luces se reflejaban en sus ojos y sus dientes. Helga frenó de golpe, mientras la chusma se colocaba delante de ellos impidiéndoles el paso.

—¡Mueran los científicos!

La amenaza pendía como tempestuosa nube, era un grito tembloroso que se transformaba en profundo clamor. La marea viviente fluía alrededor del coche velada por las sombras. Corinth sintió en sus oídos los alientos cálidos y roncós.

*¡Romped sus huesos, quemad sus*

*hogares, tomad sus mujeres, hijos del pecado; derribad a los falsos y abrid las puertas; abridlas y dejad entrar al Tercer Baal!*

Una lengua de fuego se deslizó detrás de los altos edificios: algo estaba en llamas. La luz era como sangre sobre la chorreante cabeza que alguien había levantado en el extremo de una asta.

Debían de haber roto la línea de las patrullas, pensó Corinth, debían de haber irrumpido en esta zona protegida, a fin de devastarla antes de que llegaran refuerzos.

Un rostro sucio, barbudo y maloliente se asomó por la ventanilla de Helga.

—¡Una mujer! ¡Encontré aquí una mujer!

Corinth sacó la pistola del bolsillo de su chaqueta y disparó. Por un breve instante, tuvo la sensación del retroceso y estampido del arma, y la picadura de los granos de pólvora en su piel. El rostro permaneció allí un segundo que parecía eterno, disuelto en sangre y huesos rotos. Lentamente se fué desplomando, y la chusma prorrumpió en alaridos. El coche se bamboleaba bajo el impulso de los empujones.

Corinth se afianzó fuertemente en su

asiento, apoyándose contra su propia puerta y manteniéndola abierta contra la presión creciente de los cuerpos. Alguien lo tomó violentamente de los pies mientras se trepaba al capot. Lanzó una fuerte patada, sintiendo que su zapato chocaba contra algunos dientes humanos, y consiguió ponerse de pie. Las llamas del incendio le hicieron arder la cara. Se había sacado los anteojos sin pensar por qué era peligroso que lo vieran usándolos. El fuego y la multitud y los edificios semejaban ahora sólo trazos borrosos.

—¡Escuchadme! —gritó—. Escuchadme, siervos de Baal.

Pasó junto a él un proyectil zumbando como un moscardón; pero no era el momento de sentir miedo.— ¡Escuchad la voz del Tercer Baal!

—¡Déjenlo hablar! —se oyó vociferar en algún lugar de aquel inhumano río de sombras—. Escuchemos su palabra.

—¡Relámpagos y truenos y lluvias de bombas! —gritó Corinth—. Comed, bebed, sed felices, porque el fin del mundo está cerca. ¿No oís acaso que nuestro planeta se está despedazando bajo nuestros pies? ... Los científicos han disparado la gran bomba atómica. Debemos destruirlos antes de que el mundo estalle como fruta podrida. ¿Estáis vosotros de nuestra parte?

La multitud se detuvo, murmurando, arrastrando sus pies, sorprendido por lo sucedido. Corinth continuó, delirante, casi sin darse cuenta de lo que estaba diciendo.

—¡Saquead y matad a las mujeres! ¡Destruíd las puertas de los expendios de bebidas! Quemad (el fuego purifica), quemad a los científicos que han disparado la bomba atómica. ¡Por aquí, ellos se esconden! ¡Seguidme!

—¡A matarlos! A matarlos! —el griterío crecía de continuo, enorme y obscuro entre las empinadas paredes de Man-

hattan. La cabeza en el extremo del asta se bamboleaba locamente, y la luz del incendio parecía dar movimiento a sus dientes.

—¡Hacia allá! —Corinth saltaba sobre el capot, señalando hacia Brooklyn—. ¡Allá se esconden, siervos de Baal! Con mis propios ojos he visto la gran bomba atómica, y sabía que el fin del mundo se acercaba. El Tercer Baal en persona me ha enviado a que los conduzca. ¡Que su luz me quite la vida ahora mismo si no estoy diciendo la verdad!

Helga hizo sonar la bocina, y su prolongado eco pareció excitarlos hasta llegar al frenesí. Algunos comenzaron a brincar como cabras, y pronto los siguieron los demás, hasta que toda la multitud danzaba en la calle.

Corinth se bajó de su improvisada tribuna, temblando descontroladamente.

—¡Síguelos —musitó—. Si no los seguimos, podrían sospechar.

—Por supuesto, Peter—. Helga lo ayudó a entrar al coche y siguió la ruta de la multitud. Los faros de su coche iluminaban las espaldas de la chusma. Una y otra vez tocó la bocina para excitarlos.

Hubo entonces un zumbido que provenía de lo alto. La respiración de Corinth silbaba a través de sus dientes.

—¡Vayámonos ahora! —murmuró.

Helga asintió, viró en redondo sobre la misma calle y salió rápidamente en dirección opuesta.

Detrás de ellos, la multitud se desparamó mientras los helicópteros de la policía le lanzaban gases lagrimógenos.

Luego de un largo silencio, Helga detuvo el auto frente a la casa de Corinth.

—Hemos llegado —dijo.

—Pero te había dicho que te acompañaría hasta tu casa —protestó Corinth débilmente.

—Yo lo has hecho. Y también detuve a esas criaturas, evitando que hi-

cieran daño, tanto al distrito como a nosotros mismos—. La débil luz no permitió que su sonrisa fuese notada, pero era una sonrisa vacilante, y había lágrimas en sus ojos—. Has estado maravilloso, Peter. Francamente no creí que pudieses hacerlo.

—Yo tampoco —dijo él bruscamente.

—Quizás te equivocaste de profesión. Me han dicho que pagan más por predicar que por... —se quedó callada unos instantes—. Bien, buenas noches.

—Buenas noches —contestó Peter.

Ella se inclinó hacia adelante, con los labios abiertos como si hubiese querido decir algo. Pero luego los cerró con fuerza, moviendo negativamente la cabeza. El ruido de la puerta al cerrarse fué muy fuerte. Y el auto continuó su marcha.

Corinth se quedó parado en el lugar, viéndola alejarse hasta que el auto se perdió de vista. Entonces giró lentamente y entró en su casa.

## CAPÍTULO VIII

A Brock comenzaban a escasearle las provisiones: le faltaban alimentos para él mismo, y forraje y sal para los animales que conservaba. No había electricidad, y no quería usar combustible en la lámpara de gasolina que había encontrado. Decidió entonces que debía ir a la ciudad.

—Quédate aquí, Joe —dijo—. Volveré muy pronto.

El perro asintió, con un gesto pavorosamente humano. Estaba aprendiendo el idioma inglés bastante ligero; Brock tenía el hábito de hablarle, y últimamente había comenzado un deliberado programa de educación.

—Vigila bien todas las cosas, Joe —ordenó, mirando temeroso hacia el lindé de la floresta.

Llenó de nafta el tanque de una baqueteada camioneta color verde, sacando el combustible de los grandes tambores

del establecimiento; subió al vehículo y se dirigió hacia el camino. Era una mañana fría, neblinosa; el olor de la lluvia estaba en el aire y el horizonte se veía borroso. Mientras conducía a lo largo del camino del distrito, penso que el campo estaba extremadamente desierto. ¿Cuánto había pasado desde el cambio? Apenas dos meses. A lo mejor ya nadie vivía en la ciudad.

Virando hacia la pavimentada carre-

tera del estado, apretó el acelerador hasta que el motor comenzó a zumbiar. No estaba ansioso de visitar a la humanidad normal; deseaba alejarse de ella lo antes posible. El tiempo que Brock había vivido solo, fué lleno de paz... lleno de trabajo, sí, que lo mantenía ocupado o cansado, se dedicaba a leer o pensar, explorando las posibilidades de esa mente suya que ahora, según él suponía, se encontraba a la par de cual-

quier genio normal de la época anterior al cambio. Flemáticamente había decidido llevar una vida de anacoreta (había destinos peores) y no deseaba en absoluto volver a trabar relaciones con el resto del mundo.

Pocos días atrás había ido a ver a Martinson, el vecino; pero a nadie había encontrado allí, pues el lugar estaba abandonado y vacío. Aquella escena le creó un sentimiento tan terrorífico, que

no fué de visita a ninguna otra parte.

Unas pocas y lejanas casas observó mientras corría por la carretera. Llegó por fin al viaducto, a la entrada de la ciudad. No se veía a nadie, aunque las casas parecían habitadas. Los negocios estaban también cerrados en su mayoría; las ventanas cerradas parecían mirarlo, y no pudo reprimir un escalofrío.

Estacionó frente al supermercado. No tenía el aspecto de un almacén. Las



mercancías estaban allí; pero no se veían tarjetas de precios. Y el hombre situado detrás de la caja registradora no tenía cara de dependiente; sólo estaba sentado allí, sentado y... ¿pensando?

Brock se acercó a su lado. Sus pies produjeron bastante ruido contra el suelo.

—Este... , perdóneme —comenzó diciendo muy suavemente.

El hombre levantó la cara. Al reconocerlo se iluminaron sus ojos, y una

breve sonrisa cruzó su rostro.

—¡Oh... hola, Archie! —dijo con deliberada lentitud—. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien, gracias —repuso Brock, con la mirada baja por no atreverse a mirar de frente a los ojos de su interlocutor—. Yo..., esto..., yo venía a comprar algunas cosas

—Pues... lo siento —contestó el hombre, con cierta frialdad en el tono de la voz—; pero ya no hacemos transacciones por dinero.

—Es que yo... —Brock echó hacia atrás sus hombros forzándose a mirar hacia arriba—. Sí, creo que lo entiendo: El gobierno nacional está en bancarrota, ¿no es cierto?

—No exactamente. Ha dejado de tener valor material; eso es todo. —El hombre meneó la cabeza—. Al principio hemos tenido aquí nuestros problemas, pero nos hemos reorganizado mediante un plan racional. Ahora marchan las cosas bastante bien. Todavía carecemos de algunas mercancías que debiéramos obtener de afuera; pero en caso de necesidad podríamos seguir solos indefinidamente.

—¿Una economía... socialista?

—En realidad, Archie —dijo el hombre—, esa denominación no es del todo correcta, dado que el socialismo fué fundado sobre la idea de la propiedad. ¿Pero qué significa realmente la pertenencia o posesión de una cosa? Sólo significa poder hacer con ella lo que uno desea. De acuerdo con esta definición, había en el mundo muy pocas pertenencias realmente completas, totales: eran más bien posesiones simbólicas. Un hombre se decía a sí mismo "Esta es mi casa, mi tierra", y sentía una sensación de fuerza y seguridad, porque el mí era el símbolo de sea razón de las cosas, y él reaccionaba con ese símbolo. Ahora, en cambio..., ya hemos visto todos a través de ese símbolo algo de la propia decepción. Sirvió

antes, según sus propósitos, como balance emocional y para lograr el respeto a uno mismo; pero ya no lo necesitamos. Ya no existe ninguna razón para atarse a un pedazo particular de suelo, cuando la función económica que desempeña puede ser cumplida más eficazmente en otras formas. Por eso la mayoría de los granjeros de los alrededores se han ido a la ciudad, apoderándose de casas que fueron abandonadas por aquellos que también decidieron cambiar de sitio.

—¿Trabajan entonces ustedes la tierra en común?

—No sería esa la frase correcta, Archie. Algunos de nuestros hombres aptos para la mecánica, han ideado máquinas que harán por nosotros la mayor parte del trabajo. Es sorprendente lo que puede obtenerse con el motor de un tractor y algunos hierros viejos, si uno tiene bastante inteligencia para colocarlos juntos a la manera conveniente. Hemos encontrado nuestro equilibrio, al menos por ahora. Aquellos que no estaban de acuerdo se han ido, en su mayoría, y el resto está ocupado en crear nuevas reformas sociales para adaptarlas a nuestras nuevas personalidades. Tenemos pues, aquí una organización bastante bien equilibrada en todo.

—Pero ¿qué hace usted?

—Temo —dijo el hombre suavemente— que no podría explicártelo.

La mirada de Brock volvió a perderse en la lejanía.

—Bien —dijo finalmente, con voz huraña—, yo estoy solo en la finca de Rossman, y me estoy quedando sin provisiones. Y también necesitaré ayuda muy pronto, con la cosecha. ¿Podía usted ayudarme en algo?

—Si deseas entrar en nuestra sociedad, estoy seguro que tendríamos un lugar para ti.

—No: yo sólo deseo...

—Te advierto la conveniencia de que te unas a nosotros, Archie. Necesitas el apoyo de una comunidad. No es seguro

el vivir alejado de los demás. Cerca de aquí había un circo, allá por la época del cambio; los animales salvajes escaparon, y muchos de ellos siguen perdidos en los bosques.

Brock sintió un escalofrío.

—Eso debió de ser... impresionante —dijo lentamente.

—Lo fué —el hombre sonrió—. Imagínate que al principio nada sabíamos; teníamos demasiados problemas propios para preocuparnos por los problemas de los demás, y ya era tarde cuando se nos ocurrió pensar que los animales también estaban cambiando. Uno de ellos parece que abrió con el hocico la puerta de su jaula, y luego la de los demás, a fin de cubrir su escape. Durante varias semanas hubo un tigre merodeando en los alrededores de la ciudad, mató a dos chicos, nunca lo pudimos cazar, y, un buen día, desapareció. ¿Dónde estará ahora? ¿Y qué pasó con los elefantes...? No, Archie; si sigues solo, no estarás nunca seguro... Y no te olvides de la parte física de los trabajos. Lo mejor que puedes hacer es ingresar en nuestra comunidad.

—¡Nada de ingresar! —exclamó Brock, con súbita cólera, fría y amarga—. Todo lo que yo necesito es un poco de ayuda. Como pago de ella pueden ustedes tomar parte de la cosecha. No les causará molestia alguna con las nuevas máquinas maravillosas que ahora poseen.

—Podrías consultar con los demás —dijo el hombre—. En realidad, yo no estoy a cargo de todo. La decisión final dependerá del Concejo de la Sociedad. Pero temo que será cuestión de todo o nada, Archie. Nosotros no te molestaremos si es que prefieres que no te ayudemos; pero tampoco esperes caridad de parte nuestra. Esa palabra es también ahora un símbolo pasada de moda. Si deseas entrar en la economía total... Te aseguro que no es tiránica en forma alguna; es mucho más libre

que cualquiera otra que pudiese haber existido en el mundo... Si deseas entrar en ella, encontraremos una tarea conveniente para tu bien.

—Resumiendo —dijo Brock, sombríamente—: puedo ser un animal doméstico y realizar todas las tareas que me ordenen, o ser un animal salvaje e ignorado. *Para mi bien, ¿eh?* —giró sobre sus talones—. Déjenme en paz.

**E**STABA temblando cuando salió para regresar a la camioneta. Lo peor de todo, pensó fieramente, lo peor de todo era que ellos estaban en lo cierto, y él no. No podría durar mucho tiempo haciendo a medias una vida de paria. Antes cuando era un débil mental, todo estaba bien, puesto que no sabía lo que en verdad estaba ocurriendo. Pero ahora lo sabía, y una vida dependiente lo arruinaría por completo.

Los cambios de velocidad gimieron cuando comenzó el vehículo su marcha. Haría solo todas las faenas de la finca, ¡vaya que las haría! Si no podía ser un mendigo semicivilizado, ni tampoco un animal doméstico, pues bien, sería entonces un animal salvaje.

El viaje de vuelta lo realizó a velocidad temeraria. Durante el trayecto vió una máquina en un campo de heno: un aparato enorme y enigmático, de brazos refulgentes, que realizaba toda la faena conducido por un solo hombre, aburrido por lo poco que debía intervenir en el trabajo. No sería nada raro que, tan pronto como consiguiesen los materiales, construyesen un robot. ¡Y qué! El tenía todavía sus dos manos.

Más adelante, un pequeño bosque se extendía hasta el borde del camino. Creyó por un momento haber vislumbrado algo entre los árboles, una gran masa gris que lentamente volvió a desaparecer de su vista.

Su apacible temperamento le hizo sentirse más tranquilo a medida que se

aproximaba a la finca, y se dedicó entonces a conjeturar. De las vacas podría obtener leche y manteca, y quizás queso. Las pocas gallinas que había podido recapturar lo proveerían de huevos. Una oveja sacrificada ocasionalmente. . . , o mejor, ¿por qué no cazar algunos de los malditos cerdos? Esto le daría la carne necesaria para cierto tiempo; había un ahumadero en la granja. Podría cosechar suficiente heno, trigo y maíz (¡Tom y Jerry tendrían que trabajar!) como para aguantar todo el invierno. Si improvisaba un molino de mano, podría moler una especie de harina algo burda y amasar su propio pan. Había una buena cantidad de ropas, zapatos, herramientas. La sal constituía su mayor problema; pero tenía que existir alguna salina a no menos de cien kilómetros del lugar. Podría tratar de averiguar dónde, y luego hacer un viajecito hasta allí. . . Sí, tendría que ahorrar gasolina y cortar bastante madera para el invierno; pero pensó que podría salir del aprieto bastante bien. De una u otra manera saldría adelante.

La magnitud de la tarea lo deprimía un poco. ¡Un sólo hombre! ¡Un par de manos! Pero otros lo habían hecho antes; la raza humana había luchado siempre desde sus comienzos, y el camino había sido duro. Si bajaba en algo su régimen de vida y durante cierto tiempo comía una dieta deficiente, no iría a morir por eso.

Tenía un cerebro que, de acuerdo con los cánones anteriores al cambio, era algo extraordinario. Y ahora había puesto a trabajar esa mente: primero, ideando un programa de operaciones para el próximo año o más, y segundo, inventando algunos implementos que le permitirían sobrevivir más fácilmente. Por supuesto, ¡no tendría ningún problema!

Echó hacia atrás sus hombros y apretó el acelerador, ansioso de llegar al hogar y comenzar sus tareas.

EL ruido que escuchó al entrar era espantoso. Oyó gruñidos, chillidos, maderas que se rompían, y la camioneta se balanceó bruscamente al dar un respingo sobre el volante. ¡Los cerdos!, pensó. ¡Los cerdos habían estado alerta y lo vieron irse. . . !

¡Y él se había olvidado el revólver!

Echó una maldición y entró con el vehículo precipitadamente por el camino, pasó la casa y entró en el corral de la granja. El espectáculo era desolador. Los cerdos eran como pequeños tanques negros y blancos, gruñendo y resoplando. La puerta del granero estaba destrozada, y ellos estaban en el depósito de las bolsas de harina de trigo, destrozándolas, y revolcándose en el suelo cubierto de harina, mientras otros arrastraban hacia el monte algunos sacos intactos. Había también un toro salvaje ahora, que en cuanto vio al hombre comenzó a bufar y bramar. Las vacas estaban mugiendo a su alrededor, pues habían roto la cerca de su encierro para acercarse a él. En el patio yacían dos ovejas muertas, pisoteadas y destrozadas; el resto debía de haber huído aterrizado. Y Joe. . .

—¡Joe! —llamó Brock—. ¿Dónde estás?

Una tenue llovizna daba borrosos contornos al bosque y se mezclaba con la sangre que cubría la tierra. El viejo verraco, con la piel húmeda, brillaba como si fuera de hierro. Levantó la cabeza cuando se acercó la camioneta y lanzó agudos chillidos.

Brock se dirigió directamente hacia él. El vehículo era ahora su única arma. El viejo cerdo se escabulló hacia un costado, y Brock frenó frente al establo. Dé inmediato fué rodeado por los cerdos, que comenzaron a golpear las ruedas y los costados, gruñendo de ira incontenta. El toro bajó la cabeza y con sus patas comenzó a escarbar el suelo.

Joe ladraba salvajemente desde el

techo de una incubadora. Estaba san- grando, pues había mantenido una lucha cruel; pero al fin tuvo que treparse hasta allá arriba y salvarse.

Brock retrocedió con la camioneta, virando y dirigiéndola contra la pira. Los animales se dispersaron delante de él, pero, como no pudo tomar suficiente impulso en ese estrecho lugar, ellos de ningún modo pensaron en abandonar la lucha. Fué entonces cuando el toro embistió.

No era el momento de tener miedo; pero Brock vio la muerte muy cercana. Hizo virar el vehículo, maniobrando por el patio, y el toro le chocó de frente. Brock sintió que una mano de gigante lo lanzaba contra el parabrisas.

Negra oscuridad le cubrió los ojos. El toro quedó bamboleante, aunque seguía manteniéndose de pie; pero la camioneta había muerto. Los cerdos parecían darse cuenta de ello y corrieron triunfalmente a rodear al hombre.

Mascullando entre dientes, Brock se agachó en el interior del vehículo levantando el asiento. Una llave mecánica de largo mango, confortantemente pesada, estaba allí.

—Muy bien —gritó—. ¡Vengan a atacarme!

Algo raro apareció de entre la niebla y los árboles. Era pardo, enorme, casi llegaba al cielo. El toro levantó su todavía aturdida cabeza y bramó. Los cerdos cesaron sus golpes contra la camioneta. Por un momento, el silencio fué total.

El disparo de una escopeta resonó como un trueno. El viejo verraco comenzó de golpe a saltar en círculos, loco de dolor. Otra explosión volvió loco al toro, que dando media vuelta se dirigió al bosque.

“Un elefante”, farfulló la mente de Brock, “un elefante ha venido a ayudarme. . .”

La enorme figura parda se dirigió lentamente hacia los cerdos, que se arre-

molinaron inquietos con los ojos llenos de terror y de odio. El verraco cayó al suelo y quedó allí inmóvil, muerto. El elefante curvó su trompa hacia arriba, comenzó a trotar con extraña gracia, y los cerdos huyeron en tropel.

DURANTE varios minutos, Brock quedó inmóvil, temblando como un azorado, incapaz de moverse. Cuando finalmente se repuso, la llave seguía en su mano derecha. El elefante se había dirigido al almiar, donde tranquilamente se dedicaba a llenar sus fauces de heno. Dos pequeños cuerpos peludos, dos chimpancés, se acurrucaron en el suelo, delante del hombre.

Joe ladraba débilmente, y renqueando se acercó por un lado a su amo.

—Quietos, Joe —murmuró Brock; permaneció parado sobre sus todavía débiles piernas, y observó la arrugada cara del chimpancé que había disparado la escopeta.

—Muy bien —dijo finalmente. La tenue llovizna parecía helarse en su rostro sudoroso—. Muy bien; tú eres ahora el amo. ¿Qué deseas?

El chimpancé lo miró durante largo rato. Era un macho. El otro era hembra. Brock recordó haber leído que los simios tropicales no soportan muy bien los climas del norte. Estos dos monos debían de ser del circo mencionado por el hombre del almacén; probablemente habían robado la escopeta, y luego se habían apoderado del elefante, o habían hecho un convenio con él. Pero. . .

El chimpancé estaba temblando. Muy lentamente, siempre con la mirada hacia el hombre, colocó la escopeta en el suelo, se acercó a Brock, y le tiró de la chaqueta.

—¿Puedes tú entenderme? —preguntó el hombre, que se sentía demasiado cansado para apreciar lo fantástico de la escena—. ¿Entiendes inglés?

No obtuvo respuesta alguna, excepto que el simio siguió con insisten-

cia tirándole suavemente de la ropa. Luego de un rato, con su largo dedo índice apuntó a la chaqueta, a sí mismo, y a su compañera.

—Sí —dijo Brock, suavemente—, creo haberte entendido. Tienes miedo y necesitas ayuda humana, sólo que no deseas volver a sentarte dentro de una jaula. ¿No es cierto?

Tampoco obtuvo respuesta. Pero aquellos ojos salvajes parecían implorar ayuda.

—Bien —aceptó Brock—. Has llegado oportunamente para hacerme un gran favor; y no me has matado, teniendo ocasión para ello —respiró profundamente—. Bien sabe Dios que necesito ayuda en esta finca; ustedes dos y su elefante podrían facilitarme en mucho las tareas. Y..., y..., bueno, estamos de acuerdo.

Se sacó la chaqueta y se la dió al chimpancé. El simio murmuró débilmente y se la puso. No le quedaba muy bien, naturalmente, y Brock se echó a reír.

Irguió entonces sus cansados hombros y exclamó:

—Muy bien. Perfecto. Formaremos un grupo de animales salvajes. ¿Estamos conformes? Síganme a la casa, y les daré algo de comer.

## CAPITULO IX

**V**LADIMIR Ivanovitch Panyushkin estaba bajo los árboles dejando que las gotas de lluvia resbalaran sobre su casco y cayeran luego por los hombros de su capote. Era un buen capote, se lo había quitado a un coronel después de la última batalla, y repelía el agua como un verdadero pato. Poco le importaba el hecho de que los pies le chapotearan dentro de las gastadas botas.

Barrió toda la colina con la mirada, la dirigió luego sobre el borde entre la floresta y el valle, y allí la lluvia no le permitió ver más. Por lo que pudo ob-

servar, nada se movía, excepto el continuo caer de la lluvia, y tampoco nada se oía, fuera de su monótono ruido. Pero el instrumento decía que una unidad del ejército rojo se encontraba en las cercanías.

Miró al instrumento que yacía en los brazos del cura. A causa de la lluvia sus agujas se veían borrosas a través de los vidrios de los diales, pero podía verlas moverse de continuo. No comprendía el funcionamiento de aquel aparato, que había construido el cura con los restos de una radio capturada; pero anteriormente les había servido de aviso.

—Yo diría que se encuentran a diez kilómetros de aquí, Vladimir Ivanovitch —dijo el cura, cuya barba sacudía cuando él hablaba y que ahora, tapizada de gotas, pendía rígida sobre su áspero hábito—. Nos están rodeando, sin aproximarse. Quizás Dios les haga errar el camino.

Panyushkin se encogió de hombros. Era materialista; pero, si el Dios del cura deseaba ayudarlo contra el gobierno soviético con agrado aceptaría.

—Y quizás tengan otros planes —contestó—. Creo que mejor hubiese sido consultar a Fyodor Alexandrovitch.

—No le hace nada bien el que lo consultemos tanto, hijo mío —dijo el sacerdote—. Está muy cansado.

—Todos estamos cansados, mi amigo —las palabras de Panyushkin sonaban huecas—. Pero esta es una operación fundamental. Si pudiésemos cortar el camino directamente a Kirovograd, podríamos aislar a Ucrania del resto del país. Entonces los nacionalistas ucranianos podrían sublevarse con esperanzas de éxito.

Silbó suavemente unas pocas notas pero de profundo significado. La música podría transformarse en un lenguaje. La sublevación entera a través del imperio soviético, dependía en parte de los lenguajes secretos ideados de la noche a la mañana.

*¡Ya está en venta!*



## SOMBRA EN EL SOL

por Chad Oliver

Original fantaciencia a través de cuyas apasionantes páginas se ofrece al lector un enigma de nuestro tiempo: la historia de un típico pueblecillo del Oeste norteamericano..., demasiado típico. ¿Eran sus habitantes toscos vaqueros o refinados invasores de otros mundos? Una cuidada y completa versión, esmeradamente presentada.

·Precio del ejemplar \$ 20·



FANTACIENCIA es la marca registrada que distingue las novelas de ficción científica que publica.

**JACOBO MUCHNIK - EDITOR**

Florida 948

Buenos Aires

El sensitivo emergió de entre los empapados arbustos que ocultaban las tropas de Panyushkin. Era pequeño para sus catorce años de edad, y una notable vaguedad en el fondo de sus ojos llamaba la atención. El cura notó el agitado rubor de sus mejillas. Era cruel usarlo sin medida; pero, si los impíos debían ser derrocados, convenía cuanto antes mejor, y los sensitivos eran muy necesarios. Ellos eran los invulnerables, los herméticos, los indescubribles eslabones que unían a los hombres amotinados desde Riga hasta Vladivostok. Los mejores de ellos constituían espías tales como no había poseído jamás ningún ejército. Pero existían todavía varios que permanecían leales a sus amos, por razones de lealtad o miedo o interés en sus propias personas, y éstos, poseían la mayor parte de las armas. Por otra parte, todo un nuevo concepto del arte de la guerra había tenido que ser inventado por los rebeldes.

Un pueblo puede odiar a sus gobernantes, pero los soporta porque cada cual sabe que si protesta morirá. Pero si todo el pueblo puede ser reunido en un solo grupo, para actuar de inmediato, para que la mayoría de ellos simplemente desobedezca con una mortífera especie de pasividad, el gobierno sólo alcanza a fusilar a unos cuantos. Arrancados de sus propias fuentes y raíces la tierra y el pueblo, un gobierno es vulnerable, y menos de un millón de hombres armados son entonces suficientes para destruirlos.

—Allí hay una Estrella Roja —dijo Panyushkin apuntando hacia la lluvia—. ¿Puedes decirme cuáles son sus planes, Fyodor Alexandrovitch?

El chico se sentó sobre la empapada ladera y cerró los ojos. Panyushkin lo observaba sombríamente. Ya era suficientemente difícil el ser la cadena de unión con otros diez mil sensitivos, a lo largo de medio continente. Alcanzar mentes desemejantes lo esforzaría en

demasia, casi al límite de sus posibilidades. Pero debía hacerlo.

—Allí hay... Ellos saben de nosotros —la voz del niño parecía venir de muy lejos—. Tienen... instrumentos detectores... Ellos... no; ¡Es la muerte! ¡Esos instrumentos nos enviarán la muerte! —abrió sus ojos, jadeó entrecortadamente, y cayó desmayado.

El sacerdote se arrodilló para levantarlo, dirigiendo una mirada de reproche a Panyushkin.

—¡Proyectiles guiados! —el jefe giró sobre sus talones—. De modo que tienen detectores como los nuestros. Era bueno que lo supiésemos, ¿eh, cura? ¡Ahora, abandonemos este lugar antes de que lleguen los cohetes!

Dejó en el lugar objetos metálicos sin importancia, en cantidad suficiente para despistar a detectores, y guió a sus hombres a lo largo de la cadena de colinas. Mientras el ejército se encontraba ocupado en disparar cohetes sobre su campamento, él prepararía un ataque por la retaguardia.

Con la ayuda o sin la ayuda del incomprendible Dios del cura, se sentía completamente seguro de que su ataque tendría éxito.

**A**PENAS se había acomodado Félix Mandelbaum en su sillón cuando el intercomunicador se oyó.

—Gantry.

El tono de la voz del secretario revelaba que la visita era importante.

¿Gantry?... No conocía a nadie con ese nombre. Suspiró y observó a través de las ventanas. Las sombras de la mañana se mantenían todavía frías en las calles; pero con seguridad iba a ser un día de bastante calor.

Allá abajo se veía un tanque apoyándose sobre sus orugas, con sus armas lista a defender el Ayuntamiento. Lo peor de la violencia parecía haber pasado ya: el culto del Tercer Baal se estaba derrumbando rápidamente, lue-

go de la ignominiosa captura del profeta, ocurrida una semana atrás; los grupos de criminales iban desapareciendo a medida que la milicia crecía en tamaño y experiencia, y la calma volvía de nuevo a la ciudad. Pero nada se sabía de los merodeadores de los distritos alejados. Muy posiblemente habría que capear varias tormentas antes de que todo estuviese finalmente bajo control.

Mandelbaum se sentó en su silla reclinándose hacia atrás y tratando de relajar sus tensos músculos. Esos días se sentía muy cansado, ocultando su debilidad bajo una frágil capa de energía. Demasiado trabajo, muy poco tiempo para dormir. Apretó el botón que señalaba: "Hágalo pasar".

Gantry era un hombre alto y huesudo, cuyas ropas, pese a la buena calidad, no le caían bien. Un gangoseo característico se notaba en su voz casi agresiva: —Me han dicho que es usted ahora el dictador de la ciudad.

—No..., exactamente —dijo Mandelbaum sonriente—. Sólo soy una especie de máquina de resolver problemas generales, que está a las órdenes del alcalde del Concejo.

—Sí. Pero cuando todos son problemas, la máquina de resolverlos se transforma en amo absoluto.

Había cierta truculencia en la rápida respuesta; pero Mandelbaum no trató de negar el cargo, pues era considerablemente justo. El alcalde manejaba toda la maquinaria administrativa ordinaria; Mandelbaum era el hombre flexible, el coordinador de miles de elementos de discusión y luchas, el constructor de la política básica; y el concejo de la ciudad, recientemente creado, en raras ocasiones dejaba de votar sus sugerencias.

—Siéntese —invitó—. ¿Cuál es su problema.

Su rápida mente sabía ya la respuesta pero ganaba tiempo haciendo que el otro contestara.

—Represento a los hortelanos de ocho distritos. Fuí enviado aquí para averiguar por qué su gente nos roba.

—¿Robarles? —preguntó inocentemente Mandelbaum.

—Usted lo sabe tan bien como yo. Cuando nosotros no aceptábamos dólares por nuestras mercancías, ustedes trataron de darnos pagarés. Y cuando no aceptábamos pagarés, nos dijeron que se apoderarían de nuestras cosechas.

—Lo sé —dijo Mandelbaum—. Algunos de los muchachos tienen en verdad muy poco tacto. Lo siento mucho.

Los ojos de Gantry se achicaron. —¿Va usted a decirme que ellos no están dispuestos a usar armas? Espero que así sea, porque nosotros también estamos armados.

—¿Ustedes han conseguido también tanques y aviones? —preguntó Mandelbaum, y espero unos instantes a fin de ser bien comprendido—. Mire, Mr. Gantry, existen seis o siete millones de personas abandonadas en esta ciudad. Si no les podemos asegurar una provisión regular de alimentos, se morirán. ¿Puede su asociación permanecer con los brazos cruzados y dejar que siete millones de hombres, mujeres y niños inocentes, mueran de hambre mientras ustedes tienen alimentos que los pueden consumir? No. Ustedes no serían seres humanos decentes. Ustedes no pueden hacer eso.

—No lo sé —dijo Gantry, inflexiblemente—. Luego de lo que hizo ese populacho al salir huyendo de la ciudad el mes pasado...

—Créame, el gobierno de la ciudad hizo todo lo que pudo para detenerlos. Fallamos en parte; el pánico era demasiado grande; pero conseguimos que no se abalanzase la ciudad entera sobre ustedes. Ahora, si realmente son ustedes unos monstruos, sin duda alguna querrán dejar que el resto de ellos permanezca aquí hasta morir. Aunque... pienso que no morirían. Tarde o tem-

prano ellos los invadirían, y entonces todo estaría perdido.

—Por supuesto; por supuesto —Gantry entrelazó sus grandes manos rojas. Indudablemente se encontraba ahora a la defensiva—. No es que nosotros deseáramos crear problemas y dificultades en el campo. Es sólo que... bien, nosotros obtenemos alimentos para ustedes, pero ustedes no nos pagan. Se limitan a apoderarse de ellos. Sus pagarés no significan absolutamente nada para nosotros. ¿Qué podríamos comprar con esos pagarés?

—Nada... ahora —dijo Mandelbaum cándidamente—. Pero créame, no es culpa nuestra. La gente de aquí desea trabajar. Lo que pasa es que todavía no tenemos todo organizado. Una vez que lo tengamos, nuestros pagarés significarán cosas como ropas, máquinas, herramientas para ustedes. Si nos dejan morir de hambre, ¿dónde hallarán entonces su ganancia?

—Todo eso ya fué expresado en la reunión de la asociación —replicó Gantry—. El problema es saber qué garantía tenemos nosotros de que ustedes seguirán sosteniendo su parte del convenio.

—Mire, Mr. Gantry, nosotros deseamos cooperar realmente con ustedes. Tanto lo deseamos, que estamos decididos a ofrecerles algunas bancas en el concejo municipal. ¿Cómo podríamos entonces jugarles una mala pasada?

—¡Hum!... —Gantry entornó los ojos—. ¿Cuántos concejales nuestros ad-

mitirían ustedes?

Negociaron durante un rato, y Gantry se retiró del lugar con la oferta de cuatro bancas, las cuales tendrían poderes especiales de veto en ciertos problemas relacionados con política rural. Mandelbaum estaba seguro de que los agricultores aceptarían la oferta, que les parecería una buena victoria para ellos.

Sonrió para sus adentros. ¿Cómo se define la victoria? El poder del veto no significaría absolutamente nada, porque la política rural marcharía siempre por sí misma. La ciudad, el estado y la nación entera, saldrían ganando con la unificación de un área de tan gran extensión. Quizás los débitos acumulados a los agricultores, nunca llegarían a ser pagados: la sociedad cambiaba tan rápidamente que en pocos años tal vez podría no existir ninguna ciudad; pero esa crisis, aunque lamentable, era sólo una de las más pequeñas. Lo que ahora importaba de verdad era la supervivencia.

**N**ORTH y Morgan —dijo el intercomunicador.

Mandelbaum se puso en guardia. Este asunto sería más difícil. El amo de la zona portuaria y el loco político teorizante tenían sus propias ambiciones, y considerables adherentes, demasiados para ser manejados por la fuerza. Atentamente, se levantó para saludarlos.

North era vigoroso, de rostro enérgico, aunque los pliegues de grasa lo de-

formaban un poco. Físicamente, Morgan era más débil, pero con ojos alucinados bajo su avanzada calva. Se observaron entre sí al entrar, y miraron acusadoramente a Mandelbaum. Fué North quien pronunció la pregunta de ambos: —¿Por qué nos ha recibido al mismo tiempo? Yo deseaba verlo en privado.

—Lo siento —dijo Mandelbaum insinceramente—. Habrá habido una equivocación, ¿Podrían sin embargo hacerme el favor de sentarse por unos minutos? De todos modos, quizás podamos trabajar juntos en los problemas que nos aquejan.

—Para mí no hay “de todos modos” —exclamó Morgan—. Mis partidarios y yo estamos cansados de ver que el gobierno ignora los obvios principios del Dinapsiquismo. Le prevengo que, a menos que se reorganicen pronto de acuerdo a razones sensibles...

North lo apartó encarándose con Mandelbaum.

—Mire, hay cerca de un centenar de buques parados en el puerto de Nueva York, mientras la costa este y Europa claman por el intercambio comercial. Mis muchachos ya están hartos de gritar sin que nadie les haga caso.

—Ultimamente, no hemos tenido muchas noticias de Europa —dijo Mandelbaum en tono apoloético—. Y las cosas están todavía demasiado confusas para tratar siquiera el comercio costero. ¿Y qué comerciaríamos? ¿Dónde encontraríamos siquiera petróleo para esos buques? Lo siento, pero...

Mentalmente continuó diciendo: “El problema real es que tu pandilla no tiene ahora ninguna zona portuaria donde robar, ¿eh?”

—Todo tiene su origen en una ciega testarudez —declaró Morgan—. Como ya he demostrado palmariamente, una integración social de acuerdo a los principios psicológicos que he descubierto, eliminaría...

“Tu problema es que sólo deseas el

poder, y demasiada gente está tratando todavía de hallar una panacea, una respuesta final, —pensó Mandelbaum fríamente. “Tus palabras parecen ser las de un intelectual, y tus admiradores creen que lo eres; cierta clase de gente todavía desea un hombre sobre un caballo blanco, pero lo prefiere con un libro bajo el brazo. ¡Tú y Lenin!...”

—Perdóneme —dijo en voz alta—. ¿Qué se propone usted, Mr. North?

—Nueva York comenzó siendo un puerto, y dentro de poco debe volver a ser otra vez. ¡Esta vez, queremos que los trabajadores que hacen funcionar el puerto tengan participación directa en el gobierno y administración del mismo!

“En otras palabras, tú también deseas ser dictador.” Y en voz alta agregó pensativamente:

—Debe de haber mucho de cierto en lo que ustedes dos manifiestan. Pero no podemos hacer todo a la vez, como comprenderán. Me parece, sin embargo, que ustedes dos piensan de acuerdo a líneas bastante paralelas, caballeros. ¿Por qué no aúnan esfuerzos y ofrecen un frente unido? Entonces me sería mucho más fácil presentar sus proyectos en el concejo.

Las pálidas mejillas de Morgan se sonrojaron.

—¡Una cuadrilla de máquinas humanas sudorosas...!

Los enormes puños de North se cerraron con fuerza.

—¡Cuidado con tus palabras, nenito!

—Calma, caballeros —dijo Mandelbaum—. Ambos desean un gobierno mejor constituido, ¿no es cierto? Me parece...

“¡Hum!” El mismo pensamiento brilló en los dos pares de ojos. Había sido facilísimo planificarlo: “Juntos, quizás podríamos... y después, ¡me libraré de él con facilidad!”

Siguieron discutiendo durante un rato todavía; pero la reunión terminó con la salida de North y Morgan en

### Novedades electrónicas

**E**N los Estados Unidos se acaba de idear un nuevo microscopio electrónico que, al revés de los comunes, no funciona haciendo que los electrones atraviesen el objeto de estudiar, sino obligándolos a reflejarse en su superficie. Luego de la reflexión, los electrones proyectan la imagen en una pantalla fluorescente. Aunque el poder de resolución todavía no supera al de los microscopios ópticos comunes, por lo menos permite apreciar detalles que éstos no llegan a hacer visibles.

amable charla. Mandelbaum casi podía leer en sus mentes el desprecio que por él sentían ambos ahora. ¿No había leído acaso aquello de *divide y vencerás*?

**P**OR unos instantes, sintió profunda melancolía. Hasta entonces en realidad, la gente no había cambiado mucho. El soñador de ojos alucinados seguía construyendo castillos en el aire; y el amo de muchedumbres carecía de vocabulario para expresar ideas o conceptos que estuvieran por encima de su propio lenguaje de codicia y ambiciones.

Aquello no duraría mucho. Dentro de pocos meses, ya no habría más North ni Morgan. El cambio operado en ellos mismos y en la humanidad entera, destruiría sus pequeñeces. Pero, en el ínterin, serían peligrosos animales, con los cuales había que luchar.

Mandelbaum se acercó al teléfono y tomó el de su línea particular.

—Hola, Bowers. ¿Cómo te va?... Mira, estuve hablando con el dinapsiquista y el patrón de los obreros portuarios. Probablemente planean la formación de una especie de Frente Popular, con la idea de conseguir bancas en el Concejo, para entonces apoderarse del gobierno por la fuerza: revolución palaciega, golpe de estado, o como quieras llamarle... Sí, avisa a nuestros agentes en ambos partidos. Deseo informes bien completos. Después quería usar a esos agentes para incitarlos entre sí... Sí, esa alianza es lo más inestable que yo he visto en mi vida. Un empujoncito cuidadoso y se asestarán el hacha sin contemplaciones. Entonces, cuando la milicia haya limpiado los restos de la guerra "de bolsillo", podríamos comenzar nuestra campaña de propaganda en favor del sentido común... Por supuesto, nos obligará a realizar algunas triquiñuelas muy a tiempo, pero no tenemos problema alguno...

Al dejar el teléfono, su rostro cedió ante el recuerdo de una profunda pesa-

dumbre. Acababa de condenar a muerte a casi un centenar de personas, la mayoría de las cuales eran seres aturdidos y engañados. Pero no podía hacer otra cosa. Debía salvar la vida y la libertad de otros millones de seres humanos; de modo que el precio no era exorbitante.

—¡Qué ingrata la tarea del que tiene el poder en sus manos! —murmuró echando una mirada a su lista de compromisos. Disponía todavía de una hora hasta que llegase el representante de Albany. Este hombre iba a ser difícil de convencer. La ciudad rompía a diario leyes estatales y nacionales (debía hacerlo), y el gobernador se sentía ultrajado. Deseaba tener de nuevo el estado bajo su propia autoridad. No era un deseo irrazonable; pero los tiempos no estaban para eso; y cuando eventualmente lo estuviesen, las viejas formas de gobierno no serían ya más importantes que la diferencia entre Homousiano y Homoisiano. Pero Mandelbaum iba a necesitar muchos argumentos para convencer de ello al hombre de Albany.

Mientras tanto, tenía una hora libre. Por un sólo segundo dudó entre trabajar en el nuevo sistema de racionamiento o en los planes para extender la ley y el orden en la zona exterior de Jersey. Postergó ambos asuntos y se dedicó al último informe sobre la situación del agua.

#### CAPITULO X

**E**N el laboratorio había una penumbra que hacía resaltar con más fulgor la pulsante luz tétricamente azulada e inquieta entre las bobinas e impasibles caras de los diales de medición. El rostro de Grunewald, inclinado sobre ella, tenía una coloración cadavérica.

—Bien —dijo innecesariamente—, esto parece andar bien—. Desconectó la llave principal. Decayó el zumbido eléctrico, y se apagó la luz. Por un momento

permaneció observando pensativamente las ratas anestesiadas que había dentro de las bobinas. Alambres del grosor de cabellos humanos salían de su tembloroso cuerpo hasta los medidores ante los cuales permanecían Johansson y Lewis. Lewis movió afirmativamente la cabeza.

—La actividad neural vuelve a aumentar, —ajustó los diales del osciloscopio con meticuloso cuidado—, y exactamente dentro de la curva que hemos predicho. Han generado ustedes un perfecto campo inhibitor. Habrá que realizar otras pruebas, estudios detallados, pero dejaremos esos problemas en manos de los asistentes. Lo principal ha sido resuelto satisfactoriamente.

Grunewald se acercó con las manos ahuecadas en forma extrañamente sensible, delicada, tomó una de las ratas, y comenzó a extraerle los terminales eléctricos.

—¡Pobre animalito! —murmuró—. Me preguntó si en realidad le estamos haciendo un favor.

Corinth, encorvado sobre un taburete, levantó irritado la vista en forma brusca.

—¿Qué uso podría darle a su inteligencia? —insistió Grunewald—. Sólo le permitirá darse cuenta de lo terrible de su propia posición. Después de todo, ¿en qué nos beneficia a nosotros?

—¿Volverías tú acaso a lo que eras antes? —preguntó Corinth.

—Sí, —la cuadrada y rubicunda cara de Grunewald tomó de pronto un aire de desafío—. Sí, volvería. No está bien pensar con demasiada claridad.

—Quizás —susurró Corinth—, quizás tengas razón en pensar así. La nueva civilización (no meramente su tecnología, sino todo su sistema de valores, todos sus sueños y esperanzas) tendrá que ser construída de nuevo, y eso requerirá varias generaciones.

Ahora somos salvajes, con todos los impedimentos de la existencia de los sal-

vajes. La ciencia no constituye la totalidad de la vida.

—No —dijo Lewis—. Pero los científicos (supongo que al igual que los artistas de toda índole), han conservado en su mayoría el sano juicio a través del cambio, porque tienen en su vida un propósito definido, no egoísta, al cual brindan todo lo que tienen —su cara regordeta se iluminó con una sonrisa amplia—. También yo, como viejo sensualista, estoy encantado con las nuevas posibilidades. El arte y la música que otrora me arrebataran, ya no existen; pero no por eso dejo de apreciar la buena cocina y el buen vino. En realidad, mi percepción ha aumentado, y encuentro ahora novedades de las cuales no me había percatado antes.

Había sido una extraña conversación, de las de pocas palabras y muchos gestos y expresiones faciales intercalados en una discusión simultánea sobre problemas técnicos:

—Bien —había dicho Johansson—, hemos contruído nuestro campo inhibitor. Depende ahora de ustedes, los neurólogos, el estudio en detalle y el descubrimiento de lo que podamos esperar que suceda con la vida, aquí, en la Tierra.

—¡Hum! —dijo Lewis—. Casualmente no estoy trabajando ahora en eso; sólo me interesa por curiosidad. Bronzini y MacAndrews pueden manejar el asunto perfectamente bien. Yo mismo me he nombrado para el departamento psicológico, que es no sólo más interesante, sino de mayor importancia práctica inmediata. Manejaré el aspecto neurológico-cibernético del trabajo que ustedes están realizando.

—Nuestra vieja psicología es casi inútil —asintió Corinth—. Estamos cambiando demasiado como para comprender nuestras propias emociones. ¿Por qué me dedico a estar aquí la mayor parte del tiempo, cuando podría estar en casa ayudando a Sheila a enfrentar

sus problemas? Yo mismo no puedo evitarlo; debo estudiar este nuevo campo, pero... Hay que comenzar de nuevo, sobre bases racionales. Tendremos que averiguar algo acerca de la dinámica del hombre... En cuanto a mí, yo también me deslizo de este aparatito, ahora que hemos logrado generar el campo inhibitorio con éxito. Rossman desea que yo trabaje en su proyecto de nave espacial, tan pronto como pueda organizarla.

—¿Espacionave?... ¿Viajes a mayor velocidad que la luz?

—Correcto. El principio se basa en un aspecto del mecanismo ondulatorio, que había permanecido sin explorar hasta el momento del cambio. Generaremos una onda tipo "psi", la cual... No se preocupen; se lo explicaré cuando comiencen a aprender análisis tensorial y álgebra máxima. Estoy colaborando aquí con algunos otros en esbozar los planes de este asunto, mientras esperamos los hombres y materiales para comenzar la construcción de la nave. Podremos ir a cualquier lugar de la Galaxia, una vez que la terminemos de construir.

**L**OS dos hilos se unieron entonces. —¡Poder escaparnos de nosotros mismos!... —dijo Grunewald—. ¡Escapar al espacio infinito!... Los cuatro hombres guardaron ensimismados un momento de silencio.

Corinth se levantó.

—Me voy a casa —dijo ásperamente.

Su cerebro era un laberinto de cadenas de pensamientos entremezclados, cuando bajaba las escaleras. Por sobre todo pensaba en Sheila; pero algo le surraba también el nombre de Helga, y había un fluir de ecuaciones y diagramas, una visión de helada inmensidad a través de la cual la Tierra giraba como un corpúsculo de polvo. Una parte extraña de sí mismo estudiaba fríamente esa maraña de pensamientos, a fin de poder averiguar cómo se originaba,

y poder así tratar de manejar sus propias potencialidades.

Lenguaje: Los hombres del Instituto, que se conocían muy bien entre sí, involuntariamente estaban desarrollando un nuevo sistema de símbolos de comunicación, un medio sutil y poderoso en el cual cada gesto tenía su propio significado, y la rápida mente del interlocutor, sin realizar esfuerzo consciente alguno, captaba lo principal y toda la gama de interpretaciones. Era casi demasiado eficiente. El hombre del futuro probablemente iría desnudo de cuerpo y alma, y Corinth no estaba seguro de que esa perspectiva fuera a ser de su agrado.

Luego, estaba Sheila y él mismo. Su mutuo entendimiento hacía que sus conversaciones fuesen ininteligibles para cualquier extraño. Y había miles, millones de grupos en todo el mundo, que creaban sus propios dialectos según sus experiencias pasadas, que no habían sido compartidas con el resto de la humanidad. Algún lenguaje arbitrario, apto para el mundo entero, debía ser creado.

¿Telepatía? No existía ya ninguna duda acerca de su realidad, por lo menos en algunos pueblos. Las percepciones extrasensoriales tendrían que investigarse cuando renaciera de nuevo la calma. ¡Había tanto por hacer y la vida era tan terriblemente corta!...

Corinth se estremeció. El miedo de la propia extinción se suponía que era sólo una reacción de adolescentes, pero en cierto sentido, todos los hombres volvían a ser adolescentes... niños... niños de pecho.

Bueno, sin duda alguna dentro de los próximos años encontrarían los biólogos los medios de prolongar la duración de la vida, quizá por siglos. Pero... ¿era deseable que eso ocurriese?

Salió a la calle y localizó el automóvil que Rossman le había procurado.

"Al menos", pensó sarcásticamente mientras entraba en él, "se ha solucio-

nado el problema del estacionamiento. Ya no hay el tránsito de antes."

Finalmente desaparecería Nueva York. Las grandes ciudades no tenían justificación económica. El provenía de un pueblo pequeño, y siempre le habían gustado los bosques, las montañas y el mar. Sin embargo, había algo en esa bulliciosa, frenética, sobrepoblada, dura, inhumana, magnífica ciudad, cuya ausencia dejaría un lugar vacío en el mundo por venir.

Era una noche calurosa. La camisa húmeda se adhería al cuerpo. El aire parecía espeso. Allá arriba, entre los oscuros edificios y los mortecinos letreros de neón, algunos relámpagos titilaban pálidamente. La tierra, toda, ansiaba lluvia. Los faros delanteros del coche trazaron una franja blanquecina en la negrura de la noche.

Había más coches en circulación que la semana pasada. La ciudad estaba ahora casi amansada. La guerra de bolsillo entre los portuarios y los dinapsiquistas, sofocada dos semanas atrás, parecía haber constituido la última llamada de violencia. Las raciones alimenticias escaseaban todavía; pero la gente comenzaba de nuevo a trabajar, y ya nadie se moriría de hambre.

Corinth estacionó el coche en la playa situada detrás del edificio donde estaba su departamento, y volvió caminando hasta el frente. Las autoridades de la energía eléctrica habían permitido que aquel edificio volviese a poner en funcionamiento el ascensor, lo que fué un acto de misericordia. Había sido duro subir los quince pisos cuando había realmente escasez de electricidad.

"Tengo la esperanza..." Iba pensando en Sheila, pero dejó incompleto el pensamiento.

Ella estaba cada día más delgada, ¡pobre chiquilina! No dormía bien; algunas veces se levantaba con un grito áspero en la garganta y manoteando ciega- mente hacia él. El deseaba que su

trabajo no lo tuviese alejado de ella, que necesitaba compañía casi permanente. Quizás pudiese conseguirle algún empleo, para cubrir aquellas horas de soledad.

**C**UANDO llegó a su piso, el pasillo se encontraba oscuro, salvo una pequeña luz de noche, pero cierta claridad se filtraba bajo la puerta de su departamento. Miró el reloj y vio que era más tarde de la hora en que Sheila acostumbraba a acostarse. Eso significaba que aquella noche tampoco podía dormir...

Quiso Corinth abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave; de modo que llamó suavemente. Creyó haber oído un ligero grito en el interior. Golpeó más fuerte. Ella abrió la puerta tan violentamente que casi cayó él hacia el interior.

—¡Pete, Pete, Pete! —Sheila se apretó temblorosa contra él.

Con los brazos alrededor de su esposa, Corinth se dio cuenta de lo delgada que estaba: ¡cuán claramente se apreciaban sus costillas bajo la piel! La luz de la lámpara era excesiva, llenaba la habitación y caía difusa sobre los cabellos de Sheila. Cuando ella levantó su rostro, Pete vio que tenía las mejillas húmedas.

—¿Qué pasa? —preguntó. Habló en voz alta, al estilo antiguo, y su voz resonó extraña.

—Nervios —contestó Sheila, atrayendo a su marido hacia adentro y cerrando la puerta. En camisón y bata, Sheila parecía patéticamente joven; pero había una rara vejez en sus ojos.

—Es una noche demasiado calurosa para tener puesta la bata —dijo él, cariñosamente.

—Siento frío —pronunció ella con labios temblorosos.

Peter sintió frío en su propia boca, se sentó en una butaca y sentó a su esposa sobre el regazo. Ella colocó sus

brazos alrededor de él, apretándolo, y Peter sintió el temblor de su cuerpo.

—Esto no me gusta —dijo—. Es el peor ataque que has tenido hasta ahora.

—No sé lo que habría hecho, si no hubieses venido en seguida —le expresó ella con voz apagada.

Comenzaron entonces a conversar, en su nuevo entrelazamiento de palabras, gestos, voces, silencios y recuerdos compartidos.

—Estuve pensando demasiado —dijo Sheila—. En estos días todos pensamos demasiado. (¡Ayúdame, mi muy querido! Me estoy hundiendo en la oscuridad, y sólo tú puedes salvarme.)

—Debes acostumbrarte a ello —contestó él seriamente. (¿Cómo puedo ayudarte? Mis brazos te alcanzan, y sólo se cierran en el vacío.)

—Tú eres fuerte... —lloraba Sheila—. ¡Dame tu fuerza! (cada vez que intento dormir, tengo pesadillas. Al despertarme, veo el mundo y a los hombres parpadeando en el frío y en la nada, vacíos hasta el límite de la eternidad. Y yo no puedo soportar esa visión.)

Agotamientos, desesperanzas.

—Yo no soy fuerte —replicó Peter—. Procuo seguir adelante, de una u otra forma. Tú debes hacer lo mismo.

—Apriétame fuerte, Pete —la imagen paterna—, apriétame fuerte —sollozó, apretándose a su esposo como si él fuese una coraza contra la oscuridad exterior e interior, y contra las cosas que podrían haber en su imaginación—. ¡Nunca me dejes alejarme de tu lado!

—Sheila. (Mi bien amada: esposa, amante, compañera.) Sheila, tienes que aguantar. Todo esto no es nada más que un aumento de potencia mental... para observar, percibir y manejar datos y sueños que tu propio yo ha creado: nada más.

—Pero yo estoy cambiando... —el horror a la muerte crecía en ella ahora, y trataba de vencerlo con sólo deseos—. ¿Y dónde ha ido nuestro mundo?;

¿dónde, nuestras esperanzas y planes y mutua intimidad?

—Ya no podemos recuperarlas —respondió Pete. Sensación de vacío e irrevocabilidad—. Debemos arreglarnos con lo que ahora tenemos.

—Ya lo sé... Lo sé, ¡pero no puedo! —lágrimas gruesas caían a lo largo de sus mejillas—. ¡Oh, Pete, ahora estoy llorando por ti. (Quizás ya ni te siga amando.) Por ti más que por mí.

El trató de mantenerse calmo.

—Retroceder excesivamente de la realidad es locura. Si te volvieras loca... Inconcebible.

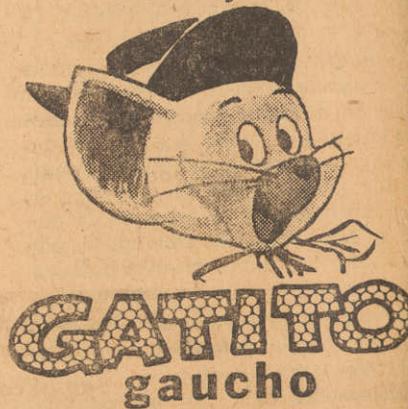
—Lo sé —repitió ella—. Lo comprendo todo. Abrazame fuerte, Pete.

—¿Y no te ayuda en nada saber...? —dijo él, preguntándose si los ingenieros serían alguna vez capaces de encontrar la manera de vencer la fortaleza del espíritu humano. Se sentía ya muy cerca de su claudicación.

Concluirá en el próximo número.

¡preocupará a los chiquitos!

EL LUNES 6 DE MAYO  
APARECE



Pida GATITO el 1er. y 3er. lunes de cada mes a su canillita o a su librero \$ 3.-

Una buena noticia para los lectores de la COLECCION "NEBULAE"

Hace un tiempo que la empresa editora de la COLECCION NEBULAE tenía el propósito de establecer - por nuestro intermedio - un contacto más cercano y más personal con sus numerosos lectores, cuyo número aumenta sin cesar.

El lector de CIENCIA Y FICCIÓN tiene un vínculo especial con sus editores: un vínculo extracomercial que proviene del entusiasmo y la fé que ambos tienen en el presente y futuro de este género literario. Es, pues, lógico que el lector desee saber más de los proyectos e inquietudes de los editores y éstos a su vez, de los gustos y preferencias del lector. Y la única manera de conocer sus inclinaciones, es que usted nos complazca llenando el "test" que encontrará en el reverso de esta hoja y nos lo envíe por Correo lo antes posible, indicándonos su nombre y dirección. Esto nos permitirá, no solamente orientar mejor las futuras publicaciones de acuerdo a los gustos de nuestros lectores, sino - lo que es más importante - tenerlos informados con anticipación de los títulos que vayan apareciendo, de los proyectos editoriales que estén en gestación, y también, de vez en cuando, darles una agradable sorpresa...

¡Envíe esta hoja hoy mismo!  
le aseguramos que no se arrepentirá

LIBRECOL / Sec. Propaganda / Humberto 1º 545

NOMBRE .....

DIRECCION .....

# "Tests" NEBULAE

I Marque con una cruz los libros que ha leído de los treinta hasta la fecha publicados. Si ha leído los treinta, desde ahora le enviaremos nuestra más sincera y calurosa felicitación.

II De los 30 títulos publicados, ¿cuáles son los que más le han gustado, por orden de preferencia?

1° ..... 2° .....  
3° ..... 4° .....  
5° .....

III ¿Cuáles son sus tres autores favoritos? - por orden de preferencia:

1° ..... 2° .....  
3° .....

IV ¿Hay algún autor de Ciencia y Ficción que desearía ver usted incorporado a nuestra Colección?

V ¿Qué temas de Ciencia y Ficción le interesan más?

- Astronáutica y viajes interplanetarios  
 Temas sociológicos del futuro.  
 Temas de Genética y en general biológicos.  
 Temas de misterio.

## TITULOS PUBLICADOS

1. Robert A. Heinlein  
TITAN INVADE LA TIERRA
2. A. E. Van Vogt  
LOS MONSTRUOS DEL ESPACIO
3. Robert A. Heinlein  
LOS NEGROS FOSOS DE LA LUNA
4. Antonio Ribera  
EL MISTERIO DE LOS HOMBRES PECES
5. Arthur Clarke  
LAS ARENAS DE MARTE
6. Robert A. Heinlein  
EL HOMBRE QUE VENDIO LA LUNA
7. Hank Janson  
LA VIOLACION DEL TIEMPO
8. Arthur Clarke  
EXPEDICION A LA TIERRA
9. Robert A. Heinlein  
JONES EL HOMBRE ESTELAR
10. Robert A. Heinlein  
LA BESTIA ESTELAR
11. A. E. Van Vogt  
SLAN
12. Robert A. Heinlein  
CITA EN LA ETERNIDAD
13. John Wyndham  
KRAKEN ACECHA
14. Edmond Hamilton  
LOS REYES DE LAS ESTRELLAS
15. Isaac Asimov  
LAS CORRIENTES DEL ESPACIO
16. David Duncan  
EL PLANETA NEGRO
17. Isaac Asimov  
YO, ROBOT
18. Fredric Brown  
UNIVERSO DE LOCOS
19. A. E. Van Vogt  
RAZAS DEL FUTURO
20. Isaac Asimov  
REBELION EN LA GALAXIA
21. Fredric Brown  
AMO DEL ESPACIO
22. Robert A. Heinlein  
TUNEL EN EL ESPACIO
23. Jeffery Lloyd Castle  
SATELITE T-1
24. Francis Carsac  
LOS HABITANTES DE LA NADA
25. Arthur Clarke  
PRELUDIO AL ESPACIO
26. Francis Carsac  
LOS ROBINSONES DEL COSMOS
27. David Duncan  
LA FUENTE DEL EDEN
28. Will Jenkins  
ATENTADO A LOS EE. UU.
29. Murray Leinster  
GUERRA A LOS DJINNS
30. Isaac Asimov  
EL FIN DE LA ETERNIDAD

CONTIENE POR AQUÍ

# y los cielos se abrirán...

POR FRED L. WHIPPLE

EN muchos sentidos parecería que los astrónomos de la época actual estuvieran metidos dentro de una profunda y oscura mina de carbón. La atmósfera terrestre, aun en los días más claros, cubre muchos de los secretos del universo. Detalles de la superficie lunar, de los planetas y de las estrellas desaparecen en una perpetua danza de borrones, debido a que la atmósfera no está en realidad nunca quieta. Los rayos ultravioleta lejanos, los rayos X y los gamma del espacio, no aparecen en los espectros de los físicos, porque la atmósfera sólo permite el pasaje de la luz visible.

El establecimiento de un observatorio con su telescopio en el espacio terminará con esta época de ceguera. Será tan revolucionario para la ciencia como la misma invención del telescopio.

El sol, por ejemplo, fotografiado desde la estación espacial por medio de rayos X, tendrá un aspecto extraordinario. Lo que ahora consideramos como el disco solar, será probablemente el núcleo central de una pelota de fuego mucho mayor. Estará cubierto por brillantes manchas luminosas y rayos pulsantes, mientras que la corona, en general invisible, aparecerá como la fuente principal de luz.

De la misma manera, las constelaciones principales adquirirán probablemente un extraño aspecto al ser fotografiadas desde el observatorio espacial, con placas sensitivas a todas las longitudes de onda.

Las estrellas envían luz ultravioleta, así como también luz visible. Algunas, sin embargo, irradian casi exclusivamente luz ultravioleta. Desde el punto de vista de nuestro ojo, son estrellas débiles; pero la cámara las considerará como estrellas brillantes. Aquellas que envían poca luz ultravioleta, casi ni aparecen en las placas. La Vía Láctea cambiará totalmente de aspecto.

Lo que para el astrónomo resulta todavía más fascinante que adquirir el poder de "visión total", es el hecho de que el viaje espacial le permitirá cambiar de posición en el espacio. Por ejemplo: allí está nuestra Luna, relativamente cercana, y bajo observación desde que el primer telescopio fue construido. Pero la Luna nunca nos muestra más que una sola cara, y casi la mitad de su superficie no ha podido todavía ser observada por el hombre.

¿Qué es lo que encontrarán los astrónomos que hagan el viaje alrededor del otro lado de la Luna? ¿Montañas, planicies y cráteres semejantes a los que

¿emos de este lado? ¿O se enfrentarán con llanuras agrietadas por tortuosos desfiladeros?, ¿o con un paisaje sin accidentes? ¿Está realmente la Luna cubierta por una gruesa capa de polvo? La observación desde una espacionave permitirá responder sin ambigüedad a estas preguntas.

Los astrónomos de la estación espacial tendrán que realizar también una labor muy práctica. Cuando el Sol se pone nervioso, lo cual no es nada raro, desarrolla tormentas gigantescas sobre su superficie, emitiendo cantidades excesivas de luz ultravioleta y rayos X y hasta átomos a gran velocidad. Aun cuando esto no puede observarse directamente, sus repercusiones se notan sobre las comunicaciones por radio, llegando a veces hasta quemar los conductores de alta tensión o los cables telefónicos de mucha longitud.

No hay duda de que nuestros astrónomos del observatorio espacial, al mantener una observación constante sobre el Sol podrán averiguar la causa de estas tormentas, así como también estarán en condiciones de predecirlas con antelación. Ello permitirá adoptar medidas para proteger al equipo electrónico.

Muchos otros campos de estudio fascinarán a los astrónomos del espacio. Entre ellos: (1) el misterio de las estrellas supercalientes y supernovas; (2) la composición de la atmósfera de otros planetas, tales como Marte; (3) detalles de la superficie de otros planetas, lo cual podría arrojar luz acerca de las posibilidades de vida que ofrecerían esos lugares; (4) la forma exacta de nuestra Tierra; (5) las grandes nebulosas oscuras de la Vía Láctea, donde se generan las estrellas; (6) el origen explosivo de nuestro universo.

ENTRE los más excitantes de estos temas se encuentra el estudio de las supernovas. En nuestra Vía Láctea

(constituída por unos cien mil millones de estrellas), cada trescientos años, más o menos, una de estas estrellas explota repentina e inopinadamente. Durante unos pocos días, esta sola estrella brilla, en su orgía de autodestrucción, tanto como las demás juntas.

El efecto de la explosión de una supernova es casi inconcebible. La estrella expulsa una cantidad de gas supercaliente comparable a la masa de nuestro Sol (trescientas mil veces mayor que la de la Tierra) y que se expande a una velocidad de varios miles de kilómetros por segundo.

Los astrónomos todavía no se han puesto de acuerdo acerca de los elementos que existen en dichas estrellas. Algunos han sugerido que los elementos más pesados, tales como uranio, oro, plata, se forman en las estrellas que se contraen a medida que envejecen. Dichos elementos se dispersan en las explosiones de las supernovas. Si estas suposiciones son correctas, esos elementos pesados, tan valiosos en la era atómica, se encuentran en la Tierra sólo porque se formaron primeramente en estrellas que explotaron muchos eones antes que la Tierra se formara.

Nuestros impacientes hombres de ciencia no se avendrían a esperar cientos de años, hasta que se produzca otra explosión de estrellas. Dichas explosiones, sin embargo, ocurren con regularidad en otras galaxias, pero no pueden ser estudiadas apropiadamente porque la atmósfera impide la observación. En cambio, desde el observatorio espacial, más allá del filtro nebuloso de la atmósfera, los hombres de ciencia no tendrán que esperar mucho para encontrar supernovas bastante brillantes como para resolver sus misterios. La observación de la lejana luz ultravioleta, los rayos X y también posiblemente los rayos gamma (esos rayos X tan duros y penetrantes), proveerá seguramente de un número adecuado de

datos como para poder explicar las fuerzas titánicas que se desarrollan en una supernova.

PERO a muchos de nosotros nos interesan problemas más cercanos, tales como la naturaleza de la vida y la posibilidad de vida inteligente en otras partes del universo. Problemas tan simples como el de la composición de la atmósfera marciana, todavía no han recibido respuesta adecuada.

Muchos conocimientos vitales acerca de los planetas podrán obtenerse directamente una vez que nos libremos de la acción perturbadora de nuestra atmósfera. El titilar de las estrellas no agrega ninguna poesía al trabajo cotidiano de los astrónomos: es un fenómeno muy molesto. Buena parte de los momentos en que está en funcionamiento el telescopio de Monte Palomar, de quinientos ocho centímetros, sólo puede utilizarse a una décima parte de su potencia. Y, aun utilizándolo al máximo, sería apenas equivalente a uno de doscientos cincuenta y cuatro centímetros que estuviera en el espacio.

El progreso de nuestros ojos telescópicos permitirá resolver gran cantidad de problemas referentes a la superficie de los planetas, en particular la vieja y discutida cuestión de los canales de Marte. Podremos también adentrarnos en la naturaleza de la desolada superficie de Mercurio. En cambio, Venus, Júpiter y Saturno tendrán que esperar a que las primeras espacionaves se decidan a explorarlas; pues las nubes que los cubren impiden toda observación.

Pero todavía quedan otros usos más prácticos del observatorio espacial. Se trata de la predicción del tiempo. Actualmente, el meteorologista se ve obligado a recoger sus datos de algunos puestos diseminados sobre la enorme superficie terrestre. Debe luego transmitir su información a oficinas centra-

lizadoras, y allí hay que resumir la situación, antes de comenzar la tarea de predicción. Utilizando el observatorio del espacio, se pueden fotografiar todas las nubes que rodean a la Tierra, por lo menos una vez cada veinticuatro horas. Así se obtendría una información tan completa acerca de las condiciones del tiempo y el movimiento de los elementos que lo alteran, como jamás meteorólogo alguno se atrevió a soñar. Sin duda alguna la unidad meteorológica de la estación espacial revolucionará la predicción del tiempo.

Los meteorólogos llegarán quizás a predecir el tiempo con varias semanas de anticipación, ya que es probable que se puedan obtener leyes más generales acerca de la relación entre vientos, temperatura, humedad y nubosidad. Y no sería raro que con el tiempo se logran predicciones de alcance todavía mucho más largo, especialmente cuando se obtengan más datos sobre la radiación solar, la formación del polvo atmosférico y otros factores relevantes para el tema.

Hoy todavía los caprichos del tiempo significan la pérdida o ganancia de sumas astronómicas de dinero. Para el mundo moderno la predicción del mismo es de primerísima importancia. No hay más que pensar en la repercusión que éste tiene en la regulación de cosechas y siembras.

Y de esta manera, una tras otra, se van desplegando las posibilidades que ofrece el observatorio espacial. Conquistando el espacio, la humanidad avanzará un paso de los más importantes en su continua lucha por sobrepasar los límites que la naturaleza pretende imponerle. Al conocer mejor el Universo, el científico encontrará senderos que le permitan llegar más lejos. Y la naturaleza se mostrará más clara antes los ojos del hombre. ✦

# respuestas de la sección científica

## TEORIA DE LOS CUANTOS

Desearía que se me explique en qué consiste la teoría de los cuantos, y en qué forma se concentra la energía en ellos.

B. SHUMBER (Córdoba).

→ La hipótesis de los cuantos fué originalmente usada por Planck, con el objeto de explicar las dificultades con que se tropezaba en la interpretación de los resultados experimentales sobre la radiación del cuerpo negro: suponía que los intercambios de energía entre radiación y materia ocurrían por "cuantos". Posteriormente, Einstein la aplicó a la interpretación del efecto fotoeléctrico, en vista de las dificultades que hallaba la teoría ondulatoria, y supuso que la luz estaba compuesta por partículas a las que denominó "cuantos de luz", que hoy se conocen con el nombre de fotones. La teoría de los cuantos, por su parte, hace uso de la hipótesis de los cuantos, y se ha desarrollado como una teoría atómica, culminando en la llamada mecánica cuántica, cuyas leyes y ecuaciones rigen el comportamiento de las partículas de la escala atómica y molecular, así como también, de la nuclear, aunque todavía no esté definitivamente construída la teoría que comprende estos últimos fenómenos.

## CEREBRO ELECTRONICO

¿Por qué el cerebro electrónico retiene, analiza y discurre datos? ¿Cuáles son sus partes principales?

LEON KAUFMAN (Capital).

→ Los llamados cerebros electrónicos son máquinas electrónicas para calcular. Se basan en el principio bastante antiguo — que ya los chinos habían utilizado — del ábaco, usado por los niños para aprender a contar; la operación de sumar dos números se realiza en él corriendo tantas bolitas en la fila de las unidades, decenas, centenas, etc., como cifras tienen las unidades, decenas, centenas, etc. del número que se suma, y en los casos en que no alcanzan todas las bolitas de una fila, se

rueven todas las bolitas al otro lado y se dice "me llevo una". En el cerebro electrónico, en lugar de bolitas, se usan "impulsos", obtenidos de un dispositivo electrónico ordinario. Los impulsos se regulan de tal modo que puedan ser representativos de los números elegidos; las cifras pueden representarse, por ejemplo, por medio de trazos convenientemente dispuestos sobre una película, que se hace pasar delante de una célula fotoeléctrica; cada trazo se traduce por el envío de una corta corriente, es decir, un impulso. Conviene, sin embargo, utilizar numeración binaria en lugar de la decimal usual; la numeración binaria tiene la base 2; ella utiliza solamente dos cifras: 0 y 1; la correspondencia entre los números dígitos y esta numeración es: 0=0. 1=A; 2=A0; 3=AA; 4=A00; 5=A0A; 6=AA0; 7=AAA; 8=A000; 9=A00A. Las reglas de adición en numeración binaria son: 0+A=A; A+A=A0; las de multiplicación, son: 0×A=0; A×A=A. A título de ejemplo, sea la suma: A0 AAA 00A + A 0AA 0AA=A00 0A0 A00; en numeración decimal dicha suma sería: 185 + 91=276.

El principio de una calculadora electrónica es fácil de comprender, ahora: se necesita un dispositivo "si-no", que deje pasar cada segundo impulso, lo cual se consigue mediante el montaje "flip-flop", conocido desde 1926, constituido por dos tubos electrónicos idénticos en el cual la grilla de cada tubo está controlado por la placa del otro de tal modo que cuando un tubo está bloqueado, el otro está excitado, y recíprocamente; cada uno de los tubos posee dos grillas de comando, una ligada a la entrada de la célula y la otra a la placa del otro tubo. Los impulsos enviados actúan alternativamente sobre un tubo u otro, haciendo "bascular" al sistema entre las dos salidas S y S', una de las cuales representará el 0 de la numeración binaria, y las otras, la A de la misma. En lo que respecta a la "memoria", se han inventado varios dispositivos; un sencillo medio sería registrar sobre una película, o sobre una cinta magnética registradora,

los impulsos que se desean guardar; mejor es recurrir a memorias basadas en ultrasonidos, aprovechándose el hecho de propagarse las ondas ultrasónicas a muchísima menor velocidad que los impulsos eléctricos.

## ONDAS SUPERSONICAS

Desearía saber dónde puedo conseguir un aparato de ondas supersónicas, para tratamiento terapéutico.

O. SCHLIEMANN (Capital)

→ Los aparatos de ondas ultrasónicas, a que usted se refiere, pueden ser construídos en el país. Usted deberá dar las características que desea, o el modelo de aparato extranjero que desea, para ver si es posible construir una cosa análoga en el país. Le sugerimos dirigirse a casas especializadas en aparatos científicos, tales como Thermotrón, Tecnitrón, etc.

## ENERGIA ATOMICA

¿Qué posibilidades existen para utilizar la energía atómica directamente como energía eléctrica?

ANICETO RODRIGUEZ (La Plata)

→ En la última Conferencia Internacional para uso Pacífico de la Energía Atómica, realizada en Ginebra, se llegó a la conclusión de que no hay ningún inconveniente para utilizar la energía atómica para producir corriente eléctrica. Es más: EE.UU., Inglaterra, Rusia, etc. ya la están utilizando.

## SATELITES

Desearía los datos sobre diámetros de los satélites de los planetas Júpiter, Saturno y Neptuno.

JAVIER ARRISUEÑO ARISPE (Lima-Perú)

→ Los datos de que disponemos son sólo aproximados, pues hay discordancia entre las diversas observaciones efectuadas.

a) Júpiter:

Io I	3395 km
Europa	3000 "
Ganimedes	5260 "
Calisto IV	5050 "
V	160 "
VI	160 "
VII	65 "
VIII	65 "
IX	32 "
X	24 "

XI	24 "
b) Saturno:	
Mimas	595 km
Encelado	740 "
Tetis	1210 "
Dione	1450 "
Rea	1850 "
Titán	5713 "
Hiperión	480 "
Japeto	1600 "
Foebe	320 "
c) Neptuno:	
Tritón	4800 km
d) Urano:	
Ariel	960 km
Umbriel	640 "
Titania	1600 "
Oberón	1400 "
e) Marte:	
Fobos	60 km
Deimos	16 "

## COMETAS

¿Cuántos cometas se han visto desde la Tierra en nuestra Era?

ARMANDO RAMIREZ COTARELOS (Madrid-España)

→ Se conocen muchos cometas; no es posible decir cuántos se han visto, exactamente, porque algunos han vuelto a verse en diversas oportunidades, y otros nunca más se vieron, por haber sido captados, o por haberse desintegrado, o porque su período es muy grande. No obstante, pueden citarse los siguientes: Encke: (1786-1795-1805-1818-); Brooks: (1889-1896-1903-1911-); Biela: (1826-1845-1852; prob. 1772 y 1805-)

Coggia: (1874)

Wells (1882)

Pons: (1884)

Holmes: (1892-1899-1906)

Rordame: (1893)

Cometa de 1774

Cometa de 1811

Cometa de 1843

## CAPACIDAD, MASA ELECTRICA Y POTENCIAL

Se me ha presentado un problema en la fórmula de la capacidad:  $C=Q/V$ , de la masa eléctrica:  $Q=VC$ , y del potencial:  $V=Q/C$ . Después de reemplazar, sacar raíces, etc., me resulta

La relación,  $Q=VC$  que es constante, aun en cualquiera de las fórmulas anteriores.

HUGO P. PALADINI (Rosario. Santa Fe)

→ Las tres expresiones que Vd. menciona son distintas formas de la misma fórmula,  $C=Q/V$ , que es una relación experimental que nos dice que cuando hacemos el cociente de la carga admitida por un condensador por la diferencia de potencial entre sus armaduras, dicha relación se mantiene constante; vale decir, que si cargamos doblemente al condensador, su diferencia de potencial también se duplica; y recíprocamente, si disminuimos a la mitad la diferencia de potencial, la carga también se hace la mitad. Las expresiones para  $Q (=VC)$  y para  $V (=Q/C)$ , se obtienen simplemente pasando de un miembro al otro, por la regla corriente: un factor pasa como divisor; un divisor, pasa como factor. Por consiguiente, su demostración es incorrecta. La relación experimental nos dice que la carga y la diferencia de potencial de un condensador, no son independientes: dada una, queda fijada la otra; ¿Cómo? ¡Ah!, de tal modo que el cociente  $Q/V$  valga justamente una constante del condensador, llamada capacidad.

## MISCELANEA

1 ¿Qué son el nylon y el orlon?

2 ¿Con qué combustible funcionan los Gloster-Meteor? ¿Qué velocidad desarrollan?

3 ¿Qué forma tienen realmente los relámpagos? Pueden adoptar formas curvas o solamente quebradas?

JUAN E. PERRIN (San Martín. F.N.B.M.)

→ 1 El nylon (marca comercial) es una amida polimera; no se trata de un compuesto particular, sino de una familia de compuestos químicamente emparentados. Se trata de compuestos en los que se acoplan cadenas de cinco a siete átomos de carbono mediante grupos amídicos, dando superpoliamidas con cadenas largas (por ej., 70 cadenas elementales componentes). El orlon es una marca de fábrica; sirve para denominar un producto análogo al nylon, pero que contiene preponderantemente unidades de acrilonitrilo. Se caracteriza por su gran resis-

tencia a los efectos deteriorantes de la intemperie, del sol; resiste a los ácidos, al calor y a microorganismos, etc.

2 Querosén; 900 km/h, aproximadamente.

3 La forma que se ve a simple vista; pueden adoptar formas curvas.

## RELAMPAGOS

¿A qué se debe que cuando un relámpago nube-nube o nube-tierra se repite en fracciones de segundo, siempre tiene la misma forma y ocupa aparentemente el mismo lugar en el cielo?

HECTOR HORACIO BEIGEL (Mendoza)

→ Muchas veces los relámpagos son descargas sucesivas que siguen casi el mismo trayecto, el cual, a su vez, suele estar señalado por toda una serie de pre-descargas. Las predescargas parten de la nube, por ej., y van siguiendo el mismo camino de las anteriores, hasta donde éstas se interrumpieron, y luego siguen algo más, siendo además ramificadas; las nuevas predescargas iluminan las ramificaciones ya existentes, pero una sola de ellas continúa su desarrollo, y puede ramificarse de nuevo durante el mismo. La explicación de estos fenómenos es algo complicada, y está relacionada con el campo eléctrico existente en la atmósfera; al producirse el rayo, el campo no se anula, pues al campo de la carga destruida se le suman los de otras nubes y el de los iones expulsados por el suelo, carga esta última que no tiene tiempo de ser neutralizada por el rayo debido a que la conductividad del aire es pequeña.

## GRAVEDAD

¿Hasta qué altura se extiende la gravedad terrestre? ¿Qué altura debe alcanzar una nave para no volver al planeta por acción de la gravedad?

RUBÉN D. MURIAS (Capital)

→ El campo terrestre se extiende hasta el infinito, pero va disminuyendo inversamente proporcional al cuadrado de la distancia. Una nave escapará a la atracción gravitatoria cuando alcance velocidad de escape aunque esté próxima a la Tierra. O si no, cuando tenga mo-

tores alimentados con tanto combustible que pueda alejarse cada vez más de la Tierra sin perder velocidad.

## OBSERVACIONES ASTRONOMICAS

Desearía saber los días en que se pueden observar los planetas, así como también su posición en el firmamento, situación más favorable para el observador, etc.

PEPE RADIATIVO (Córdoba)

→ Le sugerimos que vea todos esos datos en la Revista "Ciencia e Investigación", en la página titulada "El cielo del Mes", ya que los datos que Vd. pide varían de mes en mes. Puede Vd. también concurrir al Observatorio Astronómico de esa, donde le suministrarán los datos en cuestión y podrá realizar observaciones telescópicas.

## SISTEMA SOLAR

¿Cuál es en nuestros días la teoría más aceptada sobre el origen del sistema solar?

JULIO CESAR SUBOEZ (Capital)

→ Las distintas teorías sobre la formación del sistema planetario pueden dividirse en dos: uniformistas y catastrofistas, es decir, unas que aceptan la hipótesis de un proceso evolutivo gradual, otras que buscan la explicación en un encuentro hipotético del Sol con una estrella en tiempos remotos. Nada definitivo hay; por el contrario, en los últimos tiempos han sido emitidas varias hipótesis, lo cual sugiere que los cosmólogos no se han puesto de acuerdo todavía. Una de las teorías es la de la nebulosa, de Laplace, de tipo uniformista, publicada en 1796 y que gozó de gran popularidad durante mucho tiempo, pero quedó desacreditada cuando se encontró que para que fuera válida, el momento angular del Sol debería ser 50 veces el actual. La teoría de las mareas, enunciada por Jeans y modificada por Jeffreys, supone que el sistema planetario se formó a raíz de la interacción entre el Sol y una estrella que alguna vez pasó cerca de aquél, la cual provocó grandes mareas y le arran-

có materia que constituyó los planetas. Esta teoría también ofrece dificultades tanto cuando trata de explicar la rotación de los planetas como en lo que se refiere al momento angular. En 1905, Chamberlin y Moulton enunciaron su teoría planetesimal, que en cierto modo está vinculada a la teoría de las mareas y fué sugerida por las llamadas protuberancias solares; las objeciones a esta teoría se refieren a la hipótesis de la condensación en los planetesimales (pequeños cuerpos sólidos), ya que es probable que los gases o vapores se disiparían en el espacio. Russell enunció la teoría de la estrella binaria, según la cual, el Sol originariamente estaba constituido por dos estrellas; si entonces otra estrella se le hubiera acercado, las mareas producidas habrían dado lugar a la formación del sistema planetario, y el criterio del momento angular sería ahora correcto. En 1942, Banerji enunció su teoría de la cefeida, cuya idea es que, después de un choque, una de las estrellas se vuelve inestable. En 1944, von Weizsäcker publicó una teoría uniformista que tiene cierta similitud con la teoría de Laplace; supone actores del proceso a una nube interestelar de gas y polvo, relativamente densa, dentro de la cual se habría sumergido el Sol. Debido a su acción gravitatoria predominante, se habría rodeado de grandes cantidades de materia nebulosa, formando una envoltura la cual, al evolucionar debido a fuerzas de frotamiento, se convertiría en disco de diámetro comparable al actual sistema solar. Alvé, en 1942, lanzó su teoría electromagnética, según la cual, las fuerzas de este origen predominan respecto de las gravitatorias. Finalmente, cabe mencionar la teoría de la "nova", de Hoyle, enunciada en 1945, según la cual el sistema planetario sería un subproducto de la explosión de una supernova; en esta teoría se supone que el Sol formaba parte de una binaria, cuya otra componente explotó.

Como el lector advertirá, las teorías emitidas son muchas; todas ofrecen explicaciones satisfactorias, pero encuentran también objeciones de fondo. No hay, pues, una teoría aceptada respecto de la formación del sistema planetario solar.

## 2. METROS

Desearía información sobre el tamaño del Sol, de los planetas del sistema solar y del Sol respecto de los planetas.

GASTON ASTORQUIZA (Sgo. de Chile)

→ Diámetro del Sol: 1.380.000 km; de los planetas: Mercurio 4.800 km; Venus 12.100 km; Tierra 12.680 km; Marte 6.750 km; Júpiter 139.000 km; Saturno 115.000 km; Urano 49.500 km; Neptuno 52.700 km; Plutón 6.400 km.

## TELESCOPIO

Quisiera saber en cuál de los números de MAS ALLA se ha explicado cómo construir un telescopio.

DANIEL A. CORCHUELO  
(Comodoro Rivadavia)

→ En el número 13, junio 1954, pag. 89.

## COHETES RUSOS

¿Se sabe algo de los experimentos rusos en cuestión de cohetes y proyectiles dirigidos?

ALBERTO REYES (Capital)

→ Sí, se sabe que están muy avanzados en sus experimentos, pudiéndose decir que, en términos generales, están a la altura de las naciones llamadas occidentales.

## BOMBA H

¿Podría ocurrir que, al ser arrojada una bomba H sobre el globo terrestre, hiciera explotar al mismo tiempo, el petróleo y gases, produciendo la explosión del globo terrestre?

TOMAS JUAN GRONDONA (Carapachay)

→ Es poco probable que ocurra lo que Vd. señala; si bien los efectos destructivos de la bomba H son enormes, sería

bastante problemático que ocurriera semejante destrucción de nuestro planeta.

## LICOR DE FEHLING

¿De qué está compuesto el reactivo llamado licor de Fehling? ¿De qué está formado el precipitado que da dicho reactivo cuando hay glucosa? ¿Cómo podría fabricarlo en un pequeño laboratorio de química? ¿Hay algún peligro en ello?

AMERICO ALBERTO VIALE (Capital)

→ El licor de Fehling es una solución de sulfato de cobre, soda caústica y sal de Seignette (tartrato doble de sodio y potasio); el precipitado que se forma está constituido por óxido cuproso. El licor de Fehling se compone de dos soluciones, que se mantienen separadas y que solamente se mezclan en el momento de su empleo; una de las soluciones contiene 34,64 gramos de sulfato de cobre cristalizado disueltos en 500 cm<sup>3</sup> de agua; la otra, contiene 173 gramos de sal de Seignette y 100 cm<sup>3</sup> de lejía de sosa oficial, completando el volumen hasta 500 cm<sup>3</sup>. El precipitado que se forma es debido a la reducción de la sal cúprica por la glucosa. La preparación del reactivo no ofrece ninguna dificultad ni requiere ningún instrumental especial, salvo una balanza y recipientes de vidrio.

## DENSIDAD

¿A medida que los cuerpos se alejan del centro de la Tierra, ¿se opera algún cambio en la densidad de los mismos? En caso de que así sucediera, ¿qué efecto produce este cambio en el peso y volumen de los mismos?

CARLOS HAUSERMAN (Lanús)

→ La densidad de un cuerpo no varía con la altura; en cambio, el peso específico sí, debido a la variación de la aceleración de la gravedad con la altura.

Más allá Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 507981. Distribuidores, Cap. Federal: C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113, Buenos Aires.

CORREO  
ARGENTINO  
Central B

FRANQUEO A PAGAR  
Cuenta N° 574

INTERES GENERAL  
Concesión N° 4923

0	+298173085788
1	+000046060724
2	+710938848555
3	+001430512582
4	+001430512602
5	+625000000000
6	+710940755903
7	+000000000018
8	+000000000018
9	+625001348591

## CALCULADORA ELECTRÓNICA

El gran problema de las máquinas de calcular reside en la lentitud con que imprimen sus datos frente a la gran velocidad con que hace los cálculos. Una solución brillante del problema ha sido este panel luminoso donde la calculadora electrónica "Illiacc" presenta sus datos numéricos a una velocidad dos veces mayor que la de las máquinas de imprimir más veloces. Abajo puede verse una de las unidades impresoras de la misma máquina.





*Triunfante  
en Europa  
y Ahora en la  
Argentina*

*La nueva y*

**SENSACIONAL GILERA**  
**B-300 BICILINDRICA**

Se impone  
por su pique,  
velocidad,  
potencia,  
elegancia  
y fortaleza.

**RESERVE LA SUYA** *Agentes  
de venta en todo el país*

*Características técnicas:*

Motor de 4 tiempos, bicilíndrico,  
de 300 cc.  
Velocidad máxima: 130 km. p/h.  
Potencia: 12,5 HP.  
Válvulas a la cabeza  
Capacidad del tanque: 16 litros  
Consumo de combustible: 3 litros  
cada 100 kms.,  
según normas C. U. N. A.  
Velocímetro cuenta-kilómetros  
incorporado al farol delantero  
Y todas las otras características  
de diseño que distinguen  
el nombre GILERA en todo  
el mundo.

**GILERA**  
**ARGENTINA**

Bernardo de Irigoyen 546 - Bs. As.

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS

BORIS GARFUNKEL E HIJOS S. A. Bartolomé  
Mitre 1824

ROBERTO BERLINGIERI S. A. Hipólito  
Yrigoyen 1602